COLECCION UNIVERSAL

Edmond About

EL REY DE LAS MONTAÑAS

MCMXIX

Papel fabricado especialmente por La Papelera Española.

COLECCION UNIVERSAL

EDMOND ABOUT

—

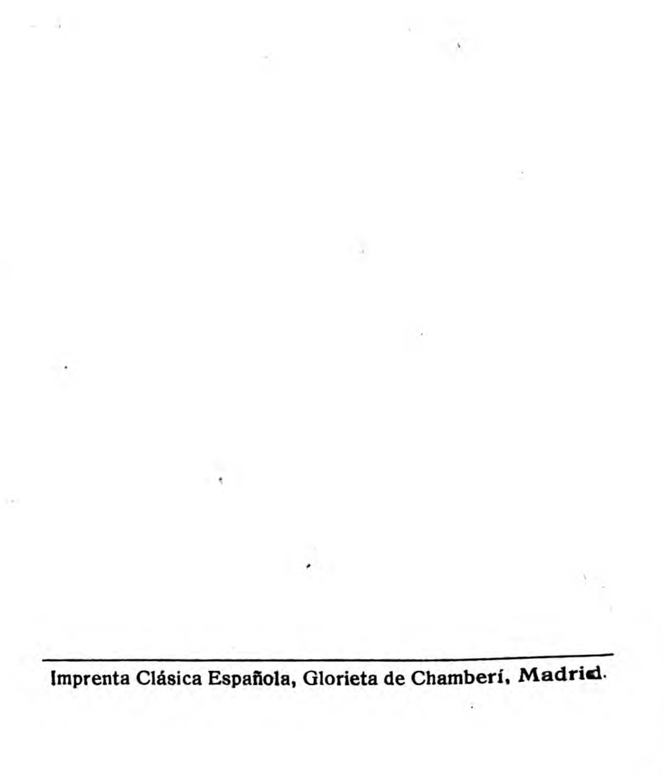
El rey de las montañas

NOVELA

La traducción del francés ha sido hecha por A. Sánchez Rivero.



MADRID-BARCELONA
MCMXIX



Imprenta Clásica Española, Glorieta de Chamberí, Madrid.

Edmond About nació en la Lorena en 1828, y siguió brillantemente los estudios de humanidades, que terminó en París en la Escuela Normal Superior, y luego en la Escuela de Atenas. De Grecia trajo un libro, La Grecia contemporánea, *sátira divertidísima, aunque un poco injusta, completada más tarde por la preciosa novela de aventuras helénicas, que hoy publicamos:* El rey de las montañas. *Sus obras principales son, además de las ya citadas, las novelas cortas reunidas en volumen bajo el título de* Casamientos parisienses *y* Casamientos provincianos, El treinta y cuarenta, El hombre de la oreja rota *y* La nariz de un notario.

About es, ante todo, un ingenio chispeante, exquisito narrador, conversador admirable, de inteligencia fina y ágil, de temperamento esencialmente expresivo. Fué periodista y sirvió al Imperio. La guerra de 1870 lo lanzó en el campo de la República, y defendió brillantemente la causa del nacionalismo patriótico, como buen lorenés, en quien el descalabro de 1870 dejara huella imborrable.

El rey de las montañas *es una amenísima historia de bandidos y gendarmes, donde el humorismo de About se desenvuelve en escenas de una comicidad inesperada.*

A la señora de Carlos BRAINNE:

Usted, señora, disfrutó las primicias de esta narración. Se la conté hace tres meses, al día siguiente de su boda, cuando ni yo mismo la sabía por completo. De un modo o de otro, recordará usted toda su vida un relato, cuya fecha debe preservarle del olvido. Dentro de un cuarto de siglo, cuando la juventud que hoy en usted admiramos se haya gradualmente elevado a la dignidad de abuela, si el tiempo, que todo lo devora, no ha arrastrado las páginas de este librito, lo volverá usted a leer junto al fuego, y las aventuras de mi viejo palikaro le recordarán el día feliz en que tenía veinte años, un porvenir sin nubes, un presente sin preocupaciones y unos amigos desinteresados.

EDM. ABOUT.

Enclos des Ternes, 18 de octubre de 1856.

I

El señor Hermann Schultz

El 3 de julio de este año, hacia las seis de la mañana, regaba yo mis petunias sin pensar en nada malo, cuando vi entrar a un joven alto, rubio, imberbe, cubierto con una gorra alemana, y armado de unos lentes de oro. Un amplio abrigo de lasten flotaba melancólicamente en torno de su persona, como la vela a lo largo del mástil, cuando el viento cesa de soplar. No llevaba guantes; sus zapatos, de cuero crudo, descansaban sobre poderosas suelas, *tan* amplias que el pie parecía rodeado de una pequeña acera. En un bolsillo del lado del corazón, una gran pipa de porcelana se modelaba en relieve y dibujaba vagamente su perfil, bajo la tela reluciente. No se me ocurrió siquiera preguntar al desconocido si había hecho sus estudios en las Universidades de Alemania; dejé mi regadera y le saludé con un sonoro *Guten Morgen.*

—Caballero—me dijo en francés, pero con acento *deplo*rable—, me llamo Hermann Schultz; acabo de

pasar algunos meses en Grecia, y su libro de usted ha viajado por todas partes conmigo.

Este exordio infundió en mi corazón una dulce alegría; la voz del extranjero me pareció más melodiosa que la música de Mozart, y dirigí a sus lentes de oro una mirada chispeante de agradecimiento. No puedes figurarte, amigo lector, cuánto queremos a los que se han tomado el trabajo de descifrar nuestros palotes. De mí puedo decir que si alguna vez he deseado ser rico es para señalar una renta a todos los que me han leído.

Cogí de la mano al excelente joven. Hice que se sentase en el mejor banco del jardín, porque tenemos dos. Me comunicó que cultivaba la botánica y estaba disfrutando una pensión del Jardín de Plantas de Hamburgo. Mientras completaba su herbario, había observado lo mejor posible el país, los animales y las gentes. Sus descripciones ingenuas, su visión limitada, pero exacta, me recordaban un poco la manera del buen Herodoto. Se expresaba pesadamente, pero con un candor que imponía la confianza; acentuaba sus palabras con el tono de un hombre profundamente convencido. Pudo darme noticia, si no de toda la ciudad de Atenas, al menos de los principales personajes que he nombrado en mi libro. En el curso de la conversación enunció algunas ideas generales que me parecieron tanto más razonables, cuanto que yo las había desenvuelto antes que él.

Al cabo de una hora de conversación éramos íntimos amigos.

No sé quién de los dos pronunció primero la palabra bandidaje. Los viajeros que han recorrido Italia hablan de pintura; los que han visitado Inglaterra hablan de industria: cada país tiene su especialidad.

—Querido amigo—pregunté al inestimable desconocido—, ¿ha encontrado usted bandidos? ¿Es verdad, como se pretende, que hay todavía bandidos en Grecia?

—Por desgracia, es verdad—respondió gravemente—. Yo he vivido quince días en manos del terrible Hadgi-Stavros, llamado el *Rey de las montañas*; puedo, pues, hablar por experiencia. Si está usted desocupado y no le intimida un largo relato, estoy dispuesto a darle detalles de mi aventura. Puede usted hacer de este relato el uso que quiera: una novela, un cuento o, más bien—pues es histórico—, un capítulo adicional a ese librito donde ha reunido usted tan curiosas verdades.

—Es usted muy bondadoso—le dije—, y mis dos oídos están a sus órdenes. Entremos en mi cuarto de trabajo. Al menos, tendremos menos calor que en el jardín, y el perfume de las resedas de los guisantes de olor no dejará de llegar a nosotros.

Me siguió de muy buen talante, y mientras marchaba iba tarareando en griego un canto popular:

Un Clefta ojinegro baja a la llanura;
su fusil dorado a su paso suena;
a los buitres dice: «Venid a mi lado;
porque he de serviros el bajá de Atenas!»

Se acomodó en un diván, plegó las piernas debajo del cuerpo, como los narradores árabes; se despojó de su abrigo para ponerse fresco, encendió su pipa, y comenzó el relato de su historia. Yo me había sentado a la mesa de despacho, y tomaba taquigráficamente lo que él me iba dictando.

Nunca he sentido desconfianza, sobre todo con los que se muestran atentos conmigo. Sin embargo, el amable extranjero me contaba cosas tan sorprendentes, que me pregunté varias veces si no se estaba burlando de mí. Pero su palabra era tan segura, sus ojos azules me enviaban una mirada tan límpida, que mis veleidades de escepticismo se extinguían en el mismo instante.

Habló, sin parar, hasta las doce y media. Si se detuvo dos o tres veces, fué para encender la pipa. Fumaba sin cesar, en bocanadas iguales como la chimenea de una máquina de vapor. Siempre que levantaba la vista hacia él, veíale tranquilo y sonriente en medio de una nube, como Júpiter en el quinto acto del *Anfitrión*.

Vinieron a anunciarnos que el almuerzo estaba servido. Hermann se sentó enfrente de mí, y las ligeras sospechas que vagaban por mi cabeza no resistieron al espectáculo de su apetito. Un buen estómago, me decía para mis adentros, rara vez va unido a una conciencia culpable. El joven alemán hacía demasiado honor a la mesa para ser un narrador infiel, y su voracidad me respondía de su veracidad. Bajo la impresión de esta idea le confesé, ofreciéndole más fresas, que había dudado un instante

de su buena fe, y él me respondió con una sonrisa angelical.

Pasé el dia a solas con mi nuevo amigo, y no se me ocurrió quejarme de la lentitud del tiempo. A las cinco de la tarde apagó su pipa, se puso su abrigo, y me estrechó la mano despidiéndose. Yo le respondí: «¡Hasta la vista!»

— No — replicó sacudiendo la cabeza —; me marcho hoy en el tren de las siete, y no me atrevo a esperar que nos volvamos a ver nunca más.

— Déjeme usted sus señas. No he renunciado todavía al placer de los viajes, y acaso vaya por Hamburgo.

— Por desgracia, no sé yo mismo dónde plantaré mi tienda. Alemania es grande, y no es seguro que siga siendo ciudadano de Hamburgo.

— ¡Pero, si publico su relato, al menos es preciso que pueda enviarle un ejemplar!

— No se tome usted esa molestia. En cuanto el libro se haya publicado, lo imprimirán en Leipzig, en casa de Wolfgang Gerhard, y lo leeré. Adiós.

Él se marchó; yo relei atentamente la narración que me habia dictado; encontré en ella algunos detalles inverosímiles; pero nada que contradijese formalmente lo que yo había visto y oído durante mi estancia en Grecia.

Sin embargo, en el momento de dar el manuscrito a la imprenta, me detuvo un escrúpulo: ¿no se habrian deslizado algunos errores en el relato de Hermann? En mi calidad de editor, ¿no resultaba también un poco responsable? Publicar sin más la histo-

ria del Rey de las montañas, ¿no era exponerse a las reprimendas paternales del *Journal des Débats*, al mentís de los gaceteros de Atenas y a las groserías del *Espectador del Oriente*? Este perspicaz periódico había ya inventado que yo era giboso. ¿Debía proporcionarle la ocasión de llamarme ciego?

En esta perplejidad, tomé la decisión de sacar dos copias del manuscrito. Envié la primera a un hombre digno de confianza, a un griego de Atenas, el señor Patriotis Pseftis (1). Le supliqué que me señalase sin ambages y con sinceridad griega los errores de mi joven amigo, y le prometí imprimir su respuesta al fin del volumen.

Mientras tanto, entrego a la curiosidad pública el texto mismo del relato de Hermann. No cambiaré una palabra; respetaré hasta las más enormes inverosimilitudes. Si me pusiese a corregir al joven alemán, me convertiría por este hecho mismo en su colaborador. Me retiro discretamente; le cedo el sitio y la palabra; mi alfiler está fuera de juego; Hermann es quien os habla, fumando su pipa de porcelana y sonriendo detrás de sus lentes de oro.

---

(1) Estas dos palabras significan en griego *patriota embustero*.—(*N. del T.*)

II

Fotini

Por la edad de mi indumentaria habrá usted adivinado que no tengo diez mil francos de renta. Mi padre es un hostelero arruinado por los ferrocarriles. Come pan en los buenos años y patatas en los malos. Añádase que somos seis hijos, todos con excelente dentadura. El día que obtuve por concurso una pensión del Jardín de Plantas, celebramos una fiesta en la familia. Mi marcha no sólo aumentaba la ración de cada uno de mis hermanos, sino además yo iba a cobrar doscientos cincuenta francos al mes, más quinientos, pagados de una vez, para gastos de viaje. Desde este momento se abandonó la costumbre de llamarme *el doctor*. Me llamaban el tratante en ganado: ¡tan rico parecía! Mis hermanos daban por descontado que me nombrarían profesor de la Universidad cuando volviese de Atenas. Mi padre abrigaba otros pensamientos: ¡esperaba que volviese casado! Su oficio de hostelero le había hecho asistir a algunas novelas, y estaba convencido de que las bellas aventuras sólo se encuentran por los caminos reales. Tres veces por semana, cuando menos, citaba el matrimonio de la princesa Ipsoff y del teniente

Reynauld. La princesa ocupaba el departamento número 1, con sus dos doncellas y su correo, y pagaba veinte florines por día. El teniente francés estaba encaramado en el 17, bajo el tejado, y pagaba florín y medio por el hospedaje completo; y, con todo, después de un mes de estancia en la fonda, había partida en silla de posta con la dama rusa. ¿Y para qué habría de conducir una princesa a un teniente en su coche sino para casarse con él? Mi pobre padre, con ojos de padre, me veía más guapo y más elegante que el teniente Reynauld, y no dudaba de que yo encontraría tarde o temprano la princesa que debería enriquecernos. Si no la veía en la mesa redonda, me la tropezaría en el ferrocarril; si los ferrocarriles no me eran propicios, teníamos todavía los buques de vapor. La noche de mi partida bebimos una vieja botella de vino del Rhin, y el azar decidió que la última gota fuese a caer en mi vaso. El buen hombre lloró de alegría: era un presagio cierto, y nada podía impedir que me casase dentro de un año. Yo respetaba sus ilusiones y me guardaba muy bien de decirle quc las princesas no viajan en tercera. En cuanto al alojamiento, mi presupuesto me condenaba a elegir fondas modestas, donde no suelen parar las princesas. Lo cierto es que desembarqué en el Pireo sin haber esbozado ni la más pequeña novela.

El ejército de ocupación había encarecido todas las cosas en Atenas. El hotel de Inglaterra, el hotel de Oriente y el hotel de los Extranjeros estaban inabordables. El canciller de la legación de Prusia,

para quien había llevado una carta de recomendación, fué tan amable que me buscó un alojamiento. Me llevó a casa de un pastelero llamado Cristódulo, en la esquina de la calle de Hermes y la plaza del Palacio real. Allí encontré hospedaje por cien francos al mes. Cristódulo es un viejo palíkaro, condecorado con la cruz de Hierro, en memoria de la guerra de la independencia. Es teniente de la falange, y cobra la paga detrás de su mostrador. Lleva el traje nacional, el gorro rojo de borla azul, la chaqueta de plata, el zagalejo blanco y las polainas doradas, para vender helados y pasteles. Su mujer, Marula, es enorme, como todas las griegas de más de cincuenta años. Su marido la compró por ochenta piastras en lo más duro de la guerra, cuando este sexo costaba bastante caro. Nació en la isla de Hidra; pero se viste a la moda de Atenas: chaqueta de terciopelo negro, zagalejo de color claro, en el pelo un pañolón trenzado. Ni Cristódulo ni su mujer saben una palabra de alemán; pero su hijo Dimitri, que es guía y se viste a la francesa, comprende y habla un poco todos los dialectos de Europa. Por lo demás, yo no tenía necesidad de intérprete. Sin haber recibido el don de las lenguas, soy un políglota bastante distinguido y destrozo el griego tan corrientemente como el inglés, el italiano o el francés.

Mis patronos eran buenas gentes; más de tres puede uno encontrar en la ciudad. Me dieron una pequeña habitación enjalbegada, una mesa de madera blanca, dos sillas de paja, un buen colchón bastante delgado, una manta y sábanas de algodón.

Una cama es algo superfluo de que los griegos prescinden sin dificultad, y nosotros vivíamos a la griega. Me desayunaba con una taza de salep, comía un plato de carne con muchas aceitunas y pescado seco; cenaba legumbres, miel y pasteles. Los dulces no eran raros en la casa, y de vez en cuando evocaba el recuerdo de mi país obsequiándome con una pierna de carnero y compota. No hay que decir que tenía mi pipa y que el tabaco de Atenas es mejor que el de ustedes. Lo que contribuyó sobre todo a aclimatarme en casa de Cristódulo, fué un vinillo de Santorin que iba él a buscar no sé dónde. Yo no soy un bebedor exigente, y la educación de mi paladar ha sido, por desgracia, un poco deficiente; sin embargo, creo poder afirmar que aquel vino sería apreciado en la mesa de un rey; es amarillo como el oro, transparente como el topacio, brillante como el sol, alegre como la sonrisa de un niño. Creo verle todavía en su botella de ancha panza en medio del hule que nos servía de mantel. Alumbraba la mesa, querido amigo, y hubiéramos podido comer sin otra luz. Yo no bebía nunca mucho, porque se subía a la cabeza; y, sin embargo, al final de la comida citaba versos de Anacreonte y descubría restos de belleza en la faz lunar de la gorda Marula.

Comía en familia con Cristódulo y los huéspedes de la casa. Éramos cuatro internos y un externo. El primer piso se dividía en cuatro habitaciones, la mejor de las cuales era ocupada por un arqueólogo francés, el señor Hipólito Mérinay. Si todos los franceses se pareciesen a este caballero, seríais un pue-

blo bien miserable. Era un señor pequeño, de diez y ocho a cuarenta y cinco años, de un rubio rojizo, muy dulce, muy hablador y armado de dos manos tibias y húmedas que no sueltan a su interlocutor. Sus dos pasiones dominantes eran la arqueología y la filantropía; era, pues, miembro de muchas Sociedades sabias y de muchas Asociaciones benéficas. A pesar de ser gran apóstol de la caridad y de haberle dejado sus padres una hermosa renta, no me acuerdo de haberle visto dar un céntimo a un pobre. En cuanto a sus conocimientos en arqueología, todo me induce a creer que eran más serios que su amor a la humanidad. Había sido coronado en no sé qué academia de provincias por una Memoria sobre el precio del papel en tiempos de Orfeo. Animado por este primer éxito, había emprendido el viaje a Grecia para recoger los materiales de un trabajo más importante: se trataba nada menos que de determinar la cantidad de aceite consumido por la lámpara de Demóstenes, mientras escribía la segunda *Filípica*.

Mis otros dos vecinos no eran tan sabios, ni mucho menos, y las cosas pasadas les tenían sin cuidado. Giacomo Fondi era un pobre maltés empleado en no sé qué Consulado; ganaba ciento cincuenta francos al mes por sellar cartas. Me imagino que cualquier otro empleo le hubiese sentado mejor. La naturaleza, que ha poblado la isla de Malta para que el Oriente no carezca nunca de mozos de cuerda, había dado al pobre Fondi las espaldas, los brazos y las manos de Milon de Crotona: había nacido para

manejar la maza y no para quemar barras de lacre. Gastaba, sin embargo, dos o tres diariamente: el hombre no es dueño de sus destinos. Este insular, fuera de su sitio, no entraba en su elemento más que a la hora de comer; ayudaba a Marula a poner la mesa, y, sin que yo se lo diga, adivinará usted que llevaba siempre la mesa a pulso. Comía como un capitán de la *Ilíada*, y nunca olvidaré el crujido de sus amplias mandíbulas, la dilatación de las ventanas de su nariz, el brillo de sus ojos, la blancura de sus treinta y dos dientes, instrumentos formidables de su molino. Debo confesar que su conversación me ha dejado pocos recuerdos; no costaba gran trabajo encontrar el límite de su inteligencia, pero jamás se ha conocido el término de su apetito. Cristódulo no ganó nada con su hospedaje durante cuatro años aunque le hizo pagar diez francos al mes por exceso de alimentos. El insaciable maltés absorbía todos los días, después de la comida, un enorme plato de nueces, rompiéndolas entre sus dedos por la simple aproximación del pulgar y del índice. Cristódulo, antiguo héroe, pero hombre positivo, seguía este ejercicio con una mezcla de admiración y de espanto; temblaba por su postre y, con todo, sentíase halagado de ver a su mesa un cascanueces tan prodigioso. El rostro de Giacomo no hubiese estado mal en una de esas cajas de sorpresa que dan tanto miedo a los niños pequeños. Era más blanco que un negro; pero la diferencia era sólo un ligero matiz. Su pelo espeso bajaba hasta las cejas como una gorra. Por contraste bastante singular,

este Caliban tenia el pie más menudo, el tobillo más fino y la pierna mejor dibujada y más elegante que pudieran ofrecerse al estudio de un estatuario; pero eran detalles que no llamaban nuestra atención. Para quien le habia visto comer, su persona comenzaba al nivel de la mesa; el resto no tenía importancia.

Del pequeño William Lobster no hablo más que de pasada. Era un ángel de veinte años, rubio, sonrosado y mofletudo; pero un ángel de los Estados Unidos de América. La casa Lobster and Sons, de Nueva York, lo habia enviado a Oriente para estudiar el comercio de exportación. Trabajaba durante el día en casa de los hermanos Philip; por la noche leia a Emerson; por la mañana, a la hora radiante en que amanece, iba a la prisión de Sócrates a ejercitarse en el tiro de pistola.

El personaje más interesante de nuestra colonia era, sin contradicción, John Harris, tío materno de Lobster. La primera vez que comí con este extraño muchacho comprendí a América. John ha nacido en Vandalia—Illinois—. Ha respirado al nacer ese aire del Nuevo Mundo, tan vivaz, tan chispeante y tan joven, que se sube a la cabeza como el vino de Champaña y emborracha cuando se le respira. No sé si la familia de Harris es rica o pobre, si puso a su hijo en el colegio o si ha dejado que él mismo se diera su educación. Lo cierto es que, a los veintisiete años, no cuenta más que consigo mismo; no confía en nada fuera de sí mismo, no se asombra de nada, no cree nada imposible, no retrocede nunca, lo cree todo, lo

espera todo, lo ensaya todo, triunfa de todo, se levanta si cae, vuelve a comenzar si fracasa, no se detiene nunca, no se desalienta nunca y marcha en línea recta silbando su canción. Ha sido agricultor, maestro de escuela, abogado, periodista, buscador de oro, industrial, comerciante; lo ha leido todo, lo ha visto todo, practicado todo y recorrido la mitad del mundo. Cuando trabé conocimiento con él, mandaba en el Pireo un aviso de vapor, sesenta hombres y cuatro cañones; trataba la cuestión de Oriente en la *Revista de Boston*; hacía negocios con una casa de añil en Calcuta, y le sobraba tiempo para venir tres o cuatro veces por semana a comer con su sobrino Lobster y con nosotros.

Un solo rasgo, entre mil, le pintará a usted el carácter de Harris. En 1853 estaba asociado a una casa de Filadelfia. Su sobrino, que tenía entonces diez y siete años, va a hacerle una visita. Le encuentra en la plaza de Wáshington, de pie, con las manos en los bolsillos, delante de una casa que arde. William le toca en el hombro; él se vuelve.

—¿Eres tú?—dice—. Buenos días, Bill; llegas en mala ocasión, hijo mío. Ahí tienes un incendio que me arruina. Tenía cuarenta mil dólares en la casa; no salvaremos nada.

—¿Qué vas a hacer?—le preguntó el muchacho, aterrorizado.

—¿Qué voy a hacer? Son las once, tengo hambre, me queda un poco de oro en el portamonedas; te convido a almorzar.

Harris es uno de los hombres más esbeltos y más

elegantes que he conocido. Tiene el porte masculino, la frente alta, la mirada limpia y orgullosa. Estos americanos no son nunca ni raquíticos ni deformes, y ¿sabe usted por qué? Porqque no están ahogados en los pañales de una civilización angosta. Su espíritu y su cuerpo se desenvuelven sin trabas; tienen por escuela el aire libre, por maestro el ejercicio, por nodriza la libertad.

Nunca pude sentir interés por monsieur Mérinay; a Giacomo Fondi lo examinaba con la curiosidad indiferente que se tiene en una exposición de animales exóticos; el pequeño Lobster me inspiraba un interés mediocre; pero sentía amistad por Harris. Su rostro franco, sus ademanes sencillos; su rudeza, que no excluía la dulzura; su carácter impetuoso y, sin embargo, caballeresco; las extravagancias de su humor; lo fogoso de sus sentimientos, todo esto me atraía tanto más vivamente, cuanto que yo no soy ni fogoso ni apasionado. Nos gusta tener alrededor de nosotros lo que no encontramos en nosotros mismos. Giacomo se vestía de blanco porque era negro; yo adoro a los americanos porque soy alemán.

Por lo que hace a los griegos, los conocía muy poco después de cuatro meses de estancia en Grecia. Nada más fácil que vivir en Atenas sin frotarse con los naturales del país. No iba al café, no leía ni la *Pandora*, ni la *Minerva*, ni ningún periódico indígena; no solía ir por los teatros, porque una nota falsa me hiere más cruelmente que un puñetazo: vivía en la casa con mis patronos, mi herbario y John Harris. Hubiera podido hacerme presentar en palacio, gra-

cias a mi pasaporte diplomático y a mi título oficial. Había dejado mi tarjeta en casa del maestro de ceremonias y de la camarera mayor de palacio, y podía contar con una invitación para el primer baile de la corte. Para este caso guardaba un hermoso traje rojo bordado en plata que mi tía Rosenthaler me había llevado la víspera de mi viaje. Era el uniforme de su difunto marido preparador de Historia Natural en el Instituto filomático de Minden. Mi buena tía, mujer de mucho sentido común, sabía que un uniforme es bien recibido en todos los países, sobre todo si es rojo. Mi hermano mayor nos hizo notar que yo era más alto que mi tío, y que las mangas de mi traje no me llegaban por completo al extremo de los brazos; pero papá replicó vivamente que los bordados de plata deslumbrarían a todo el mundo, y que las princesas no miran tan de cerca.

Por desgracia, no hubo baile en la corte durante toda la temporada. En el invierno no tuvimos más diversiones que la floración de los almendros, los albaricoqueros y los limoneros. Se hablaba vagamente de un gran baile para el 15 de mayo; era un rumor de la ciudad, aceptado por algunos periódicos semioficiales; pero no había que contar con ello.

Mis estudios iban como mis diversiones: a paso lento. Conocía a fondo el jardín botánico de Atenas, que no es ni muy hermoso ni muy rico; es un saco que pronto queda vacío. El jardín real ofrecía más recursos: un francés inteligente ha reunido en él todas las riquezas vegetales del país, desde las palmeras de las islas hasta las saxífragas del cabo Su-

nium. He pasado allí muy buenos días en medio de las plantaciones del señor Bareaud. El jardín no es público más que a ciertas horas; pero hablaba en griego a los centinelas y, por amor del griego, me dejaban entrar. El señor Bareaud no se aburría conmigo; me llevaba por todas partes por el gusto de hablar de botánica y de hablar francés. Si estaba ausente, buscaba a un jardinero alto, flaco, con el pelo escarlata, y le preguntaba en alemán: es conveniente ser poliglota.

Herborizaba todos los días un poco en el campo, pero nunca tan lejos como hubiera querido; los bandidos acampaban alrededor de Atenas. No soy cobarde, y más adelante se lo probará este relato; pero tengo apego a la vida. Es un regalo que he recibido de mis padres, y quiero conservarlo el más tiempo posible en recuerdo de mi padre y de mi madre. En el mes de abril de 1858 era peligroso salir de la ciudad, y hasta permanecer en ella era imprudente. No me aventuraba por la vertiente del Licabeto sin pensar en la pobre señora X..., que fué desvalijada allí en pleno mediodía. Las colinas de Dafne me recordaban el cautiverio de los oficiales franceses. Por el camino del Pireo pensaba sin querer en esa banda de ladrones que paseaba en seis coches de punto como en una juerga, y disparaba por las portezuelas sobre los transeuntes. El camino del Pentélico me recordaba la detención de la duquesa de Plasencia o la aventura tan reciente de Harris y Lobster. Volvían de paseo montados en dos caballos persas que pertenecían a Harris; de repente caen en

en una emboscada. Dos bandidos, pistola en mano, les detienen en la mitad de un puente. Miran a su alrededor y ven a sus pies, en el barranco, una docena de granujas, armados hasta los dientes, que custodiaban a cincuenta o sesenta prisioneros. Todo el que había pasado por allí había sido desvalijado y atado después, para que nadie corriese a dar la alarma. Harris estaba sin armas, como su sobrino. Le dijo en inglés: «Echemos el dinero; no se deja uno matar por veinte dólares.» Los bandidos recogen los escudos sin abandonar la brida de los caballos, y después, mostrándoles el barranco, les indican por signos que es preciso bajar. Esta perspectiva le hace a Harris perder la paciencia; le repugna verse atado; no es de la madera de que se forman los haces. Dirige una mirada al pequeño Lobster, y en el mismo instante dos puñetazos paralelos caen como dos bombas sobre las cabezas de ambos bandidos. El adversario de William cae de espaldas, descargando su pistola; el de Harris, lanzado más rudamente, pasa por encima del pretil y va a caer en medio de sus compañeros. Harris y Lobster estaban ya lejos, reventando sus cabalgaduras a fuerza de espuelas. La banda se levanta como un solo hombre y dispara con todas sus armas. Los caballos caen muertos, los jinetes se desembarazan de ellos, hacen uso de sus piernas y van a avisar a la gendarmería, que se puso en camino dos días después, de madrugada.

Nuestro excelente Cristódulo supo con verdadera pena la muerte de los dos caballos; pero no encontró

una palabra de censura para los matadores. «¿Qué quiere usted?—decía con encantadora sencillez—; es su oficio.» Todos los griegos comparten un poco la opinión de nuestro patrón. No es que los bandidos perdonen a sus compatriotas y guarden sus rigores para los extranjeros; pero un griego despojado por sus hermanos se dice con cierta resignación que su dinero no sale de la familia. La población ve que los bandidos, le roban como una mujer del pueblo siente que le zurra su marido: admirando lo bien que pega. Los moralistas indígenas se quejan de todos los excesos cometidos en el campo, como un padre deplora las calaveradas de su hijo. Le regaña en voz alta, pero le ama por lo bajo; sentiría mucho que se pareciese al hijo del vecino, del que nunca ha hablado la gente.

Tan exacto es esto, que, en época de mi llegada, el héroe de Atenas era precisamente el azote del Atica. En los salones y en los cafés; en las barberías, donde se reúne la gente humilde, y en las boticas, donde se congregan los señoritos; en las calles fangosas del bazar, en la plaza polvorienta de la Bella Grecia, en el teatro, en la música del domingo, y por el camino de Patissia, no se hablaba más que del gran Hadgi-Stavros, no se juraba más que por Hadgi-Stavros: Hadgi-Stavros, el invencible; Hadgi-Stavros, el terror de los gendarmes; ¡Hadgi-Stavros, el rey de las montañas! Se hubiese podido hacer —¡Dios me perdone!—la letanía de Hadgi-Stavros.

Un día que John Harris comía con nosotros, era poco después de su aventura, llevé al buen Cristó-

dulo hacia el tema de Hadgi-Stravros. Nuestro patrón lo habia tratado mucho en otro tiempo, durante la guerra de la Independencia, en un tiempo en que el bandidaje era menos discutido que hoy.

Vació su vaso de vino de Santorín, se atusó el bigote gris y comenzó un largo relato entrecortado de algunos suspiros. Nos dijo que Stavros era hijo de un papas o sacerdote de la isla de Tino. Nació Dios sabe en qué año; los griegos del buen tiempo no conocen su edad, pues los registros civiles son un invento de la decadencia. Su padre, que le destinaba a la Iglesia, hizo que aprendiese a leer. Hacia los veinte años, fué a Jerusalén, y añadió a su nombre el título de Hadgi, que quiere decir peregrino. Al volver a su país, Hadgi-Stavros fué cogido por un pirata. El vencedor le encontró disposiciones, y de cautivo lo hizo marinero. Así es como principió a guerrear contra los navíos turcos, y, en general, contra todos los que no tenían cañones a bordo. Al cabo de algunos años de servicio, se aburrió de trabajar para otros y resolvió establecerse por su cuenta. No tenía ni barco ni dinero para comprar uno; fuele, pues, forzoso ejercer la piratería en tierra. El levantamiento de los griegos contra Turquía le permitió pescar en agua turbia. Nunca se supo muy exactamente si era bandido o insurrecto, si mandaba ladrones o facciosos. Su odio a los turcos no le cegaba hasta el punto de pasar por una aldea griega sin verla y registrarla. Todo dinero era bueno para él, viniese de los amigos o de los enemigos, del simple robo o del glorioso pillaje.

Una imparcialidad tan prudente aumentó rápidamente su fortuna. Los pastores acudieron bajo su bandera, cuando se supo que con él se podía ganar en grande; su reputación le proporcionó un ejército. Las potencias protectoras de la insurrección tuvieron noticia de sus hazañas, pero no de sus economías; en aquel tiempo se veía todo por el lado bello. Lord Byron le dedicó una oda, los poetas y los retóricos de París le compararon con Epaminondas, y hasta con el pobre Arístides. Bordaron para él banderas en el barrio de San Germán; le enviaron subsidios. Recibió dinero de Francia, lo recibió de Inglaterra y de Rusia; no quisiera jurar que no lo ha recibido jamás de Turquía. ¡Era un verdadero palikaro! Al final de la guerra vióse sitiado, con otros jefes, en la Acrópolis de Atenas. Habitaban en los Propileos, entre Margarytis y Lysandas, y cada uno de ellos guardaba sus tesoros en la cabecera de la cama. Una hermosa noche de verano se derrumbó el techo, con tal acierto, que aplastó a todo el mundo, excepto Hadgi-Stavros, que fumaba su narghile al aire libre. Recogió la herencia de sus compañeros, y todos pensaron que la habia ganado bien. Pero una desgracia, que no preveía, vino a detener el curso de sus éxitos: se hizo la paz. Hadgi-Stavros, retirado al campo con su dinero, asistía a un extraño espectáculo. Las potencias que habian puesto a Grecia en libertad intentaban fundar un reino. Palabras malsonantes venian a zumbar en torno a los peludos oidos del viejo palikaro; se hablaba de gobierno, de ejército, de orden público.

Cuando le anunciaron que sus propiedades estaban comprendidas en una subprefectura, se rió de muy buena gana. Pero al presentarse en su casa el empleado del censo para cobrar los impuestos, se puso serio. Echó al cobrador con cajas destempladas, no sin haberle desembarazado antes del peso de todo el dinero que llevaba consigo. La justicia pretendió inquietarle; él tomó el camino de los montes. Después de todo, se estaba aburriendo en casa. Comprendia hasta cierto punto que se tuviese un techo, pero a condición de dormir encima.

Sus antiguos compañeros de armas estaban dispersos por todo el reino. El Estado les habia dado tierras; las cultivaban refunfuñando y comian de mala gana el amargo pan del trabajo. Cuando supieron que el jefe habia reñido con la ley, vendieron sus campos y corrieron a ponerse bajo sus órdenes. El, por su parte, contentóse con arrendar sus tierras, porque tiene cualidades de administrador.

La paz y la ociosidad le habian puesto enfermo. El aire, las montañas, le rejuvenecieron tanto, que en 1846 pensó en casarse. Habia seguramente pasado de los cincuenta; pero los hombres de este temple no tienen que ver nada con la vejez; la muerte misma lo mira dos veces antes de emprenderla con ellos. Se casó con una rica heredera de una de las mejores familias de Laconia, y entró asi en relación de parentesco con los más importantes personajes del reino. Su mujer le siguió a todas partes, le dió una hija, cogió unas fiebres y murió. El educó a la niña por si

mismo, con cuidados casi maternales. Cuando hacía saltar a la pequeña sobre sus rodillas, los bandidos sus compañeros le decían riendo: «No te falta más que darle de mamar.»

El amor paternal dió un nuevo impulso a su espíritu. Para reunir a su hija una dote regia, estudió las cuestiones de dinero, sobre el cual había tenido ideas demasiado primitivas. En lugar de amontonar sus escudos en arcas, los puso a rédito. Aprendió las vueltas y revueltas de la especulación, siguió el curso de los fondos públicos en Grecia y en el extranjero. Se ha llegado a pretender que, convencido de las ventajas de la comandita, tuvo la idea de poner el bandidaje en acciones. Hizo varios viajes por Europa, bajo la dirección de un griego de Marsella que le servía de intérprete. Durante su estancia en Inglaterra, asistió a una elección en no sé qué burgo podrido (1) del Yorkshire; este hermoso espectáculo le inspiró reflexiones profundas sobre el gobierno constitucional y sus ventajas. Volvió decidido a explotar las instituciones de su patria y a hacerse con ellas una renta. Quemó buen número de aldeas en servicio de la oposición; destruyó algunas otras en interés del partido conservador. Cuando se quería derribar un ministerio, no había más que dirigirse a él; probaba con argumentos irrefu-

---

(1) Burgo podrido se llamaba en Inglaterra a las localidades que, habiendo tenido derecho a enviar un diputado al Parlamento, reducidas después a una casa o finca, conservaban este derecho, que utilizaba íntegro el propietario.—*(N. del T.)*

tables que la policía estaba mal constituída y que no se obtendría un poco de seguridad sino cambiando de ministerio. Pero, en cambio, dió duras lecciones a los enemigos del orden, castigándoles por donde habían pecado. Tan notorio se hizo su talento político, que todos los partidos le estimaban en alto grado. Sus consejos, en materia de elecciones, eran casi siempre seguidos; tanto, que de un modo inverso al principio del gobierno representativo, según el cual un solo diputado expresa la voluntad de muchos hombres, él solo era representado por unos treinta diputados. Un ministro inteligente, el célebre Rhalettis, pensó que un hombre que tocaba tan a menudo los resortes del gobierno acabaría acaso por descomponer la máquina, y procuró atarle las manos con un hilo de oro. Le dió cita en Carvati, entre el Himeto y el Pentélico, en la casa de campo de un cónsul extranjero. Hadgi-Stavros acudió, sin escolta y sin armas. El ministro y el bandido, que se conocían de tiempo atrás, almorzaron juntos como dos viejos amigos. A los postres, Rhalettis le ofreció amnistía completa para él y los suyos, un nombramiento de general de división, el título de senador y diez mil hectáreas de bosque.

El palikaro dudó algún tiempo y terminó por responder que no. «Hubiera acaso aceptado hace veinte años —dijo—; pero hoy soy demasiado viejo. No puedo a mi edad cambiar de manera de vivir. El polvo de Atenas no me seduce; me dormiría en el Senado, y si me dieses soldados a mandar, sería capaz de descargar mis pistolas sobre sus uniformes,

por la fuerza de la costumbre. Vuelve, pues, a tus negocios y déjame entregado a los míos.»

Rhalettis no abandonó la partida. Intentó ilustrar ál bandido sobre la infamia del oficio que ejercía. Hadgi-Stavros se echó a reir y le dijo con amable cordialidad:

— ¡Compadre! El día que escribamos nuestros pecados, ¿quién de los dos tendrá la lista más larga?

— Piensa, en fin—añadió el ministro—, que no podrás escapar a tus pecados; morirás un día u otro de muerte violenta.

— ¡Allah Kerim! — respondió en turco—. Ni tú ni yo hemos leído en las estrellas. Pero yo, al menos, tengo una ventaja; mis enemigos llevan uniforme y les reconozco de lejos. Tú no puedes decir lo mismo de los tuyos. Adiós, hermano.

Seis meses después el ministro murió asesinado por sus enemigos políticos; el bandido vive todavía.

Nuestro patrón no nos refirió todas las hazañas de su héroe; el día no hubiese bastado. Se contentó con enumerar las más salientes. No creo que en ningún país los émulos de Hadgi Stavros hayan hecho nunca nada más artístico que la detención del *Niebuhr*. Es un vapor del Lloyd austriaco, que fué desvalijado en tierra por el palikaro, a las once de la mañana. El *Niebuhr* venía de Constantinopla; depositó su carga y sus pasajeros en Calamaki, al oriente del istmo de Corinto. Cuatro furgones y dos ómnibus recogieron los pasajeros y las mercancías para transportarlo todo al otro lado del

istmo, al pequeño puerto de Lutraki, donde les esperaba otro barco. Y los esperó largo rato. Hadgi-Stavros, en pleno día, en un hermoso camino, en país llano y sin árboles, se llevó las mercancías, los equipajes, el dinero de los viajeros y la municiones de los gendarmes que escoltaban el convoy. «¡Fué una jornada de doscientos cincuenta mil francos!», nos dijo Cristódulo con cierto matiz de envidia.

Se ha hablado mucho de las crueldades de Hadgi-Stavros. Su amigo Cristódulo nos probó que no hacía daño por gusto. Es un hombre sobrio que no se emborracha con nada, ni aun con sangre. Si acaso llega a calentar excesivamente los pies de un labrador rico, es para saber dónde el avaro ha escondido sus escudos. En general, trata con dulzura a los prisioneros de los cuales espera un rescate. En el verano de 1854, bajó una tarde con su banda a casa de un rico mercader de la isla de Eubea, el señor Voidi. Encontró a la familia reunida, y, además, a un viejo juez del tribunal de Calcis que jugaba a las cartas con el dueño de la casa. Hadgi-Stavros propuso al magistrado que jugasen su libertad; perdió él y cumplió la condición de buena gana. Se llevó al señor Voidi, su hija y su hijo, y dejó a la mujer para que pudiese ocuparse del rescate. El día del rapto, el comerciante sufría de gota, su hija tenía fiebre y el muchachito estaba pálido e hinchado. Volvieron dos meses después, curados todos por el ejercicio, el aire libre y el buen trato. Toda la familia recobró la salud por cincuenta mil francos. ¿Era demasiado caro?

— Confieso — añadió Cristódulo — que nuestro amigo es implacable con los malos pagadores. Cuando un rescate no es estregado a su vencimiento, mata a los prisioneros con una exactitud comercial; es su manera de protestar las letras. Con toda mi admiración por él y la amistad que une a nuestras dos familias, no le he perdonado todavía el asesinato de las dos muchachitas de Mistra. Eran dos gemelas de catorce años, lindas como dos estatuillas de mármol, prometidas ambas a dos muchachos de Leondari. Se parecían tanto, que al verlas creía uno ver doble y se frotaba los ojos. Una mañana salieron a vender capullos de gusano de seda a la fábrica de hilados; llevaban juntas un gran cesto y corrían ligeras por el camino como dos palomas enganchadas al mismo carro. Hadgi-Stavros se las llevó a la montaña y escribió a su madre que se las devolvería por diez mil francos, pagaderos a fin de mes. La madre era una viuda acomodada, propietaria de dos hermosas moreras, pero pobre en dinero contante, como lo somos todos. Empeñó sus bienes, cosa nunca fácil, ni aun a veinte por cierto de interés. Necesitó seis semanas y más para reunir la suma. Cuando al fin tuvo el dinero, lo cargó sobre un mulo y partió a pie para el campamento de Hadgi-Stavros. Pero al entrar en la gran *langada* del Taigeto, en el sitio donde hay seis fuentes bajo un plátano, el mulo, que marchaba delante, se paró en seco y se negó a dar un paso más. Entonces la madre vió sobre el borde del camino a sus hijitas. Tenían el cuello cortado hasta el hueso, y las lindas

cabezas apenas estaban sujetas al cuerpo. Recogió a las dos pobres criaturas, las puso sobre el mulo y se las llevó a Mistra. Nunca pudo llorar; así es que se volvió loca y murió. Yo sé que Hadgi-Stavròs ha sentido lo que había hecho; creía que la viuda era más rica y que no quería pagar. Había matado a las dos niñas como ejemplo. Ciertamente, después de este suceso los pagos se han efectuado siempre con exactitud y nadie ha osado hacerle esperar.

— *¡Brutta carogna!* — gritó Giacomo dando un golpe que estremeció la casa como un terremoto—. Si alguna vez cae bajo mi mano, le entregaré un rescate de diez mil puñetazos, que le permitirá retirarse de los negocios.

— Yo —dijo el pequeño Lobster con su sonrisa tranquila— no deseo más que encontrármelo a cincuenta pasos de mi revólver. ¿Y usted, tío John?

Harris silbaba entre dientes una cancioncilla americana, aguda como lámina de estilete.

— ¿Puede creerse esto?—añadió con su voz aflautada el buen señor Mérinay, mortal armonioso—. ¿Es posible que tales horrores se cometan en un siglo como el nuestro? Bien sé que la *Sociedad para la moralización de los malhechores* no ha establecido todavía sucursales en este reino; pero mientras tanto, ¿no tienen ustedes una gendarmería?

— Claro que sí—replicó Cristódulo—; 50 oficiales, 152 cabos y 1.250 gendarmes, de los cuales 150 a caballo. Es la mejor tropa del reino, después de la de Hadgi-Stavros.

— Lo que me asombra—dije yo a mi vez— es que

la hija del viejo granuja no se haya opuesto a esos actos.

— No está con él.

— ¡Ah, vamos! ¿Dónde está?

— En un colegio.

— ¿En Atenas?

— Me pregunta usted demasiado; no estoy informado hasta ese punto. De cualquier modo, el que se case con ella hará una buena boda.

— Sí—dijo Harris—. Se asegura también que la hija de Calcraft no es un mal partido.

— ¿Quién es Calcraft?

— El verdugo de Londres.

A estas palabras, Dimitri, el hijo de Cristódulo, enrojeció hasta las orejas.

—Perdón, señor—dijo a John Harris—; hay una gran diferencia entre un verdugo y un bandido. El oficio de verdugo es infame; la profesión de bandido es honrosa. El gobierno se ve obligado a guardar al verdugo en el fuerte de Palamedes, pues de otro modo sería asesinado; mientras que nadie quiere mal a Hadgi-Stavros, y las gentes más honradas del reino se sentirían orgullosas de darle la mano.

Harris abría la boca para replicar, cuando sonó la campanilla de la tienda. Era la criada, que volvía con una muchacha de quince a diez y seis años, vestida como el último figurín del *Diario de las Modas*. Dimitri se levantó, diciendo: «¡Es Fotini!»

— Señores—dijo el pastelero—, hablemos de otra cosa, si les parece. Las historias de bandidos no se han hecho para las señoritas.

Cristódulo nos presentó a Fotini como hija de uno de sus compañeros de armas, el coronel Juan, comandante de plaza en Nauplia. Se llamaba, pues, Fotini, hija de Juan, segun la costumbre del país, donde no hay, hablando con propiedad, nombres de familia.

La joven ateniense era fea, como las nueve décimas partes de las hijas de Atenas. Tenía una bonita dentadura y un hermoso pelo; pero esto era todo. Su cuerpo macizo parecía poco a gusto en un corsé de París. Sus pies gordezuelos, en forma de plancha; debían de sufrir un suplicio; estaban hechos para arrastrarse en babuchas, y no para que los estrujasen unas botas de Meyer. Su rostro distaba tanto de recordar el tipo griego, que carecía por completo de perfil. Era plano, como si una nodriza imprudente se hubiese sentado sobre la cara de la niña. No a todas las mujeres sientan bien los artificios de la moda, y a la pobre Fotini casi la hacían ridícula. Su falda de volantes, levantada por una poderosa crinolina, hacía resaltar la falta de gracia en su persona y la torpeza de sus movimientos. Las joyas del Palais Royal que la esmaltaban parecían otros tantos puntos de exclamación destinados a señalar las imperfecciones de su cuerpo. Semejaba una criada gorda y pequeña que se hubiese endomingado aprovechando los vestidos de su señorita.

A ninguno de nosotros produjo asombro que la hija de un simple coronel se hubiese vestido con tanto lujo para pasar el domingo en casa de un pastelero. Conocíamos lo bastante el país para saber que

la indumentaria es la plaga más incurable de la sociedad griega. Las muchachas del campo hacen agujerear monedas de plata, las cosen juntas en forma de casco y se cubren con él los días de fiesta. Llevan su dote sobre la cabeza. Las muchachas de la ciudad lo gastan en las tiendas y lo llevan sobre todo el cuerpo.

Fotini estaba educándose en la *Hetairía*. Como usted sabe, es un colegio establecido según el modelo del de la Legión de Honor, pero regido por leyes más amplias y más tolerantes. En él se educan, no sólo las hijas de los soldados, sino a veces, también las herederas de los bandidos.

La hija del coronel Juan sabía un poco de francés y de inglés; pero su timidez no le permitía brillar en la conversación. Más tarde he sabido que su familia contaba con nosotros para perfeccionarla en las lenguas extranjeras. Su padre, habiendo sabido que en casa de Cristódulo se hospedaban extranjeros honorables e instruidos, había rogado al pastelero que la sacase todos los domingos y que le sirviese de corresponsal. Este trato parecía agradar a Cristódulo y, sobre todo, a su hijo Dimitri. El joven guía devoraba con los ojos a la pobre colegiala, que no se daba cuenta de ello.

Habíamos proyectado ir todos juntos a la música. Es un hermoso espectáculo que los atenienses se dan a sí mismos todos los domingos. El pueblo entero acude, de gran gala, a un campo de polvo, para oir valses y pasosdobles tocados por una música de regimiento. Los pobres van a pie, los ricos en coche, los

elegantes a caballo. La corte no faltaría por un imperio. Después del último pasodoble, todos vuelven a casa, con el traje lleno de polvo y el corazón contento, y se dicen entre sí: «Nos hemos divertido en grande».

No cabe duda de que Fotini pensaba lucirse en la música, y a su admirador Dimitri no le disgustaba la idea de presentarse a su lado, pues llevaba una levita nueva que había comprado hecha en el almacén de *La Bella Jardinera*. Por desgracia, la lluvia se puso a caer con tantas ganas, que tuvimos que quedarnos en casa. Para matar el tiempo, Marula nos propuso jugar bombones; era una distracción de moda entre la clase media. Cogió un bote en la tienda y distribuyó a cada uno de nosotros un puñado de bombones indígenas, de clavo, anís, pimienta y achicoria. En seguida se repartieron las cartas, y el primero que sabía reunir nueve del mismo color recibía tres bombones de cada uno de sus adversarios. El maltés Giacomo demostró, por su atención sostenida, que la ganancia no le era indiferente. El azar se declaró por él: hizo una fortuna y le vimos devorar seis u ocho puñados de bombones que se habían paseado por las manos de todo el mundo y por las del señor Mérinay.

Yo, que tenía menos interés en la partida, concentré mi atención en un fenómeno curioso que se producía a mi izquierda. Mientras las miradas del joven ateniense iban a romperse una a una contra la indiferencia de Fotini, Harris, que no la miraba, la atraía hacia él por una fuerza invisible. Tenía sus

cartas con un aire bastante distraído; bostezaba de vez en cuando con un candor americano, o silbaba *Yankee Doodle*, sin respeto por la concurrencia. Creo que el relato de Cristódulo le había impresionado y que su espíritu trotaba por el monte en persecución de Hadgi-Stavros. De todas maneras, si pensaba en algo no era seguramente en el amor. Acaso la muchacha tampoco pensaba en él, porque las mujeres griegas tienen casi todas en el fondo del corazón un buen pavimento de indiferencia. Sin embargo, miraba a mi amigo John, como mira la alondra a un espejo. No le conocía; no sabía nada de él, ni su nombre, ni su país, ni su fortuna. No le había oído hablar, y aunque le hubiera oído, no era capaz de juzgar si tenía talento. Ella veía que era muy guapo, y esto le bastaba. Los griegos de antaño adoraban la belleza; es la única de sus diosas que no ha tenido nunca ateos. Los griegos de hoy, a pesar de la decadencia, saben todavía distinguir un Apolo de un mamarracho. En la colección de M. Fauriel encuéntrase una cancioncilla que puede raducirse así:

«Muchachos, ¿queréis saber?; muchachas, ¿queréis aprender cómo el amor entra en nosotros? Entra por los ojos, de los ojos baja al corazón y en el corazón toma raíz.»

Decididamente, Fotini sabía la canción, pues abría mucho los ojos para que el amor pudiese entrar sin necesidad de bajarse.

La lluvia no dejaba de caer, ni Dimitri de contemplar a la muchacha, ni la muchacha de mi-

rar a Harris, ni Giacomo de comer bombones, ni el señor Mérinay de contar al pequeño Lobster un capitulo de historia antigua, que Lobster no escuchaba. A las ocho, Marula puso la mesa para la cena. Fotini fué colocada entre Dimitri y yo, que no ofrecía peligro. Habló poco y no comió nada. A los postres, cuando la sirvienta habló de acompañarla al colegio, hizo un esfuerzo visible y me dijo al oido:

— El señor Harris ¿está casado?

Se me ocurrió confundirla un poco, y respondí:

— Sí, señorita; se ha casado con la viuda de los duxes de Venecia.

— ¿Es posible? ¿Y qué edad tiene esa señora?

— Es vieja como el mundo y eterna como él.

— No se burle usted de mí; soy una pobre muchacha y no comprendo sus bromas de Europa.

— En otros términos, señorita, se ha casado con el mar; él es quien manda el aviso americano *The Fancy*

Me dió las gracias con alegria tan radiante, que la encontré bonita durante un minuto por lo menos.

III

Mari-Ann

Los estudios de mi juventud han desenvuelto en mí una pasión que ha acabado por anular todas las demás: el deseo de saber, o, si prefiere usted llamarla de otro modo, la curiosidad. Hasta el día en que partí para Atenas, mi único placer habia sido aprender; mi única pena, ignorar. Amaba la ciencia como a una mujer, y nadie habia venido todavía a disputarle mi corazón. En cambio, es preciso convenir que yo no era nada tierno, y que la poesia y Hermann Schultz entraban rara vez por la misma puerta. Me paseaba por el mundo, como en un vasto museo, con la lupa en la mano. Observaba los placeres y los sufrimientos de los demás como hechos dignos de estudio; pero indignos de envidia o de piedad. No envidiaba más a un matrimonio feliz que a una pareja de palmeras acopladas por el viento; sentía idéntica compasión de un corazón desgarrado por el amor, que de un geranio tostado por la helada. Cuando ha disecado uno animales vivos, no queda sensibilidad para los gritos de la carne palpitante. Hubiera estado bien entre el público de un combate de gladiadores.

El amor de Fotini por John Harris hubiese apiadado a cualquiera que no hubiese sido naturalista. La pobre criatura amaba a tontas y a locas, según la bella expresión de Enrique IV, y podía esperarse que su amor sería vano. Era demasiado tímida para dejar que su amor se transparentase, y John demasiado atolondrado para adivinarlo. Aunque hubiese notado algo, ¿cómo podía esperarse que se interesase por una feúcha ingenua de las orillas del Iliso? Fotini pasó con él otros cuatro días, los cuatro domingos de abril. Le miró de la mañana a la tarde con ojos lángidos y desesperados; pero nunca se atrevió a abrir la boca en su presencia. Harris silbaba tranquilamente; Dimitri gruñia como un perro joven, y yo observaba sonriendo esta extraña enfermedad de que mi constitución me había preservado siempre.

Mi padre me escribió por aquellos días para decirme que los negocios iban bastante mal, que los viajeros eran escasos, que la vida estaba cara, que nuestros vecinos de enfrente acababan de emigrar, y que si yo había encontrado una princesa rusa no podía hacer nada mejor que casarme con ella sin tardanza. Le respondí que no me había tropezado con nadie a quien seducir, como no fuese la hija de un pobre coronel griego; que ella se hallaba seriamente enamorada, pero no de mí; que un poco de maña podría hacerme su confidente, pero que nunca sería su marido. Por lo demás, mi salud era buena, y mi herbario, magnífico. Mis investigaciones, limitadas hasta aquel momento a los alrededores de

Atenas, se podrían extender pronto más lejos. La seguridad renacía; los bandoleros habían sido derrotados por los gendarmes, y todos los periódicos anunciaban la dispersión de la banda de Hadgi-Stavros Dentro de un mes, lo más tarde, podría ponerme en camino de vuelta para Alemania, y solicitar un puesto que nos proporcionase el pan a toda la familia.

Habíamos leído, el domingo 28 de abril, en *El Siglo*, de Atenas, la gran derrota del Rey de las montañas. Los informes oficiales decían que el gran bandolero había tenido veinte hombres fuera de combate; que su campamento había sido quemado; que el resto de la partida quedaba disperso, y que la gendarmería lo había perseguido hasta los pantanos de Maratón. Estas noticias, muy agradables para todos los extranjeros, parecían haber ocasionado menos satisfacción a los griegos, y particularmente a nuestros patronos. En Cristódulo, para ser un teniente de la falange, se echaba de menos el entusiasmo, y la hija del coronel Juan había estado a punto de llorar al oir la derrota del bandido. Harris, que había llevado el periódico, no disimulaba su alegría. En cuanto a mí, el suceso me hacía dueño del campo y me proporcionaba un gran contento. El 30, por la mañana, me puse en camino con mi caja y mi bastón. Dimitri me despertó a las cuatro. El iba a recibir órdenes de una familia inglesa, llegada algunos días antes al Hotel de los Extranjeros.

Bajé por la calle de Hermes hasta la plaza de la Bella Grecia, y tomé la calle de Eolo. Al pasar ante

la plaza de los cañones, saludé la pequeña artillería del reino, que dormita bajo un cobertizo, soñando la toma de Constantinopla, y llegué en cuatro zancadas al paseo de Patissia. Las melias que la bordean por los dos lados comenzaban a entreabrir sus flores olorosas. El cielo, de un azul profundo, blanqueaba ligeramente entre el Himeto y el Pentélico. Ante mí, en el horizonte, las cimas del Parnés se alzaban como una muralla desmantelada: allí estaba el objeto de mi viaje. Bajé por un atajo hasta la casa de la condesa Yantha Theotoki, ocupada por la legación de Francia; bordeé los jardines del príncipe Miguel Sutzo y la Academia de Platón, rifada hace algunos años por un presidente del Areópago, y entré en el bosque de olivos. Los tordos madrugadores y los mirlos, sus primos hermanos, saltaban en el follaje argentado, y charlaban alegremente sobre mi cabeza. A la salida del bosque, atravesé grandes campos de cebada verde, donde los caballos del Atica, cortos y rechonchos, como en el friso del Partenón, se consolaban del forraje seco y de la alimentación ardorosa del invierno. Bandadas de tórtolas huían cuando yo me acercaba, y las alondras moñudas subían verticales en el cielo como cohetes. De vez en cuando una indolente tortuga cruzaba por mi camino, con su casa a cuestas. Me detenía, la volvía sobre la espalda y proseguía mi camino dejándole el honor de salir del paso. Después de dos horas de marcha, entré en el desierto. Las huellas de cultivo desaparecían; no se veía por el suelo árido más que mechones de hierba raquítica, bulbos de ornitó-

galo, o largos tallos de asfódelos desecados. El sol se alzaba en el horizonte, y se veia claramente los abetos que erizan los costados del Parnés. El sendero que habia tomado no era un guía muy seguro; pero me encaminaba hacia un grupo de casas dispersas en la falda de la montaña, y que debian ser la aldea de Castia.

Atravesé de una zancada el Cefiso Eleusiniano, con gran escándalo de las pequeñas tortugas planas, que saltaban al agua como simples ranas. Cien pasos más lejos, el camino se pierde en un barranco ancho y profundo, excavado por las lluvias de dos o tres mil inviernos. Supuse, con alguna razón, que el barranco debia ser el camino. Habia notado en mis excursiones precedentes que los griegos se dispensan de trazar un camino siempre que el agua ha querido buenamente encargarse de la obra. En este país, en que el hombre contraría poco el trabajo de la naturaleza, los torrentes son carreteras generales; los arroyos, caminos provinciales; los arroyuelos, caminos vecinales. Las tormentas desempeñan el oficio de ingeniero de caminos, y la lluvia, sin necesidad de inspección, se encarga de tener en buen estado las rutas de primero y segundo orden. Me metí, pues, en el barranco, y proseguí mi paseo entre dos bordes escarpados que me ocultaban la llanura, la montaña y el término de mi viaje. Pero el camino caprichoso daba tantas vueltas, que pronto me fué difícil saber en qué dirección marchaba y si no volvia la espalda al Parnés. El partido más prudente hubiese sido trepar sobre uno de los dos bor-

des y orientarme en la llanura. Pero los taludes caían a pico; yo estaba cansado, tenía hambre y me encontraba bien a la sombra. Me senté sobre un pedazo de mármol, saqué de mi caja un trozo de pan, una pierna de carnero fría y una calabaza del vino que usted sabe. «Si me encuentro — me dije para mis adentros — en un camino, acaso pase alguien y me informaré.»

En efecto: cuando cerraba mi cuchillo para tenderme a la sombra, con esa plácida quietud que sigue al almuerzo de los viajeros y de las serpientes, creí escuchar el paso de un caballo. Apliqué el oído a tierra, y reconocí que dos o tres jinetes avanzaban por detrás de mi. Me eché la caja a la espalda, y me preparé a seguirles en caso de que se dirigieran hacia el Parnés. Cinco minutos después vi aparecer dos damas montadas sobre caballos de alquiler y equipadas como inglesas de viaje. Detrás de ellas marchaba uno a pie, a quien reconocí sin trabajo: era Dimitri.

Usted, que ha corrido algo de mundo, no dejará de haber notado que el viajero se pone siempre en marcha sin ninguna preocupación de las vanidades indumentarias; pero que si se le ocurre tropezar con mujeres, aunque sean más viejas que la paloma del arca, sale bruscamente de esta indiferencia y echa una mirada inquieta sobre su envoltura polvorienta. Aun antes de distinguir el rostro de las dos amazonas detrás de sus velos de crespón azul, había yo pasado revista a toda mi persona y había quedado bastante satisfecho. Llevaba el traje que usted ve, y

que está todavía presentable, aunque va a hacer pronto dos años que lo llevo. Lo único que he cambiado es el sombrero: una gorra, aunque fuese tan hermosa y tan buena como ésta, no protegería a un viajero contra los dardos del sol. Entonces llevaba un sombrero de fieltro gris de anchas alas, en el cual no se notaba el polvo.

Me lo quité cortésmente al pasar las dos damas, que no parecieron inquietarse grandemente de mi saludo, y tendí la mano a Dimitri, que me instruyó en pocas palabras de lo que yo quería saber.

—¿Es este el camino del Parnés?

—Sí; nosotros también vamos allá.

—¿Puedo ir con ustedes?

—¿Por qué no?

—¿Quiénes son estas damas?

—Mis inglesas. El milord se ha quedado en el hotel.

—¿Qué clase de gentes son?

—¡Psch! Banqueros de Londres. La vieja es la señora Simons, de la casa Barley et C.ª; el milord es su hermano, y la señorita es su hija.

—¿Bonita?

—Según los gustos. Yo prefiero a Fotini.

—¿Irán ustedes hasta la fortaleza de File?

—Sí. Me han tomado por una semana, a diez francos diarios y la comida. Yo seré quien organice los paseos. He principiado por este, porque sabía que me encontraría con usted. Pero ¿qué mosca les pica?

La vieja, aburrida de ver que yo le acaparaba su servidor, había puesto al trote su cabalgadura en un

paso por donde, de memoria de caballo, nadie había trotado nunca. El otro animal, estimulado por el ejemplo, trataba de tomar el mismo paso, y si hubiésemos seguido hablando algunos minutos más, nos hubiésemos quedado muy lejos. Dimitri corrió a juntarse con las damas, y yo oí a la señora Simons decirle en inglés:

—No se aleje usted. Soy inglesa y quiero ser bien servida. No le pago a usted para que vaya de conversación con sus amigos. ¿Quién es ese griego con quien hablaba usted?

—Es un alemán, señora.

—¡Ah!... ¿Qué hace?

—Busca plantas.

—¿Es acaso un boticario?

—No, señora; es un sabio.

—¡Ah!... ¿Sabe inglés?

—Sí, señora, muy bien.

—¡Ah!...

Los tres «¡ah!» de la vieja señora fueron dichos en tres tonos diferentes, que me hubiese gustado anotar si hubiese sabido música. Por matices muy sensibles, indicaban los progresos que había hecho en la estimación de la señora Simons. No me dirigió, sin embargo, la palabra, y seguí a la pequeña caravana a algunos pasos de distancia. Dimitri no se atrevía a hablar conmigo; marchaba delante como un prisionero de guerra. Todo lo que pudo hacer en mi favor fué lanzarme dos o tres miradas que querían decir en francés: «¡Qué impertinentes son estas inglesas!» Miss Simons no volvía la cabeza, y yo me

veia imposibilitado de decir en qué su fealdad diferia de la de Fotini. Lo que pude ver sin indiscreción es que la joven inglesa era alta y muy bien formada. Tenia un busto amplio, una cintura redonda como un junco y flexible como una caña. Lo poco que se notaba de su cuello me hubiese hecho pensar en los cisnes del Jardín Zoológico, aun cuando yo no hubiese sido naturalista.

Su madre se volvió para hablarle y yo doblé el paso, con la esperanza de escuchar su voz. ¿No le he advertido a usted que soy apasionadamente curioso? Llegué justamente a tiempo de recoger la conversación siguiente:

—¡Mary-Ann!

—¿Mamá?

—Tengo hambre.

—¿Tienes?

—Sí, tengo.

—Yo, mamá, tengo calor.

—¿Tienes?

—Sí, tengo.

¿Cree usted que este diálogo eminentemente inglés me hizo sonreír? De ningún modo, amigo mío. me encontraba bajo el efecto de un sortilegio. La voz de Mary-Ann había seguido yo no sé qué camino para penetrar yo no sé dónde; el hecho es que escuchándola experimentaba como una angustia deliciosa, y me sentía muy agradablemente ahogado. En mi vida había oído algo más juvenil, más fresco, más argentino que esta vocecilla. El sonido de una lluvia de oro al caer sobre el techo de mi padre me hu-

biese de seguro parecido menos dulce. «¡Qué desgracia, me decía para mí, que los pájaros más melodiosos sean necesariamente los más feos!» Y temía ver su rostro, y me moría por verla de frente: tanto imperio tiene sobre mí la curiosidad.

Dimitri pensaba que las dos viajeras almorzasen en el khan de Calyvia. Es una posada construída con tablas mal ajustadas: pero en toda estación puede encontrarse en ella un pellejo de vino resinoso, una botella de *rhaki,* es decir, de anisado; pan moreno, huevos, y todo un regimiento de gallinas venerables que por virtud de la metempsícosis quedan transformadas en pollos. Desgraciadamente, el khan estaba desierto y la puerta cerrada. A esta noticia, la señora Simons riñó agriamente a Dimitri, y al volverse atrás me mostró un rostro tan anguloso como la hoja de un cuchillo de Sheffield y dos filas de dientes semejantes a empalizadas.

—Soy inglesa—decía—y tengo la pretensión de comer cuando siento hambre.

—Señora - replicó humildemente Dimitri—, almorzará usted dentro de media hora en la aldea de Castia.

Yo, que me había desayunado, me entregué a reflexiones melancólicas sobre la fealdad de la señora Simons, y murmuré entre dientes un aforismo de la gramática de Fraugman: «Cuál la madre, tal la hija»; *Qualis mater, talis filia.* Desde el khan hasta la aldea, el camino es particularmente detestable. Es una rampa estrecha entre una roca a pico y un precipicio que daría vértigo a las cabras monteses mis-

mas. La señora Simons antes de penetrar por este sendero diabólico donde los caballos no encontraban más que el sitio preciso para sus cuatro herraduras, preguntó si no habia otro camino.

—Soy inglesa—dijo—y no estoy hecha a rodar por los precipicios.

Dimitri hizo el elogio del camino; aseguraba que habia otros en el reino cien veces peores.

—Al menos—replicó la buena señora—, tenga usted la brida de mi caballo. Pero ¿qué va a ser de mi hija? ¡Guíe usted el caballo de mi hija! Sin embargo, es preciso que yo no me rompa la cabeza. ¿No podria usted sujetar los dos caballos al mismo tiempo? Este sendero es verdaderamente detestable. Acaso sea bueno para los griegos, pero no está hecho para inglesas. ¿No es cierto, caballero?—añadió dirigiéndose graciosamente hacia mí.

Regular o no, mi presentación estaba hecha. Un personaje bien conocido en las novelas de la Edad Media, y que los poetas del siglo XIV llamaban Peligro, se había encargado de hacerla. Me incliné con toda la elegancia que la naturaleza me ha concedido, y respondi en inglés:

—Señora, el camino no es tan malo como parece a primera vista. Esos dos caballos tienen el pie seguro; los conozco por haberlos montado. En fin, disponen ustedes de dos guias si quieren ustedes permitirlo: Dimitri para usted, y yo para la señorita »

Tan pronto dicho como hecho: sin esperar la respuesta, me adelanté audazmente y cogí la brida del caballo de Mary-Ann, volviéndome hacia ella; y

como su velo azul acababa de volarse hacia atrás, vi la cara más adorable que jamás ha podido trastornar el espíritu de un naturalista alemán.

Un encantador poeta chino, el célebre A. Scholl, pretende que todo hombre tiene en el corazón un rosario de huevos, cada uno de los cuales contiene un amor. Para romper la cáscara basta la mirada de una mujer. Soy demasiado sabio para ignorar que esta hipótesis no descansa sobre ninguna base sólida, y que se halla en contradicción formal con todos los hechos revelados por la anatomía. Con todo, debo decir que la primera mirada de miss Simons me causó una sensible sacudida en la parte del corazón. Sentí un estremecimiento completamente desusado, y que no tenía, sin embargo, nada de doloroso, y me pareció que algo se había roto en la caja ósea de mi pecho, debajo del hueso llamado esternón. En el mismo instante corrió mi sangre con ritmo violento y mis sienes palpitaron con tanta fuerza, que podía contar las pulsaciones.

¡Qué ojos tenía, mi querido amigo! Deseo, para su tranquilidad, que no encuentre usted nunca otros parecidos. No eran de un tamaño sorprendente y no desarmonizaban con el resto de la cara. No eran ni azules ni negros, sino de un color especial y propio, hecho para ellos, y molido expresamente en un rincón de la paleta: un castaño oscuro ardiente y aterciopelado, que no se encuentra más que en el granate de Siberia y en ciertas flores de los jardines. Le enseñaré a usted una escabiosa y una variedad de malvarrosa casi negra, que recuerdan, sin igua-

larlo, el matiz maravilloso de sus ojos. Si alguna vez ha visitado usted fraguas a media noche, habrá podido notar el resplandor extraño que proyecta una placa de acero calentado al rojo-oscuro; tal era justamente el color de su mirada; su encanto, ninguna comparación podría traducirlo. El encanto es un don reservado a un corto número de individuos del reino animal. Los ojos de Mary-Ann tenían un no sé qué ingenuo y espiritual, una vivacidad cándida, un chisporroteo juvenil y saludable, y a veces una languidez conmovedora. Toda la ciencia de la mujer y toda la inocencia de la niña se leían en ellos como en un libro; pero se hubiese uno quedado ciego de leer largo tiempo en ese libro. Su mirada quemaba, tan verdad como me llamo Hermann. Hubiera bastado para madurar los melocotones de la huerta

¡Cuando pienso que el pobre Dimitri la encontraba menos bella que Fotini! ¡Verdaderamente el amor es una enfermedad que atonta de un modo singular a sus enfermos! Yo, que no he perdido nunca el uso de mi razón y que juzgo todas las cosas con la sabia indiferencia del naturalista, le certifico que el mundo no ha visto nunca una mujer comparable a Mary-Ann. Quisiera poder enseñarle a usted su retrato tal como ha permanecido grabado en el fondo de mi memoria. Vería qué largas eran sus pestañas, cómo sus cejas trazaban una curva graciosa por encima de los ojos, qué mona era su boca, cómo reía al sol el esmalte de sus dientes, qué rosada y transparente era su oreja menuda. He estudiado su belleza en los menores detalles, porque tengo el espíritu analítico

y el hábito de la observación. Uno de los rasgos que me han impresionado más en ella era la finura y transparencia de la piel; su epidermis era más fina que la película aterciopelada que envuelve los hermosos frutos. Los colores de sus mejillas parecían hechos con ese polvo impalpable que pinta las alas de las mariposas. Si no hubiese yo sido doctor en ciencias naturales, hubiera temido que el roce de su velo se llevase el frágil brillo de su belleza. No sé si a usted le gustan las mujeres pálidas, y no quisiera herir sus ideas, si por acaso le impresiona ese género de elegancia moribunda que ha estado en moda durante cierto tiempo; pero, en mi calidad de sabio, nada admiro tanto como la salud, esa alegría de la vida. Si alguna vez hago la carrera de médico, seré un hombre muy útil a las familias, pues es seguro que no me enamoraré nunca de una de mis enfermas. La vista de un lindo rostro, sano y vivo, me produce casi tanto placer como el hallazgo de un bello arbusto vigoroso, cuyas flores se abren alegremente al sol, y cuyas hojas no han sido nunca atacadas ni por las orugas ni por los saltones. Y cuando vi por primera vez el rostro de Mary Ann, sentí una violenta tentación de decirle· «¡Señorita, muchas gracias por la salud espléndida que usted respira!»

Se me ha olvidado decirle que las líneas de su rostro carecían de regularidad, y que no tenía un perfil de estatua. Fidias acaso se hubiese negado a hacer su busto; pero vuestro Pradier le hubiese pedido de rodillas algunas sesiones. Confesaré, a riesgo de

destruir sus ilusiones, que tenía en la mejilla izquierda un hoyuelo que faltaba por completo en su mejilla derecha: cosa contraria a todas las leyes de la simetría. Sepa usted, además, que su nariz no era recta ni aguileña, sino francamente arremangada a la francesa. Pero lo que negaría hasta el cadalso es que esta conformación la hiciese menos bonita. Era tan bella como las estatuas griegas, pero lo era de diferente modo. La belleza no se mide por un tipo inmutable, aunque Platón lo haya afirmado en sus divagaciones sublimes. Varía según los tiempos, según los pueblos y según la cultura de los espíritus. La Venus de Milo era hace dos mil años la más hermosa muchacha del archipiélago: no creo que fuese en 1856 la más bonita mujer de París. Llevadla a casa de una costurera de la plaza de Vendôme y a casa de una modista de la calle de la Paz. En todos los salones en que la presentéis tendrá menos éxito que la señora Fulana o Zutana, que tiene los rasgos menos perfectos y la nariz menos recta. Cabía admirar a una mujer geométricamente bella en tiempos en que la mujer no era más que un objeto de arte destinado a halagar los ojos, sin decir nada al espíritu; un pájaro del paraíso, cuyo plumaje se contemplaba sin invitarle a cantar nunca. Una hermosa ateniense era tan bien proporcionada, tan blanca y tan fría como la columna de un templo. El señor Mérinay me ha hecho ver en un libro que la columna jónica no era más que una mujer disfrazada. El pórtico del Erecteon en la Acrópolis de Atenas descansa todavía sobre cuatro atenienses del si-

glo de Pericles. Las mujeres de hoy son pequeñas criaturas aladas, ligeras y, sobre todo, pensantes, creadas no para llevar templos en sus cabezas, sino para despertar el genio, para alegrar el trabajo, para animar el valor y para alumbrar el mundo con los destellos de su espíritu. Lo que amamos en ellas, lo que constituye su belleza, no es la regularidad acompasada de sus rasgos, sino la expresión viva y móvil de sentimientos más delicados que los nuestros; la radiación del pensamiento alrededor de esta frágil envoltura que no basta para contenerlo; el juego petulante de una fisonomía despierta.» No soy escultor; pero si supiese manejar el desbastador y me encargasen la estatua alegórica de nuestra época, le juro a usted que tendría un hoyuelo en la mejilla izquierda y la nariz arremangada.

Llevé a Mary-Ann hasta la aldea de Castia. Lo que me dijo a lo largo del camino, y lo que yo le pude responder, no ha dejado más huellas en mi espíritu que en el aire el vuelo de una golondrina. Su voz sonaba tan dulce, que acaso no he escuchado lo que me decía. Me hallaba como si asistiera a la Opera, donde la música no permite a menudo comprender la letra.

Y, sin embargo, todas las circunstancias de esta primera entrevista han quedado imborrablemente grabadas en mi espíritu. No tengo más que cerrar los ojos para creer que me encuentro allí todavía. El sol de abril lanzaba ligeramente sus dardos sobre mi cabeza. Por encima y por debajo del camino, los árboles resinosos de la montaña expandían

sus aromas en el aire. Los pinos, las tuyas y los terebintos parecían quemar un incienso áspero y rústico al paso de Mary-Ann. Ella aspiraba con dicha visible esta esplendidez olorosa de la naturaleza. Su naricilla insolente agitaba las aletas y se estremecía, sus ojos, sus hermosos ojos corrían de un objeto a otro con un placer resplandeciente. Viéndola tan bonita, tan viva y tan feliz, la hubiese usted creído una driada escapada del árbol. Veo todavía desde aquí el caballo que montaba: era el *Psari*, un caballo blanco del picadero de Zimmerman. Su traje de amazona era negro; el de la señora Simons, que me cerraba el horizonte, de una excentricidad que atestiguaba la independencia de su gusto. La señora Simons tenía un sombrero negro, de esa forma absurda y desagradable que han adoptado los hombres en todos los países; su hija llevaba el sombrero de fieltro gris, característico de las heroínas de la Fronda. Una y otra llevaban guantes de gamuza. La mano de Mary-Ann era un poco grande, pero admirablemente formada. En cuanto a mí, nunca he podido llevar guantes. ¿Y usted?

La aldea de Castia se encontraba desierta como el khan de Calyvia. Dimitri no se explicaba lo que ocurría. Echaron pie a tierra cerca de la fuente, delante de la iglesia. Cada uno de nosotros fué a llamar de puerta en puerta: ni un alma. Nadie en casa del papas, nadie en casa del paredro. La autoridad se había trasladado siguiendo a la población. Todas las casas del pueblo se componen de cuatro muros y un tejado, con dos aberturas, de las cuales

una sirve de puerta y otra de ventana. El pobre Dimitri se tomó el trabajo de derribar dos o tres puertas y cinco o seis contraventanas para tener la seguridad de que los habitantes no se habían dormido en sus casas. Pero no consiguió más que poner en libertad un desgraciado gato olvidado por su amo, y que partió como una flecha con rumbo al monte.

Esto hizo ya perder la paciencia a la señora Simons.

— Soy inglesa — dijo a Dimitri — y nadie se burla de mí impunemente. Me quejaré en la legación. ¡De modo que le tomo a usted para un paseo por la montaña, y me hace usted viajar entre precipicios! ¡Le mando que traiga provisiones, y me expone a morir de hambre! ¡Debíamos desayunar en el khan, y el khan está abandonado! ¡Tengo la constancia de seguirle a usted en ayunas hasta esta horrible aldea, y todos los campesinos se han marchado! Esto no es natural. He viajado por Suiza; Suiza es un país de montañas, y, sin embargo, nada me ha faltado; siempre he almorzado allí a mi hora; he comido truchas, ¿entiende usted?

Mary-Ann intentó calmar a su madre, pero la buena señora no prestaba oídos a nada. Dimitri le explicó como pudo que los habitantes eran casi todos carboneros y que su profesión los dispersaba por la montaña. En todo caso, no se había aún perdido el tiempo; no eran más de la ocho, y a diez minutos de marcha él estaba seguro de encontrar una casa habitada y un almuerzo ya preparado.

— ¿Qué casa? — preguntó la señora Simons.

— La quinta del convento. Los monjes del Pentélico tienen vastos terrenos por encima de Castia, donde crían abejas. El buen viejo que cultiva la finca tiene siempre vino, pan, miel. gallinas; él nos dará de comer.

— ¿No habrá salido como todo el mundo?

— Si ha salido, no estará lejos. El tiempo de los enjambres se aproxima y no puede apartarse mucho de sus colmenares.

— Vaya usted a ver; yo he viajado bastante desde esta mañana. Hago voto de no montar de nuevo a caballo antes de haber comido.

— Señora, no necesitará usted montar de nuevo a caballo — replicó Dimitri, paciente como un guía —. Podemos atar nuestros animales al abrevadero, y llegaremos más pronto a pie.

Mary-Ann decidió a su madre. Tenía unas ganas locas de ver al buen viejo y a sus rebaños alados. Dimitri fijó los caballos al lado de la fuente, poniendo sobre cada brida una gruesa piedra. La señora Simons y su hija se alzaron sus amazonas, y nuestra pequeña hueste se entró por un sendero escarpado, muy agradable de seguro para las cabras de Castia. Todos los lagartos verdes que estaban calentándose al sol se retiraron discretamente al aproximarnos, pero cada uno de ellos arrancó un chillido a la buena señora Simons, que no podía sufrir a los animales rampantes. Después de un cuarto de hora de vocalizaciones, tuvo al fin la alegría de ver una casa abierta y un rostro humano. Eran la quinta y el buen viejo.

La quinta era un pequeño edificio de ladrillos rojos, coronado por cinco cúpulas, ni más ni menos que una mezquita de aldea. Vista de lejos, no carecía de cierta elegancia. Limpio por fuera, sucio por dentro; es la divisa de Oriente. En los alrededores, al abrigo de un montículo erizado de tomillo, se veían colmenas de paja puestas en tierra de cualquier modo y alineadas con una cuerda como las tiendas de un campamento. El rey de este imperio, el buen viejo, era un joven de veinticinco años, pequeño, regordete y vivaracho. Todos los monjes griegos disfrutan del título honorífico de buen viejo, sin que la edad tenga nada que ver con ello. Estaba vestido como un aldeano; pero su gorro, en lugar de ser rojo, era negro, y por esta señal lo reconoció Dimitri.

Al vernos llegar el hombrecito, levantó los brazos al cielo y dió señales de una estupefacción profunda.

— ¡Vaya un tipo extravagante! — exclamó la señora Simons —. ¿De qué se asombra tanto? ¡Parece como si no hubiese visto nunca inglesas!

Dimitri, que corría a la cabeza, le besó la mano al monje y le dijo con una curiosa mezcla de respeto y familiaridad:

— Bendígame usted, padre. Tuércele el pescuezo a dos pollos, que se te pagarán bien.

— ¡Desgraciados! — dijo el monje —, ¿qué vienen ustedes a hacer por aquí?

— A almorzar.

— ¿No has visto, pues, que el khan de abajo estaba abandonado?

— Si, lo he visto perfectamente.

— ¿Y que la aldea estaba desierta?

— Si me hubiese tropezado en ella con alguien, no hubiese trepado hasta aquí.

— ¿Estás, pues, de acuerdo con ellos?

— ¿Ellos? ¿Quiénes?

— ¡Los bandidos!

— ¿Hay bandidos en el Parnés?

— Desde anteayer.

— ¿Dónde están?

— En todas partes.

Dimitri se volvió vivamente hacia nosotros y nos dijo:

— No tenemos un minuto que perder. Los bandidos están en la montaña. Corramos a nuestros caballos. Un poco de valor, señoras, y aprieten el paso, hagan el favor.

— ¡Esto ya es demasiado! — gritó la señora Simons —. ¡Sin haber almorzado!

— Señora, su almuerzo podría costarnos caro. ¡Vamos de prisa, por amor de Dios!

— ¡Pero esto es ya una conspiración! ¡Usted ha jurado matarme de hambre! ¡Ahora sale con los bandidos! ¡Como si hubiese bandidos! ¡No creo en los bandidos! ¡Todos los periódicos dicen que ya no los hay! ¡Además, soy inglesa, y si alguien tocase un pelo de mi cabeza...!

Mary-Ann estaba mucho menos segura. Se apoyó en mi brazo y me preguntó si yo creía que estuviésemos en peligro de muerte.

— De muerte, no. De robo, sí.

— ¿Qué me importa?—replicó la señora Simons—. Que me roben todo lo que llevo encima y que me den de almorzar.

He sabido más tarde que la pobre mujer estaba sujeta a una enfermedad bastante rara, que el vulgo llama hambre canina, y que nosotros los sabios hemos bautizado con el nombre de *bulimia*. Cuando el hambre se apoderaba de ella, hubiese dado su fortuna por un plato de lentejas.

Dimitri y Mary-Ann la cogieron cada uno por una mano y la arrastraron hasta el sendero por donde habíamos subido. El frailecillo la seguía gesticulando, y yo sentía una violenta tentación de empujarla por detrás; pero un pequeño silbido claro e imperativo nos dejó a todos clavados en el suelo.

— ¡St, st!

Levanté los ojos. Dos bosquecillos de lentiscos y madroños se apretaban a ambos lados del camino. De cada matorral salían tres o cuatro cañones de fusil. Una voz gritó en griego:

—Siéntense en el suelo.

Esta operación me resultó tanto más fácil, cuanto que mis piernas se me doblaban ya involuntariamente. Pero me consolé pensando que Ayax, Agamenón y el fogoso Aquiles, si se hubiesen visto en situación semejante, no hubiesen rehusado el asiento que se me ofrecía.

Los cañones de los fusiles bajaron hacia nosotros. Creí ver que se alargaban desmesuradamente y que sus extremidades venían a juntarse en torno de nuestras cabezas. No es que el miedo me turbase la vista;

pero nunca habia notado de una manera tan sensible la longitud desesperante de los fusiles griegos. Todo el arsenal desembocó en seguida en el camino, y cada cañón mostró su culata y su dueño.

La única diferencia que existe entre los diablos y los bandidos es que los diablos son menos negros de lo que se dice, y los bandidos, más sucios de lo que se supone. Los ocho facinerosos que se pusieron en circulo, en torno de nosotros eran de una tal suciedad, que yo hubiese deseado darles mi dinero con pinzas. Con un poco de esfuerzo se adivinaba que sus gorros habian sido rojos. Pero ni la misma lejia hubiese podido encontrar el color originario de sus trajes. Todas las rocas del reino habian comunicado su color a sus faldillas de percal, y sus chaquetas conservaban una muestra de los distintos terrenos sobre los cuales habian descansado. Sus manos, sus rostros y hasta sus bigotes eran de un gris rojizo, como el suelo que los sostenía. Cada animal se colorea según su domicilio y sus costumbres: las zorras de Groenlandia son de color de nieve; los leones, color del desierto; las perdices, color de surco, y los bandidos griegos, color de carretera.

El jefe de la pequeña tropa que nos habia hecho prisioneros no se distinguia por ninguna señal exterior. Sin embargo, acaso su rostro, sus manos y su traje eran más ricos en polvo que los de sus camaradas. Se inclinó hacia nosotros desde lo alto de su estatura elevada, y nos examinó tan de cerca, que sentí el roce de sus bigotes. Parecia tigre que huele

su presa antes de saborearla. Una vez satisfecha su seguridad, dijo a Dimitri:

—Vacía tus bolsillos.

Dimitri no dejó que se lo repitieran dos veces, y arrojó al suelo un cuchillo, una bolsa de tabaco y tres duros mejicanos, que componían una suma de unos diez y seis francos.

—¿Es esto todo?—preguntó el bandido.

—Sí, hermano.

—¿Tú eres el criado?

—Sí, hermano.

—Coge uno de los duros. No debes volver a la ciudad sin dinero.

Dimitri regateó.

—Ya podías dejarme dos — dijo —. Tengo abajo dos caballos. Han sido alquilados en el picadero. Tendré que pagar el alquiler del día.

—Explicarás a Zimmermann que te hemos cogido el dinero.

—¿Y si a pesar de todo quiere que le pague?

—Respóndele que se contente con haber recobrado los caballos.

—El sabe perfectamente que ustedes no cogen los caballos. ¿Para qué les servirían en la montaña?

—¡Basta! Dime quién es este hombre alto y flaco que está a tu lado.

Yo mismo le respondí:

—Un honrado alemán, cuyos despojos no le harán a usted rico.

—Hablas bien el griego. ¡Vacía tus bolsillos!

Depositó sobre el camino una veintena de francos, mi tabaco, mi pipa y mi pañuelo.

—¿Qué es esto?—preguntó el gran inquisidor.

—Un pañuelo.

—¿Para qué?

—Para limpiarme las narices.

—¿Por qué me has dicho que eras pobre? Solamente los milores se limpian las narices con pañuelos. Quitate la caja que tienes a la espalda. ¡Bien! ¡Abrela!

Mi caja contenía algunas plantas, un libro, un cuchillo, un pequeño paquete de arsénico, una cantimplora casi vacía y los restos de mi almuerzo, que encendieron una mirada de codicia en los ojos de la señora Simons. Tuve el atrevimiento de ofrecérselos antes de que mi equipaje cambiara de dueño. Ella los aceptó glotonamente, y se puso a devorar el pan y la carne. Con gran asombro mio, este apetito escandalizó a nuestros ladrones, que murmuraron entre ellos la palabra *cismática*. El fraile se persignó media docena de veces, según el rito de la iglesia griega.

—Tú debes de tener un reloj—me dijo el bandido—; ponlo con lo demás.

Entregué mi reloj de plata, una alhaja hereditaria que pesaba cuatro onzas. Los malvados se la pasaron de mano en mano, y la encontraron muy hermosa. Yo esperaba que la admiración, que hace mejores a los hombres, los dispondria a devolverme algo, y supliqué al jefe que me dejase mi caja de latón. Pero él me impuso rudamente silencio.

—¡Al menos— le dije —, entrégame dos escudos para volver a la ciudad!

Me respondió con un tono sardónico:

—No los necesitarás.

Le había llegado el turno a la señora Simons. Antes de poner la mano en su bolsillo interpeló a nuestros vencedores en la lengua de sus mayores. El inglés es uno de los raros idiomas que se puede hablar con la boca llena.

—Reflexionen ustedes bien lo que van a hacer—dijo con un tono amenazador—. Soy inglesa, y los ciudadanos ingleses son inviolables en todas las partes del mundo. Lo que me cojan les servirá de poco y les costará caro. Inglaterra me vengará y seréis todos colgados, por lo menos. Ahora, si quiere usted mi dinero, no tiene más que hablar; pero le quemará las manos: ¡es dinero inglés!

—¿Qué dice?—preguntó el orador de los bandidos.

Dimitri respondió:

—Dice que es inglesa.

—¡Mejor! Todos los ingleses son ricos. Dile que haga lo mismo que vosotros.

La pobre señora vació sobre la arena una bolsa que contenía doce soberanos. Como su reloj no se veía por fuera y no parecían pensar en registrarnos, lo conservó. La clemencia de los vencedores le dejó su pañuelo de bolsillo.

Mary-Ann arrojó su reloj juntamente con toda una colección de amuletos contra el mal de ojo. Con un movimiento lleno de gracia traviesa, lanzó ante sí un saco de piel de zapa que llevaba en bandole-

ra. El bandido lo abrió con una diligencia de aduanero. Sacó un pequeño neceser inglés, un frasco de sales inglesas, una caja de pastillas de menta inglesa y algunos francos en dinero inglés.

—Ahora—dijo la bella impaciente—, puede usted dejarnos marchar: no podemos darles nada más.

Con un gesto amenazador se le indicó que la sesión no estaba levantada. El jefe de la banda se puso en cuclillas delante de nuestro despojos, llamó al *buen viejo*, contó el dinero en su presencia, y le entregó una suma de cuarenta y cinco francos. La señora Simons me empujó con el codo:

—Ya ve usted que el monje y Dimitri nos han entregado: entran a la parte.

—No, señora—repliqué yo enseguida—. Dimitri no ha recibido más que una limosna de lo que le habían robado. Es una cosa qne se hace en todas partes. A orillas del Rhin, cuando un viajero se ha arruinado en la ruleta, el empresario del juego le da una cantidad para que vuelva a casa.

—Pero ¿y el monje?

—Ha percibido el diezmo del botín en virtud de un uso inmemorial. No se lo eche usted en cara, sino más bien agradézcale que haya querido salvarnos, siendo así que su convento estaba interesado en nuestra captura.

Esta discusión fué interrumpida por la despedida de Dimitri. Acababan de devolverle la libertad.

—Espérame—le dije—; volveremos juntos.

Él movió tristemente la cabeza, y me respondió que las damas le comprendiesen:

—Ustedes se quedan prisioneros por algunos días, y no volverán a Atenas hasta haber pagado el rescate. Yo voy a avisar al señor. ¿Tienen estas señoras algunos encargos que darme para él?

—¡Dígale—gritó la señora Simons—que corra a la embajada, que vaya en seguida al Pireo a ver al almirante, que se queje al Foreign-Office y que escriba a lord Palmerston! Nos arrancarán de aquí por la fuerza de las armas o por la autoridad de la política; pero que no paguen de ningún modo un penique por mi libertad.

—Por mi parte—añadí sin tanta cólera—, te ruego que digas a mis amigos en qué manos me has dejado. Si es preciso algunos centenares de dracmas para rescatar a un pobre diablo de naturalista, los encontrarán sin dificultad. Estos señores del camino real no habrán de cotizarme muy alto. Me entran ganas de preguntarles, mientras están todavía ahí, en cuánto me tasan.

—Inútil, querido señor Hermann; no son ellos los que fijarán su rescate.

—¿Y quién, pues?

—Su jefe, Hadgi-Stavros.

IV

HADGI STAVROS

Dimitri bajó hacia Atenas; el fraile subió hacia su abejar; nuestros nuevos dueños nos empujaron por un sendero que conducía al campamento de su

rey. La señora Simons afirmó su independencia negándose a mover un pie. Los bandidos la amenazaron con llevarla en sus brazos, y ella declaró que no se dejaría llevar. Pero su hija la inclinó a sentimientos más suaves, haciéndola esperar que encontraría la mesa puesta y que almorzaría con Hadgi-Stavros. Mary-Ann estaba más sorprendida que espantada. Los bandidos subalternos que acababan de detenernos habían manifestado una cierta cortesía: no habían registrado a nadie, y habían mantenido las manos lejos de sus prisioneras. En lugar de despojarnos, nos habían rogado que nos despojáramos nosotros mismos; no habían notado que las damas llevaban pendientes, y ni siquiera les habían invitado a que se quitasen los guantes. Estábamos, pues, bien lejos de esos bandoleros de España y de Italia que cortan un dedo para coger una sortija, y arrancan el lóbulo de la oreja para conseguir una perla o un diamante. Todas las desgracias que nos amenazaban se reducían al pago de un rescate, y hasta era muy probable que fuésemos puestos en libertad gratis. ¿Cómo suponer que Hadgi-Stavros nos habría de retener impunemente, a cinco leguas de la capital, de la corte, del ejército griego, de un batallón de Su Majestad Británica y de un buque estacionario inglés? Así razonaba Mary-Ann. En cuanto a mí, pensaba involuntariamente en las muchachitas de Mistra y me sentía dominado por la tristeza. Temía que la señora Simons, por su obstinación patriótica, expusiese a su hija a algún peligro grande y me prometía ilustrarla lo más pronto

posible sobre su situación. Marchábamos uno a uno por el sendero estrecho, separados los unos de los otros por nuestros feroces compañeros de viaje. El camino me parecía interminable, y pregunté más de diez veces si no llegaríamos pronto. El paisaje era horrible: la roca desnuda dejaba apenas escapar por sus grietas algunos carrascos o algunas matas de tomillo espinoso que se enganchaba en nuestras piernas. Los bandidos misteriosos no manifestaban ninguna alegría, y su marcha triunfal parecía un paseo fúnebre. Fumaban silenciosamente cigarrillos del grueso de un dedo. Ninguno de ellos hablaba con su vecino; uno solo salmodiaba de cuando en cuando una especie de canción nasal. Este pueblo es lúgubre como una ruina.

Hacia las once unos ladridos feroces nos anunciaron la proximidad del campamento. Diez o doce perros enormes, grandes como terneros, rizados como carneros, se arrojaron sobre nosotros enseñando todos sus dientes. Nuestros protectores los recibieron a pedradas, y después de un cuarto de hora de hostilidades, se hizo la paz. Estos monstruos inhospitalarios son los centinelas avanzados del Rey de las montañas. Olfatean a los gendarmes como los perros de los contrabandistas olfatean a los aduaneros. Pero no se limitan a esto: su celo es tan grande, que de vez en cuando muerden a un pastor inofensivo, a un viajero extraviado y hasta a un compañero de Hadgi-Stavros. El Rey de las montañas los alimenta, como los viejos sultanes sostenían a sus genízaros, con el temor continuo de ser devorados.

El campamento del Rey estaba en una meseta de setecientos u ochocientos metros de superficie. En vano buscàba yo las tiendas de nuestros vencedores. Los bandidos no son sibaritas y duermen al raso el 30 de abril. No vi ni despojos amontonados, ni tesoros extendidos, ni nada de lo que se espera encontrar en los reales de una banda de ladrones. Hadgi-Stavros se encarga de vender el botín; cada hombre recibe su paga en dinero y la emplea a su capricho. Unos la colocan en el comercio; otros la dan en hipoteca sobre casas de Atenas; otros compran terrenos en sus aldeas; ninguno despilfarra los productos del robo. Nuestra llegada interrumpió el almuerzo de veinticinco o treinta hombres, que acudieron a nosotros con su pan y su queso. El jefe alimenta a sus soldados: se les distribuye todos los días una ración de pan, de aceite, de vino, de queso, de caviar, de pimientos, de aceitunas amargas y de carne, cuando la religión lo permite. Los golosos que quieren comer malvas u otras hierbas quedan en libertad de cogerlas en la montaña. Los bandidos, como las demás clases del pueblo, encienden rara vez fuego para sus comidas; comen las carnes frías y las legumbres crudas. Observé que todos los que se apretaban en torno nuestro observaban religiosamente la ley de la abstinencia. Estábamos en la víspera de la Ascensión, y estas buenas personas, de los cuales el más inocente tenía por lo menos un hombre sobre la conciencia, no hubiesen querido cargar su estómago con una pata de pollo. Detener dos inglesas en la punta de sus fusiles les parecía un pe-

cadillo insignificante; la señora Simons era mucho más culpable por haber comido cordero el miércoles de la Ascensión.

Los hombres de nuestra escolta satisficieron cumplidamente la curiosidad de sus camaradas. Estos los abrumaron a preguntas, y ellos respondieron a todo. Pusieron de manifiesto el botín que habían hecho, y mi reloj de plata obtuvo por segunda vez un éxito que halagó mi amor propio. La cajita de oro de Mary-Ann fué menos celebrada. En esta primera entrevista la consideración pública cayó sobre mi reloj, y algo de ella vino a recaer en mí. A los ojos de estos hombres sencillos, el poseedor de una pieza tan importante no podía ser menos que un milord.

La curiosidad de los bandidos era molesta, pero no insolente. Ninguno de ellos se daba aire de tratarnos como país conquistado. Sabían que nos tenían en sus manos y que tarde o temprano nos cambiarían por cierto número de piezas de oro; pero no pensaban en aprovecharse de esta circunstancia para tratarnos mal o para faltarnos al respeto. El buen sentido, ese genio imperecedero del pueblo griego, les mostraba en nosotros los representantes de una raza diferente y, hasta cierto punto, superior. La barbarie victoriosa rendía un secreto homenaje a la civilización vencida. Varios de entre ellos veían por primera vez un traje europeo, y daban vueltas alrededor de nosotros como los habitantes del Nuevo Mundo alrededor de los españoles de Colón. Palpaban disimuladamente la tela de mi abrigo para saber de qué tejido estaba hecho. Hubiesen querido

poder quitarme todas mis prendas para examinarlas en detalle. Acaso no les hubiese tampoco parecido mal partirme en dos o tres pedazos, para estudiar la estructura interior de un milord; pero estoy seguro de que no lo hubiesen hecho sin disculparse y pedirme perdón por la excesiva libertad.

La señora Simons no tardó en perder la paciencia. Le aburría ser examinada tan de cerca por estos comedores de queso, que no le brindaban de almorzar. No es cosa agradable a todo el mundo ofrecerse como espectáculo. El papel de curiosidad viva disgustaba mucho a la buena señora, aunque hubiese podido desempeñarlo ventajosamente en todos los paises del globo. En cuanto a Mary-Ann, se caia de fatiga. Una carrera de seis horas, el hambre, la emoción, la sorpresa, habian dado en tierra con esta criatura delicada. Figúrese usted una joven miss, educada entre holandas, acostumbrada a andar sobre las alfombras de los salones, o sobre el césped de los más hermosos parques. Sus botas estaban ya destrozadas por las asperezas del camino, y los matorrales habian desgarrado su falda por debajo. La vispera habia tomado el te en los salones de la legación de Inglaterra, hojeando los admirables álbumes de mister Wyse; sin transición, se veia transportada en medio de un paisaje horrible y de una horda de salvajes, y no tenia el consuelo de decirse: «Es un sueño»; porque no estaba ni acostada, ni sentada, sino de pie, con gran desesperación de sus piececitos.

En esto llegó una nueva tropa, que hizo intolerable nuestra situación. No era una tropa de

bandidos, sino algo mucho peor. Los griegos llevan sobre sí un ejército de animalitos ágiles, caprichosos, irascibles, que les acompañan día y noche, les entretienen hasta durante el sueño, y por sus saltos y picaduras aceleran el movimiento del espíritu y la circulación de la sangre. Las pulgas de los bandidos, de las cuales puedo mostrarle a usted algunos ejemplares en mi colección entomológica, son más rústicas, más fuertes y más ágiles que las de los ciudadanos. ¡Tiene tan poderosas virtudes el aire libre! Pero no tardé en darme cuenta de que no estaban contentas de su suerte y que encontraban más gusto en la piel fina de un joven alemán que en el cuero curtido de sus dueños. Una emigración armada se dirigió sobre mis pobres piernas. Sentí primero una viva picazón alrededor de los tobillos: era la declaración de guerra. Dos minutos después, una división de vanguardia se dirigió sobre la pantorrilla derecha. Yo llevé a ella vivamente la mano. Pero, aprovechando esta diversión, el enemigo avanzaba a marchas forzadas hacia mi ala derecha, y tomaba posiciones sobre las alturas de las rodillas. Estaba envuelto, y toda resistencia era ya inútil. Si me hubiese encontrado solo, en un rincón aparte, hubiese intentado, con algún éxito, la guerra de guerrillas. Pero la bella Mary-Ann estaba delante de mí, roja como una cereza, y atormentada acaso también por algún enemigo secreto. No me atrevía ni a quejarme, ni a defenderme; devoraba heroicamente mis dolores, sin alzar la vista sobre miss Simons, y sufría por ella un martirio que nun-

ca me agradecerá. En fin, agotada mi paciencia y decidido a sustraerme por la fuga a la ola ascendente de las invasiones, pedí que me llevasen ante el Rey. Esta palabra recordó su deber a nuestros guías. Preguntaron dónde estaba Hadgi-Stavros. Les respondieron que trabajaba en sus oficinas.

—Al fin—dijo la señora Simons—, podré sentarme en un sillón.

Tomó mi brazo, ofreció el suyo a la hija y marchó con paso decidido en la dirección por donde la multitud nos conducía. Las oficinas no estaban lejos del campamento, y estuvimos allí en menos de cinco minutos.

Las oficinas del Rey tenían de oficinas lo que el campamento de los bandidos de campamento. En ellas no se veía ni mesa, ni sillas, ni mobiliario de ninguna especie. Hadgi Stavros estaba sentado, con las piernas cruzadas, sobre una alfombra cuadrada, a la sombra de un abeto. A su alrededor se agrupaban cuatro secretarios y dos servidores. Un muchacho de diez y seis a diez y ocho años estaba continuamente ocupado en llenar, encender y limpiar el chibuk. Llevaba a la cintura una bolsa de tabaco bordada de oro y perlas finas, y unas tenacillas de plata destinadas a coger la candela. Otro criado se pasaba el día preparando las tazas de café, los vasos de agua y los dulces destinados a refrescar la boca regia. Los secretarios, sentados directamente sobre la roca, escribían sobre sus rodillas con cañas cortadas. Cada uno de ellos tenía al alcance de la mano una larga caja de cobre que contenía las cañas, el

cortaplumas y la escribanía. Algunos cilindros de latón, parecidos a esos en que nuestros soldados guardan su licencia, servían como depósitos de los archivos. El papel no era indígena, y por su causa y razón; cada hoja llevaba la palabra *BATH* en mayúsculas.

El Rey era un gallardo anciano maravillosamente conservado: derecho, delgado, flexible como el acero, limpio y reluciente como un sable nuevo. Sus largos bigotes blancos caían sobre la barbilla como dos estalactitas de mármol. El resto del rostro estaba escrupulosamente afeitado. El cráneo, desnudo hasta el occipucio, donde una gran trenza de cabellos blancos so arrollaba bajo el bonete. La expresión de sus facciones me pareció reposada y reflexiva. Un par de ojillos azul claro y una barbilla cuadrada anunciaban una voluntad inquebrantable. Su cara era larga, y la disposición de las arrugas la alargaba más todavía. Todos los pliegues de la frente se rompían en el medio, y parecían dirigirse al encuentro de las cejas; dos surcos, anchos y profundos, bajaban perpendicularmente en la comisura de los labios, como si el peso de los bigotes hubiese arrastrado los músculos de la cara. He visto muchos septuagenarios, y hasta he disecado uno que hubiese alcanzado la centena si la diligencia de Osnabruck no le hubiese pasado por encima. Pero no me acuerdo de haber observado una vejez más lozana y más robusta que la de Hadgi Stavros.

Llevaba el traje de Tino y de todas las islas del archipiélago. Su gorro rojo formaba un amplio plie-

gue en su base en torno de la frente. Tenía la chaqueta de paño negro guarnecida de seda negra; el inmenso pantalón de seda azul que absorbe más de veinte metros de tela, y las grandes botas de cuero de Rusia, flexible y sólido. Lo único rico en su indumentaria era un cinturón de oro y piedras, que podía valer dos o tres mil francos. En sus pliegues iban sujetos una bolsa de cachemira bordada, un cangiar de Damasco en una vaina de plata, una larga pistola montada en oro y rubíes y la baqueta correspondiente.

Inmóvil en medio de sus empleados, Hadgi Stavros no movía más que las puntas de los dedos y el extremo de los labios: los labios, para dictar su correspondencia; los dedos, para contar las cuentas de su rosario, uno de esos rosarios de ámbar lechoso que no sirven para seguir oraciones, sino para divertir la ociosidad solemne de los turcos.

Levantó la cabeza al aproximarnos nosotros; adivinó de una ojeada el accidente que nos llevaba allí, y nos dijo con una gravedad que no tenía nada de irónica:

—Sean ustedes bien venidos. Siéntense.

— Señor — gritó la señora Simons —, soy inglesa y...

El interrumpió el discurso haciendo chocar su lengua contra los dientes de la mandíbula superior, dientes verdaderamente soberbios.

—En seguida—dijo—; estoy ocupado.

No entendía más que el griego, y la señora Simons no sabía más que el inglés; pero era tan expresiva

la fisonomía del rey, que la buena señora comprendió fácilmente sin ayuda de intérprete.

Tomamos asiento en el polvo. Quince o veinte bandidos se sentaron en cuclillas delante de nosotros, y el rey, que no tenía secretos que ocultar, dictó tranquilamente sus cartas de familia y sus cartas de negocios. El jefe de la tropa que nos había detenido vino a darle un consejo al oído. El respondió con un tono altivo:

— ¿Qué importa que el milord comprenda? No hago daño a nadie, y todo el mundo puede escucharme. Vé a sentarte. Tú, Spiro, escribe: es a mi hija.

Se sonó las narices muy diestramente con los dedos, y dictó con una voz grave y dulce:

«*Mis queridos ojos* (mi querida hija): La maestra del colegio me ha escrito que tu salud se ha afirmado, y que ese maldito catarro se ha marchado con los días de invierno. Pero de tu aplicación no parece tan contenta, y se queja de que no estudias nada desde el principio del mes de abril. La señora Mavros dice que te has vuelto distraída, y que te ven con los codos apoyados en el libro, mirando vagamente como si pensases en otra cosa. Nunca te insistiré demasiado en que es preciso trabajar con asiduidad. Sigue los ejemplos de toda mi vida. Si hubiese permanecido ocioso, como tantos otros, no hubiera llegado al rango que ocupo en la sociedad. Quiero que tú seas digna de mí, y por eso hago tantos sacrificios por tu educación. Tú sabes que nunca te he negado los maestros o los libros que me has pe-

dido; pero es preciso que mi dinero sirva para algo. El Walter Scott ha llegado al Pireo, lo mismo que el *Robinsón* y todos los libros ingleses que has manifestado deseos de leer; haz que nuestros amigos de la calle de Hermes los recojan en la aduana. Recibirás al mismo tiempo el brazalete que pedías y esa máquina de acero para inflar las faldas de tus vestidos. Si tu piano de Viena no es bueno, como me dices, y quieres de todas maneras uno de Pleyel, lo tendrás. *Haré* dos o tres aldeas después de la venta de las cosechas, y mal han de ir las cosas para que no saque el precio de un bonito piano. Pienso, como tú, que necesitas saber música; pero lo que debes aprender ante todo son las lenguas extranjeras. Emplea los domingos de la manera que te he dicho, y aprovéchate de la complacencia de nuestros amigos. Es preciso que puedas hablar el francés, el inglés y, sobre todo, el alemán. Pues al fin y al cabo no es posible que tú vivas en este pequeño país ridículo, y preferiría verte muerta a casada con un griego. Hija de Rey, tú no puedes casarte más que con un príncipe. Y no me refiero a un príncipe de contrabando como todos nuestros Fanariotas, que se jactan de descender de los emperadores de Oriente, y a quienes yo no quisiera tomar de criados, sino de un príncipe reinante y coronado. Los hay muy aceptables en Alemania, y mi fortuna me permite escogerte uno de ellos. Si los alemanes han podido venir a reinar entre nosotros, no veo por qué tú no irías a reinar entre ellos. Date prisa, pues, aprende su lengua, y dime en la próxima carta que has he-

cho progresos. Con lo cual, querida hija, te beso muy tiernamente, y te envio con el trimestre de tu pensión mis bendiciones paternales.»

La señora de Simons se inclinó hacia mí y me dijo al oido:

— ¿Es nuestra sentencia lo que dicta a sus bandidos?

Yo respondí:

—No, señora. Escribe a su hija.

— ¿A propósito de nuestra captura?

— A propósito de piano, de crinolina y de Walter Scott.

—Esto puede durar mucho tiempo. ¿Va a invitarnos a almorzar?

— Ahí está ya su criado, que nos trae refrescos.

El *cafedgi* del Rey estaba ante nosotros con tres tazas de café, una caja de rahat-lukum y un tarro de dulces. La señora Simons y su hija rechazaron el café con repugnancia, porque estaba preparado a la turca y turbio como papilla. Yo vacié mi taza como verdadero bebedor del Oriente. El dulce, que era sorbete de rosa, no obtuvo más que un éxito mediano, porque tuvimos que comerlo los tres con una sola cuchara. Los delicados lo pasan mal en un país de costumbres sencillas. Pero el rahat-lukum, cortado en pedazos, halagó el paladar de las damas, sin chocar demasiado con sus costumbres. Se aplicaron con muy buena gana a esta jalea de almidón perfumado, y vaciaron la caja hasta el fondo mientras el rey dictaba la carta siguiente:

«Señores Barley y compañía,
1, Cavendish Square, en Londres.

He visto por su apreciable de 5 de abril y la cuenta corriente que la acompaña, que al presente tengo 22.750 libras esterlinas a mi crédito. Sírvanse colocar estos fondos, una mitad al 3 por 100 inglés, y la otra mitad en acciones del crédito mobiliario antes que el cupón sea cortado. Vendan mis acciones del Banco Real Británico; es un valor que no me inspira ya tanta confianza. Tómenme, en cambio, ómnibus de Londres. Si encuentran ustedes 15.000 libras por mi casa del—Strand en 1852 valía esto—, me comprarán Montaña Vieja por una suma igual. Envíen a los hermanos Rhalli 100 guineas—2.645 francos—; es mi suscripción para la escuela helénica de Liverpool. He pensado seriamente la proposición que me han hecho ustedes el honor de presentarme, y después de maduras reflexiones he resuelto persistir en mi línea de conducta y hacer los negocios exclusivamente al contado. Los contratos a plazo tienen un carácter aleatorio que debe inspirar desconfianza a todo buen padre de familia. Sé bien que no expondrían ustedes mis capitales sino con la prudencia que ha sido siempre característica de esa casa; pero aun cuando los beneficios de que ustedes me hablan fueran ciertos, sentiría, lo confieso, cierta repugnancia a legar a mis herederos una fortuna aumentada por el juego.

Reciban, etc.

HADGI STAVROS.
Propietario.»

—¿Se trata de nosotros?—me dijo Mary-Ann.

—Todavía no, señorita. Su Majestad hace cálculos.

—¿Cálculos aquí? Yo creía que eso se hacía solamente entre nosotros.

—Su señor padre, señorita, ¿no es socio de una casa de banca?

—Sí; de la casa Barley y C.ª.

—¿Hay dos banqueros de este mismo nombre en Londres?

—No, que yo sepa.

—¿Ha oído usted decir que la casa Barley hiciese negocios con Oriente?

—¡Y con el mundo entero!

—Y ustedes ¿viven en Cavendish Square?

—No; allí están sólo las oficinas. Nuestra casa está en Piccadilly.

—Gracias, señorita. Permítame usted que escuche lo que sigue. Este viejo tiene una correspondencia de las más interesantes.

El Rey dictaba sin interrupción un largo informe a los accionistas de su banda. Este curioso documento iba dirigido al señor Jorge Micrommati, oficial de órdenes en palacio, para que diese lectura de él en la asamblea general de los interesados.

«Memoria de las operaciones de la Compañía Nacional del Rey de las montañas

»Ejercicio 1855-56.
»Campamento del Rey, 30 de abril de 1856.

»SEÑORES:

»El gerente que han honrado ustedes con su confianza viene hoy, por 14.ª vez, a someter a su aprobación el resumen de sus trabajos del año. Desde el día en que la escritura constitutiva de nuestra sociedad fué firmada en el despacho del señor Tsappas, notario real de Atenas, nunca ha encontrado más obstáculos nuestra empresa, nunca la marcha de nuestros trabajos ha sido contrariada por dificultades más serias. En presencia de una ocupación extranjera, a la vista de dos ejércitos, si no hostiles, al menos malévolos, ha sido preciso mantener el funcionamiento de una institución eminentemente nacional. El Pireo, invadido militarmente; la frontera de Turquía, vigilada con un cuidado que no tiene precedentes en la historia, han restringido nuestra actividad a un círculo estrecho e impuesto a nuestro celo límites infranqueables. Dentro de esta zona limitada, nuestros recursos resultaban, además, reducidos por la penuria general, la escasez de dinero, la insuficiencia de las cosechas. Los

olivos no han cumplido lo que prometían; el rendimiento de los cereales ha sido mediocre, y las viñas no se han librado aún del oidium. En tales circunstancias, era muy difícil aprovecharse de la tolerancia de las autoridades y de la dulzura de un gobierno paternal. Nuestra empresa se halla tan estrechamente ligada a los intereses del país, que no puede florecer más que con la prosperidad general y que se resiente de todas las calamidades públicas, porque a los que nada tienen, nada puede cogérseles, o muy poco.

»Los viajeros extranjeros, cuya curiosidad es tan útil para el reino y para nosotros, han sido muy raros. Los turistas ingleses, que componían antes una rama importante de nuestras rentas, han faltado por completo. Dos jóvenes americanos detenidos en el camino del Pentélico nos han escamoteado su rescate. Un espíritn de desconfianza, alimentado por algunos periódicos de Francia y de Inglaterra, aparta de nosotros a las gentes cuya captura nos sería más útil.

»Y, sin embargo, señores, tal es la vitalidad de nuestra institución, que ha resistido mejor a esta crisis fatal que la agricultura, la industria y el comercio. Los capitales de ustedes confiados a mis manos se han beneficiado, no tanto como yo hubiera querido, pero mucho mejor que nadie podía esperar. No añadiré nada más; dejo que hablen los números. La aritmética es más elocuente que Demóstenes.

»El capital social, limitado en un principio a la modesta cifra de 50.000 francos, se ha elevado a 120.000 por tres emisiones sucesivas de acciones de 500 francos.

»Nuestros ingresos brutos desde el 1.° de mayo de 1855

hasta el 30 de abril de 1856 ascienden a la suma de 261.482 francos.

»Nuestros gastos se dividen como sigue:

Diezmo pagado a las iglesias y monasterios...	26.148
Interés del capital a la tasa legal del 10 por 100	12.000
Sueldo y manutención de 80 hombres a 650 francos cada uno.........................	52.000
Material, armas, etc.........................	7.056
Reparación del camino de Tebas, que se había hecho intransitable, y en el que no se encontraban ya viajeros que detener.............	2.540
Gastos de vigilancia en las carreteras........	5.835
Gastos de oficina...........................	3
Subvención a algunos periodistas............	11.900
Premios a diversos empleados del orden administrativo y judicial.......................	18.000
TOTAL......................	135.482

Si se resta esta suma de la cifra bruta de nuestros ingresos, se encuentra un beneficio neto de....................................	126.000
Conforme a los estatutos, este excedente es repartido como sigue:	
Fondo de reserva depositado en el Banco de Atenas..................................	6.000
Tercio concedido al gerente.................	40.000
Para repartir entre los accionistas...........	80.000

O sea 333,33 pesetas por acción.

»Añadan ustedes a estas 333,33 pesetas, 50 pesetas de in-

terés y 25 pesetas del fondo de reserva, y tendremos un total de 408,33 pesetas por acción. El dinero de ustedes ha sido, pues, colocado a cerca del 82 por 100.

»Tales son, señores, los resultados de la última campaña. ¡Juzguen ahora del porvenir que nos está reservado el día que la ocupación extranjera cese de pesar sobre nuestro país y nuestras operaciones!»

El Rey dictó esta respuesta sin consultar notas, sin vacilar en una cifra y sin buscar una palabra. Nunca hubiese podido creer que un viejo de su edad pudiese tener la memoria tan expedita. Puso su sello en la parte inferior de las tres cartas: es su manera de firmar. Lee corrientemente; pero nunca ha tenido tiempo de aprender a escribir. Carlomagno y Alfredo el Grande se hallaban, según se dice, en el mismo caso.

Mientras que los subsecretarios de Estado se ocupaban en transcribir su correspondencia del día, para depositarla en los archivos, dió audiencia a los oficiales subalternos que habían vuelto con sus destacamentos durante el día. Cada uno de estos hombres se sentaba delante de él, le saludaba apoyando la mano derecha en el corazón, y hacia su relato, en pocas palabras, con una concisión respetuosa. Le juro a usted que San Luis, bajo su encina, no inspiraba una veneración más profunda a los habitantes de Vincennes.

El primero que se presentó fué un hombre pequeño y de mala facha; un verdadero tipo de presidio. Era un isleño de Corfú, perseguido por algunos in-

cendios; le habían recibido muy bien en la partida, y sus méritos le habían hecho subir en graduación. Pero su jefe y sus soldados le estimaban sólo a medias. Se sospechaba que sustraía en su provecho una parte del botín. Ahora bien, el Rey era intratable en punto a probidad. Cuando cogía a un hombre en esta falta, lo expulsaba ignominiosamente y le decía con ironía aplastante: «¡Vé a hacerte magistrado!»

Hadgi-Stavros preguntó al corfiota: «¿Qué has hecho?»

— He ido con mis quince hombres al barranco de las Golondrinas, en el camino de Tebas. He encontrado un destacamento de línea: veinticinco soldados.

— ¿Dónde están sus fusiles?

— Se los he dejado. Todos fusiles de pistón, que no nos hubiesen servido por falta de cartuchos.

— Bien; ¿y después?

— Era día de mercado; he detenido a los que volvían.

-- ¿Cuántos?

— Ciento cuarenta y dos personas.

— ¿Y traes...?

— Mil seis pesetas con cuarenta y tres céntimos.

— ¡Siete pesetas por cabeza! Es poco.

— Es mucho. ¡Eran aldeanos!

-- ¿No habían, pues, vendido sus géneros?

— Unos habían vendido, otros habían comprado.

El corfiota abrió un pesado saco que llevaba bajo el brazo y extendió el contenido ante los secretarios, que se pusieron a contar la suma. El ingreso se

componia de treinta o cuarenta duros mejicanos, de algunos puñados de zwanzigs austriacos y de una enorme cantidad de vellón. En medio de las monedas aparecian algunos papeles arrugados. Eran billetes de Banco de diez francos.

– ¿No traerás alhajas?—preguntó el Rey.

— No.

— ¿Es que no habia mujeres?

— No he encontrado nada que valiese la pena de ser cogido.

— ¿Qué es eso que te veo en el dedo?

— Una sortija.

— ¿De oro?

— O de cobre: no sé bien.

— ¿De dónde procede?

— La he comprado hace dos meses.

— Si la hubieses comprado, sabrías si es de oro o de cobre. ¡Dámela!

El corfiota obedeció de mala gana. La sortija fué encerrada inmediatamente en un pequeño cofre lleno de alhajas.

—Te perdono—dijo el rey—, considerando tu mala educación. Las gentes de tu país deshonran el robo mezclando con él la granujería. Si no tuviese más que jonios en mi tropa, me vería obligado a poner en los caminos aparatos registradores como en las puertas de la exposición de Londres, para contar los viajeros y recibir el dinero. ¡Venga otro!

El que vino después era un muchachote de cara muy simpática. Sus ojos grandes, salientes, respiraban la rectitud y la bondad espontánea. Sus labios

entreabiertos dejaban ver, a través de su sonrisa, dos filas de dientes magnificos. Me sedujo a la primera ojeada y pensé para mi que, aunque sin duda se habia extraviado entre aquella mala gente, no dejaria un dia u otro de volver al buen camino. Mi aspecto le agradó también, pues me saludó muy atento antes de sentarse ante el rey Hadgi-Stavros.

— ¿Qué has hecho, amigo Basilio?

— Llegué ayer tarde con mis seis hombres a Pigadia, la aldea del senador Zimbelis.

— Bien.

— Zimbelis estaba ausente, como siempre; pero sus parientes, sus colonos, estaban todos en sus casas y acostados.

— Bien.

— Entré en el khan; desperté al khangi; le compré veinticinco haces de paja, y como pago, le maté.

— Bien.

— Llevamos la paja al pie de las casas, que son todas de tabla o de mimbre, y prendimos fuego por siete sitios a la vez. Las cerillas eran buenas, el viento venia del Norte: todo ardió.

— Bien.

— Nos retiramos sin ruido hacia los pozos. Toda la aldea se despertó a la vez gritando. Los hombres acudieron con sus cubos de cuero en busca de agua. Hemos ahogado a cinco que no conociamos; los otros huyeren.

— Bien.

— Volvimos a la aldea. No habia nadie más que

un niño olvidado por sus padres y que gritaba como un pequeño cuervo caído del nido. Le arrojé en una casa que ardía y no dijo una palabra.

— Bien.

— Después cogimos tizones y prendimos fuego a los olivares. La cosa tuvo un éxito completo. Nos pusimos en camino de vuelta para el campamento; hemos cenado y dormido a medio camino, y a las nueve hemos llegado, todos en perfecto estado, sin una quemadura.

— Bien. El senador [illegible]lis no pronunciará otro discurso contra nosotros. ¡Venga otro!

Basilio se retiró, saludándome tan atentamente como la vez primera; pero yo no le devolví el saludo.

Le reemplazo inmediatamente el enorme diablo que nos había detenido. Por un curioso capricho del azar, el primer autor del drama en que yo estaba destinado a desempeñar un papel, se llamaba Sófocles. En el momento en que comenzó su relación, sentí algo frío correr por mis venas. Supliqué a la señora Simons que no arriesgase una palabra imprudente. Ella me respondió que era inglesa y que sabía conducirse. El Rey nos rogó que nos callásemos y que dejásemos la palabra al orador.

Puso primero de manifiesto los bienes de que nos había despojado; después sacó de su cinturón cuarenta ducados de Austria, que formaban una suma de cuatrocientos setenta francos, al cambio de 11,75 francos.

— Los ducados — dijo — provienen de la aldea de

Castia; el resto me ha sido dado por los milores. Me habían dicho que diese una batida por los alrededores, y he comenzado por la aldea.

— Has hecho mal — respondió el rey —. Las gentes de Castia son vecinos nuestros. Se les debía haber dejado en paz. ¿Cómo viviremos con seguridad si nos hacemos enemigos a nuestras puertas? Además, son buenas gentes, que pueden echarnos una mano en caso preciso.

— ¡Oh, no he cogido nada a los carboneros! Han desaparecido en el monte sin darme tiempo a hablarles. Pero el paredro sufría de gota y le he encontrado en su casa.

— ¿Y qué le has dicho?

— Le he pedido dinero; él ha sostenido que no tenía. Entonces le he encerrado en un saco con su gato; no sé lo que el gato le ha hecho; pero él se ha puesto a gritarme que su tesoro estaba detrás de la casa, bajo una gruesa piedra. Allí es donde he encontrado los ducados.

— Has hecho mal. El paredro excitará a toda la aldea contra nosotros.

— ¡Oh, no! Al abandonarle se me olvidó abrir el saco, y el gato debe de haberle comido los ojos.

— Menos mal. Pero escuchadlo todos bien: no quiero que se inquiete a nuestros vecinos.

Nuestro interrogatorio iba a comenzar. Hadgi-Stavros, en vez de hacernos comparecer delante de él, se levantó gravemente y vino a sentarse en el suelo a nuestro lado. Esta señal de deferencia nos pareció de buen augurio. La señora Simons se dispu-

so a interpelarle a sus anchas. En cuanto a mí, previendo perfectamente lo que ella podría decir, y conociendo la intemperancia de su lengua, ofrecí al Rey mis servicios en calidad de intérprete. El me dió fríamente las gracias y llamó al corfiota, que sabía el inglés.

— Señora — dijo el rey a la señora Simons —, parece que está usted contrariada ¿Tiene usted alguna queja de los hombres que la han traído aquí?

— ¡Es un horror! — dijo ella —. Vuestros granujas me han detenido, me han arrojado en el polvo y, no contentos con despojarme, me han reducido a la extenuación y al hambre.

— Le suplico que acepte mis excusas. Me veo obligado a emplear hombres sin educación. Créame usted, señora, no se han conducido así por orden mia. ¿Es usted inglesa?

— ¡Inglesa de Londres!

— Yo he estado en Londres; conozco y estimo a los ingleses. Sé que tienen buen apetito, y ya ha podido usted notar que me he apresurado a ofrecerles un refrigerio. Sé que a las señoras de su país no les gusta correr por las rocas, y siento que no le hayan dejado a usted andar a su paso. Sé que las personas de su nación no llevan de viaje más que los efectos que les son necesarios, y no perdonaré a Sófocles que le haya despojado, sobre todo si es usted persona de calidad.

— Pertenezco a la mejor sociedad de Londres.

— Sírvase recoger de aquí el dinero que le pertenece. ¿Es usted rica?

— Claro que sí.

— Este neceser ¿no es de su equipaje?

— Es de mi hija.

— Recoja nsted también lo que es de la señorita. ¿Es usted muy rica?

— Muy rica.

— ¿No pertenecen estos objetos a su señor hijo?

— El señor no es hijo mio; es un alemán. Puesto que soy inglesa, ¿cómo puedo tener un hijo alemán?

— Nada más exacto. ¿Tendrá usted hasta unos veinte mil francos de renta?

— Más.

— ¡Una alfombra para estas señoras! La riqueza de usted asciende, pues, a treinta mil francos de renta.

— Tenemos más de eso.

— Sófocles es un palurdo; ya le sentaré yo las costuras. Logotetos, di que preparen la comida a estas señoras. ¿Sería posible, señora, que fuese usted millonaria?

— Lo soy.

— Señora, me siento avergonzado de la manera como se han conducido con usted. ¿Seguramente tendrá muy buenas relaciones en Atenas?

— Conozco al ministro de Inglaterra, ¡y si usted se hubiese permitido...!

— ¡Oh, señora!... ¿Conoce usted también a comerciantes, a banqueros?

— Mi hermano, que está en Atenas, conoce a varios banqueros de la ciudad.

— Me alegro mucho de saberlo. Sófocles, ¡ven aquí! Pídele perdón a estas señoras.

Sófocles murmuró entre dientes no sé qué excusas. El Rey continuó:

— Estas damas son inglesas distinguidas; tienen una fortuna de más de un millón; las reciben en la embajada de Inglaterra; su hermano, que está en Atenas, conoce a todos los banqueros de la ciudad.

— ¡Menos mal! — exclamó la señora Simons.

El Rey prosiguió:

— Tú debías de haber tratado a estas señoras con todos los miramientos debidos a su fortuna.

— ¡Bien! — dijo la señora Simons.

— Conducirlas aquí con cuidado.

— ¿Para qué? — murmuró Mary-Ann.

— Y abstenerte de tocar a su equipaje. Cuando se tiene el honor de encontrarse en el monte con dos personas del rango de estas damas, se les saluda con respeto, se les trae al campamento con deferencia, se les guarda con circunspección y se les ofrece cortésmente todas las cosas necesarias para la vida, hasta que su hermano o el embajador nos envíe un rescate de cien mil francos.

¡Pobre señora Simons! ¡Querida Mary-Ann! Ninguna de ellas esperaba esta conclusión. Por mi parte, no me sorprendió. Sabía con qué taimado granuja nos las habíamos. Tomé audazmente la palabra y le dije a quemarropa:

— Puedes guardarte lo que tus hombres me han robado, porque es todo lo que tendrás de mí. Soy pobre, mi padre no tiene nada, mis hermanos comen a menudo su pan a secas, no conozco ni banqueros

ni embajadores, y si me alimentas con la esperanza de un rescate, te vas a chasquear: ¡te lo juro!

Un murmullo de incredulidad se elevó en el auditorio; pero el Rey pareció creerme bajo mi palabra.

— Si es así — me dijo —, no cometeré la tontería de retenerle aquí contra su deseo. Prefiero enviarle de nuevo a la ciudad. La señora le entregará una carta para su señor hermano y partirá usted hoy mismo. Con todo, por si tuviese usted necesidad de permanecer un día o dos en la montaña, le ofrezco mi hospitalidad, pues supongo que no ha venido usted hasta aquí con esa caja grande para mirar el paisaje.

Este discursito me proporcionó un alivio notable. El Rey, sus secretarios y sus soldados me parecían mucho menos terribles; las rocas vecinas se me figuraban mucho más pintorescas desde que las miraba con los ojos de un huésped y no con los de un prisionero. El deseo que tenía de ver Atenas se calmó súbitamente, y me hice a la idea de pasar dos o tres días en la montaña. Sentía que mis consejos no serían inútiles a la madre de Mary-Ann. La buena señora se encontraba en un estado de exaltación que podía perderla. ¿Y si, por acaso, se obstinaba en negar el rescate? Antes que Inglaterra acudiese en socorro suyo, tenía tiempo de atraer alguna desgracia sobre una cabecita encantadora. No podía alejarme de ella sin contarle, para su gobierno, la historia de las muchachitas de Mistra. ¿Y qué más he de decirle? Usted conoce mi pasión por la botánica. La flora del Parnés es muy interesante a fines

de abril. En esta montaña se encuentran cinco o seis plantas tan raras como célebres, sobre todo una: la *boryana variabilis*, descubierta y bautizada por M. Bory de Saint-Vincent. ¿Debía yo dejar semejante vacío en mi herbario y presentarme en el museo de Hamburgo sin la *boryana variabilis*?

Respondí al Rey:

— Acepto tu hospitalidad, pero con una condición.

— ¿Cuál?

— Que me devolverás mi caja.

— Pues bien, concedido; pero con una condición también.

— ¡Veamos!

— Que me dirá usted para qué sirve.

— ¡Si sólo de eso se trata! Me sirve para guardar las plantas que recojo.

— Y ¿por qué busca usted plantas? ¿Para venderlas?

— ¡De ninguna manera! No soy un comerciante: soy un sabio.

Me tendió la mano y me dijo con alegría visible:

— ¡Cuánto me alegro! La ciencia es una cosa bella. Nuestros abuelos eran sabios; acaso lo serán nuestros nietos. En cuanto a nosotros, nos ha faltado tiempo. ¿Se estima mucho a los sabios en el país de usted?

— Muchísimo.

— ¿Les dan buenos puestos?

— A veces.

— ¿Les pagan bien?

— Bastante.

— ¿Les colocan cintitas sobre el pecho?

— De cuando en cuando.

— ¿Es verdad que las ciudades se los disputan?

— Así ocurre en Alemania.

— ¿Y que se considera su muerte como una calamidad pública?

— Desde luego.

— Lo que usted dice me llena de satisfacción. Asi, pues, ¿no tiene usted que quejarse de sus conciudadanos?

— ¡Muy al contrario! Su liberalidad es lo que me ha permitido venir a Grecia.

— ¿Le pagan a usted los gastos de viaje?

— Desde hace seis meses.

— ¿Es usted, pues, muy instruido?

— Soy doctor.

— ¿Existe un grado superior en la ciencia?

— No.

— ¿Como cuántos doctores hay en la ciudad que usted habita?

— No sé el número exacto; pero no hay tantos doctores en Hamburgo como generales en Atenas.

— ¡Oh! ¡Oh! No privaré a vuestro pais de un hombre tan raro. Usted volverá a Hamburgo, señor doctor. ¿Qué se diria allá si supiesen que está usted prisionero en nuestras montañas?

— Dirian que es una gran desgracia.

— ¡Vamos! Antes que perder un hombre como usted, la ciudad de Hamburgo se impondrá muy bien un sacrificio de quince mil francos. Recoja usted su

caja, corra, busque, herborice y prosiga el curso de sus estudios. ¿Por qué no mete usted en su bolsillo este dinero? Es de usted, y yo respeto demasiado a los sabios para despojarlos. Pero el país de usted es lo bastante rico para pagar su gloria. ¡Afortunado jóven! ¡Hoy reconoce usted cuánto valor añade a su persona el título de doctor! Yo no hubiese pedido ni un céntimo de rescate si hubiera usted sido un ignorante como yo.

El Rey no escuchó ni mis objeciones ni las interjecciones de la señora Simons. Levantó la sesión y nos mostró con el dedo nuestro comedor. La señora Simons bajó a él protestando de que devoraría la comida, pero que nunca pagaría la cuenta. Mari-Ann parecía muy abatida; pero tal es la movilidad de la juventud, que lanzó un grito de alegría al ver el lugar ameno en que nuestra mesa estaba puesta. Era un rinconcito de verdura engastado en la piedra gris. Una hierba fina y apretada formaba la alfombra; algunos macizos de alheñas y laureles servían de tapices y ocultaban las murallas a pico. Una hermosa bóveda azul se extendía sobre nuestras cabezas; dos buitres de largo cuello, que se cernían en el aire, parecían haber sido suspendidos para encanto de los ojos. En un rincón de la sala, un manantial, límpido como el diamante, colmaba en silencio su copa rústica, se derramaba sobre los bordes y se precipitaba en cinta argentada, por la vertiente resbaladiza de la montaña. Por este lado la vista se extendía hasta lo infinito hacia el frontón del Pentélico, el gran palacio blanco que reina sobre Atenas,

los bosques de olivos sombríos, la llanura polvorienta, el lomo agrisado del Himeto, curvado como la espalda de un anciano, y ese admirable golfo Sarónico, tan azul que se diría un jirón caído del cielo. Seguramente la señora Simons no tenía el espíritu dispuesto a la admiración, y, sin embargo, confesó que el alquiler de una vista tan hermosa costaría caro en Londres o en París.

La mesa estaba servida con una sencillez heroica. Un pan moreno, cocido en el horno de campaña, humeaba sobre el césped y embargaba el olfato por su olor penetrante. La leche cuajada temblaba en un gran cuenco de madera. Las gruesas aceitunas y los pimientos verdes se amontonaban sobre tablillas mal desbastadas. Un pellejo velludo hinchaba su amplia panza al lado de una copa de cobre rojo ingenuamente cincelada. Un queso de oveja descansaba sobre el lienzo con que se le había apretado, y cuya huella conservaba todavía. Cinco o seis lechugas apetitosas nos ofrecían una hermosa ensalada, pero sin ningún aderezo. El rey había puesto a nuestra disposición su vajilla de campaña, que consistía en cucharas esculpidas con el cuchillo, y disponíamos además, lujo desmedido, del tenedor de nuestros cinco dedos. La tolerancia no había sido llevada hasta el punto de servirnos carne; pero, en cambio, el tabaco dorado de Almyros me prometía una admirable digestión.

Un oficial del Rey se había encargado de servirnos y de escucharnos. Era el repugnante corfiota, el hombre de la sortija de oro, que sabía el inglés.

Cortó el pan con su puñal, y nos distribuyó de todo a manos llenas, recomendándonos que no nos quedásemos cortos. La señora Simons, sin interrumpir su labor manducatoria, le lanzó algunas altivas preguntas.

— Buen hombre, ¿acaso su amo ha creído seriamente que le pagaríamos un rescate de cien mil francos?

— Está seguro de ello, señora.

— Es que no conoce a la nación inglesa.

— La conoce muy bien, señora, y yo también. En Corfú he tratado a muchos ingleses distinguidos: ¡eran jueces!

— Le felicito a usted por ello; pero dígale a ese Stavros que se arme de paciencia, porque esperará largo tiempo los cien mil francos que se ha prometido.

— Me ha encargado que les diga que esperará hasta el 15 de mayo, a las doce en punto.

— ¿Y si no hemos pagado el 15 de mayo, a las doce?

— Tendrá el sentimiento de cortarle el pescuezo, lo mismo que a la señorita.

Mary-Ann dejó caer el pan que se llevaba a la boca.

— Déme usted un poco de vino — dijo.

El bandido le tendió la copa llena; pero apenas hubo ella humedecido sus labios, dejó escapar un grito de repugnancia y espanto. La pobre criatura se imaginó que el vino estaba envenenado. Yo la tranquilicé vaciando la copa de un trago.

— No tema usted nada — le dije —; es la resina.

— ¿Qué resina?

— El vino no se conservaría en los pellejos si no se le añadiese una cierta cantidad de resina, que impide que se corrompa. Esta mezcla no lo hace agradable, pero ya ve usted que se le puede beber sin peligro.

A pesar de mi ejemplo, Mary-Ann y su madre se hicieron servir agua. El bandido corrió a la fuente y volvió en tres zancadas.

— Ya comprenderán ustedes, señoras — dijo sonriendo —, que el Rey no haría la tontería de envenenar a personas tan caras como ustedes.

Y añadió, dirigiéndose a mí:

— A usted, señor doctor, tengo orden de hacerle saber que tiene usted treinta días para terminar sus estudios y pagar la suma. Le proporcionaré a usted, lo mismo que a estas señoras, recado de escribir.

— Gracias — dijo la señora Simons —. Pensaremos en ello, dentro de ocho días si no somos libertadas.

— ¿Y por quién, señora?

— ¡Por Inglaterra!

— Está lejos.

— O por la gendarmería.

— Es lo que yo le deseo. Mientras tanto, ¿desean ustedes algo que yo pueda darles?

— Ante todo, quiero una habitación para acostarme.

— Cerca de aquí tenemos unas grutas llamadas *Los Establos*. Pero estarían ustedes mal en ellas; durante el invierno se han encerrado allí los cor-

deros, y el olor persiste todavía. Mandaré coger dos tiendas a los pastores de allá abajo, y acamparán ustedes aquí... hasta la llegada de los gendarmes.

—Quiero una doncella.

—Nada más fácil. Nuestros hombres bajarán a la llanura y detendrán a la primera campesina que pase... si es que la gendarmería lo permite.

—Me hacen falta vestidos, ropa blanca, toallas, jabón, un espejo, peines, perfumes, un bastidor de bordar, un...

—Son muchas cosas, señora, y para proporcionarle a usted todo eso nos veríamos obligados a tomar Atenas. Pero se hará lo que se pueda. Cuente usted conmigo y no cuente usted demasiado con los gendarmes.

—¡Que Dios se compadezca de nosotros! —dijo Mary-Ann.

Un eco vigoroso respondió: *¡Kyrie Eleyson!* Era el buen viejo, que venía a hacernos una visita, y que cantaba según iba andando para animarse. Nos saludó cordialmente, depositó sobre la hierba una vasija llena de miel, y se sentó a nuestro lado.

—Tomen y coman; mis abejas les ofrecen el postre.

Yo le estreché la mano; la señora Simons y su hija se apartaron con repugnancia, pues se obstinaban en ver en él un cómplice de los bandidos. El pobre hombrecillo no tenía tanta malicia. No sabía más que cantar sus oraciones, cuidar sus animalitos, vender su cosecha, cobrar las rentas del convento y vivir en paz con todo el mundo. Su inteligencia era limi-

tada; su ciencia, nula; su conducta, inocente como la de una máquina bien arreglada. No creo que supiese distinguir claramente el bien del mal, y que viese una gran diferencia entre un ladrón y una persona decente. Su sabiduría se cifraba en hacer cuatro comidas diarias y en mantenerse prudentemente entre dos vinos, como el pez entre dos aguas. Era, por lo demás, uno de los mejores monjes de su orden.

Yo hice honor al obsequio que nos había llevado. Esta miel semisalvaje se parece a la que ustedes comen en Francia como la carne de un corzo a la de un cabrito. Se hubiese dicho que las abejas habían destilado en un alambique invisible todos los perfumes de la montaña. Mientras comía mi rebanada, se me fué de la memoria que tenía un mes para encontrar quince mil francos o morir.

El monje, a su vez, nos pidió permiso para reparar las fuerzas un poco; sin esperar respuesta, cogió la copa, la colmó y bebió sucesivamente a la salud de cada uno de nosotros. Cinco o seis bandidos, atraídos por la curiosidad, se deslizaron en la sala. El los interpeló por su nombre y bebió a la salud de cada uno de ellos, por espíritu de justicia. No tardé en maldecir su visita. Una hora después de su llegada, la mitad de la partida estaba sentada en círculo alrededor de nuestra mesa. Ausente el Rey, que dormía la siesta en su gabinete, los bandidos venían, uno a uno, a cultivar nuestra amistad. Uno nos ofrecía sus servicios, otro nos llevaba algo, otro se introducía sin pretexto alguno y sin turbarse, como hombre que se siente en su casa. Los más fa-

miliares me rogaban amistosamente que les contase nuestra historia; los más tímidos se mantenían detrás de sus compañeros, y los empujaban insensiblemente hacia nosotros. Algunos, después de haberse hartado de vernos, se tumbaban sobre la hierba y roncaban sin reparo delante de Mary-Ann. Y las pulgas continuaban subiendo, y la presencia de sus primeros amos las hacía tan atrevidas, que sorprendí tres o cuatro sobre el dorso de mi mano. Imposible disputarles el derecho de pasto; yo no era un hombre, sino un prado comunal. En este momento hubiese dado las tres plantas más hermosas de mi herbario por un cuarto de hora de soledad. La señora Simons y su hija eran demasiado discretas para participarme sus impresiones; pero por algunos sobresaltos involuntarios probaban que estábamos en comunidad de ideas. Hasta sorprendí entre ellas una mirada de desesperación, que significaba claramente: los gendarmes nos librarán de los ladrones; pero ¿quién nos defenderá de las pulgas? Esta queja muda despertó en mi corazón un sentimiento caballeresco. Yo estaba resignado a sufrir; pero ver el martirio de Mary Ann era cosa superior a mis fuerzas. Me levanté resueltamente, y dije a los importunos:

—¡Fuera todo el mundo! El Rey nos ha colocado aquí para vivir tranquilos hasta la llegada de nuestro rescate. El alquiler es lo bastante caro para que tengamos el derecho de quedarnos solos. ¿No les da vergüenza amontonarse alrededor de una mesa como perros hambrientos? Aquí no tienen ustedes nada que hacer. No los necesitamos; lo que necesi-

tamos es que se marchen. ¿Creen ustedes que podemos escaparnos? ¿Por dónde? ¿Por la cascada? ¿O por el gabinete del Rey? Déjennos, pues, en paz. Corfiota, échalos, y yo te ayudaré, si quieres.

Dicho y hecho. Empujé a los rezagados, desperté a los dormidos, sacudí al monje, obligué al corfiota a que me ayudase, y pronto el rebaño de los bandidos, rebaño armado de puñales y pistolas, abandonó el terreno con docilidad de ovejas, aunque procurando desobedecer, marchando a pasitos cortos, resistiendo con la espalda y volviendo la cabeza a la manera de escolares que, al sonar el fin del recreo, van empujados hacia la sala de estudios.

Por fin estábamos solos con el corfiota. Dije a mistress Simons:

— Señora, ya estamos tranquilos. ¿Le parece a usted que separemos en dos nuestro departamento? A mí no me hace falta más que un rinconcito para levantar mi tienda. Detrás de estos árboles no me encontraría mal, y el resto quedaría para usted. Tendrá usted a mano la fuente, sin que le moleste su vecindad, puesto que el agua va a caer en cascada por la falda de la montaña.

Mis ofrecimientos fueron aceptados de bastante mala gana. Estas señoras hubieran querido guardárselo todo para ellas y mandarme a dormir en medio de los bandidos. Verdad es que el *cant* británico hubiese ganado algo con esta separación, pero yo hubiese perdido de vista a Mary-Ann. Y, además, estaba muy decidido a acostarme lejos de las pulgas. El corfiota apoyó mi proposición, que hacía más

fácil su vigilancia. Tenía la orden de vigilarnos noche y día. Quedó convenido que dormiría al lado de mi tienda. Y yo exigí que hubiese entre nosotros una distancia de seis pies ingleses.

Cerrado el trato, me retiré a un rincón para dedicarme a la caza de mis bestezuelas domésticas. Pero apenas la había comenzado, cuando los curiosos reaparecieron en el horizonte, so pretexto de traernos las tiendas. La señora Simons puso el grito en el cielo al ver que su casa se componía de una simple banda de fieltro grosero, plegada por el medio, fija a tierra por los extremos y abierta al viento por los dos lados. El corfiota juraba que quedaríamos alojados como príncipes, salvo caso de lluvia o de mucho viento. La tropa entera se puso a plantar las estacas, a disponer nuestras camas y traer las mantas. Cada cama se componía de una alfombra cubierta con una capa de piel de cabra. A las seis el Rey vino a comprobar por sí mismo qne no nos faltaba nada. La señora Simons, más furiosa que nunca, dijo que a ella le faltaba todo. Y yo pedí formalmente la exclusión de todos los visitantes inútiles. El rey estableció un reglamento que no fué nunca cumplido. Disciplina es una palabra muy difícil de traducir en griego.

El Rey y sus súbditos se retiraron a las siete, y se nos sirvió la cena. Cuatro antorchas de madera resinosa alumbraban la mesa. Su luz roja y ahumada coloreaba de un modo extraño el rostro un poco pálido de la señorita Simons. Sus ojos parecían apagarse y encenderse en el fondo de sus órbitas, como

los faros de luz alternativa. Su voz, quebrada por la fatiga, recobraba a intervalos una vibración singular. Al escucharla, mi espíritu se perdía en un mundo sobrenatural, y acudían a mi memoria yo no sé qué reminiscencias de cuentos fantásticos. Cantó un ruiseñor, y me pareció ver su canción argentina revoloteando en los labios de Mary-Ann. La jornada había sido ruda para todos, y yo mismo, que le he dado a usted pruebas decisivas de mi apetito, reconocí bien pronto que no tenía hambre más que de sueño. Les di las buenas noches a las damas, y me retiré a mi tienda. Allí olvidé en un instante el ruiseñor, el peligro, el rescate, las picaduras; cerré los ojos con doble llave y me dormí.

Un tiroteo espantoso me despertó sobresaltado. Me levanté tan bruscamente, que me di con la cabeza contra una de las estacas de mi tienda. En el mismo instante, oí dos voces de mujeres que gritaban:

— ¡Estamos salvadas! ¡Los gendarmes!

Vi a dos o tres fantasmas correr confusamente a través de la obscuridad. En mi alegría, en mi turbación, le di un beso a la primera sombra que pasó a mi alcance: era el corfiota.

—¡Alto!—gritó—. ¿Quiere usted decirme adónde va tan de prisa?

—Perro ladrón—respondí limpiándome la boca—, voy a ver si los gendarmes acaban pronto de fusilar a tus compañeros.

La señora Simons y su hija, guiadas por mi voz, llegaron a nuestro lado. El corfiota nos dijo:

—Los gendarmes no viajan hoy. Es la Ascensión

y el primero de mayo: doble fiesta. El ruido que han escuchado ustedes es la señal de las diversiones. Son más de las doce; hasta mañana a la misma hora nuestros compañeros van a beber vino, a comer carne, a bailar la Romaica y a quemar pólvora. Si ustedes quisieran ver este hermoso espectáculo, me darían una alegría. Les vigilaría más agradablemente alrededor del asado que al borde de la fuente.

— ¡Usted miente! — dijo la señora Simons—. ¡Son los gendarmes!

—Vamos a ver—añadió Mary-Ann.

Yo les seguí. El estruendo era tan grande que debíamos renunciar a dormir. Nuestro guía nos hizo atravesar el gabinete del Rey y nos mostró el campamento de los ladrones, alumbrado como por un incendio. De trecho en trecho ardían pinos enteros. Cinco o seis grupos, sentados en torno del fuego, asaban cabritos ensartados en palos. En medio de la multitud, una fila de bailarines serpenteaba lentamente al sonido de una música espantosa. Los tiros partían en todas las direcciones. Uno vino en la nuestra, y oí silbar una bala a algunas pulgadas de mi oído. Supliqué a las damas que apretaran el paso, esperando que al lado del Rey estaríamos más lejos del peligro. El Rey, sentado sobre su eterna alfombra, presidía con solemnidad las diversiones de su pueblo. En torno suyo, los pellejos se vaciaban como simples botellas; los cabritos se cortaban como perdices; cada convidado tomaba una pata o un lomo y se lo llevaba en la mano. La orquesta estaba formada por un tamboril sordo y un flautín chillón; el

tamboril se habia vuelto sordo a fuerza de oir chillar al flautin. Los bailarines se habian quitado los zapatos para estar mâs ligeros. Se agitaban sin cambiar de sitio, y hacian crujir sus huesos, poco más o menos, al compás. De cuando en cuando, uno de ellos abandonaba el baile, bebia una copa de vinc, mordia un pedazo de carne, disparaba un tiro y volvia al baile. Todos estos hombres, excepto el Rey, bebian, comian, daban alaridos y saltaban; no oi reir a uno solo.

Hadgi-Stavros se disculpó galantemente de habernos despertado.

— No tengo yo la culpa, sino la costumbre. Si el 1.° de mayo pasase sin tiros, estas buenas gentes no creerian en el retorno de la primavera. Yo no tengo aqui más que criaturas sencillas, criadas en el campo y apegadas a los viejos usos del pais. Los educo lo mejor que puedo; pero me moriré antes de haberlos hecho finos. Los hombres no se funden de nuevo en un dia, como los cubiertos de plata. Yo mismo, aqui donde ustedes me ven, he encontrado gusto en estas diversiones groseras: he bebido y bailado como otro cualquiera. No conocia aún la civilización europea; ¿por qué me habré puesto tan tarde a viajar? Daria mucho por ser joven y no tener más que cincuenta años. Tengo ideas de reforma que no serán nunca realizadas, porque me veo, como Alejandro, sin un heredero digno de mí. Sueño con una organización nueva del bandolerismo sin desorden, sin turbulencias y sin ruido. Pero no me secundan. Deberia tener el censo exacto de todos los habitantes

del reino con el estado aproximativo de sus bienes, muebles e inmuebles. En cuanto a los extranjeros que desembarquen en nuestro país, un agente establecido en cada puerto me informaría de sus nombres, su itinerario y, hasta donde fuese posible, de su fortuna. De esta manera sabría lo que cada uno puede darme, y no estaría expuesto a pedir demasiado o demasiado poco. Establecería en cada camino un puesto de empleados limpios, bien educados y bien vestidos, porque, al fin y al cabo, ¿para qué espantar a los clientes con un traje chocante y una cara avinagrada? En Francia e Inglaterra he visto ladrones elegantes hasta la exageración; ¿hacían por eso peor sus negocios?

»Exigiría a todos mis subordinados modales exquisitos, sobre todo a los empleados en el departamento de las detenciones. Tendría para los prisioneros de calidad, como ustedes, alojamientos cómodos, bien aireados y con jardines. Y no crean ustedes que les costaría más caro; ¡al revés! Si todos los que viajan por el reino cayeran necesariamente en mis manos, podría imponer al excursionista una suma insignificante. Que cada indígena y cada extranjero me dé tan sólo un cuarto por ciento, según la cifra de su fortuna: mis beneficios estarán en la cantidad. Entonces el bandolerismo no será más que un impuesto sobre la circulación; impuesto justo, porque se impondrá proporcionalmente; impuesto normal, porque se la ha venido percibiendo desde los tiempos heroicos. Lo simplificaremos, si es preciso, por abonos anuales. Mediante el pago de tal suma.

se obtendrá un salvoconducto para los indígenas, un refrendo en el pasaporte de los extranjeros. Me dirá usted que, según los términos de la Constitución, no puede establecerse ningún impuesto sin la aprobación de las Cámaras. ¡Ah, señor, si yo tuviese tiempo! Compraría a todo el Senado, nombraría una Cámara de diputados completamente a mi disposición. La ley pasaría sin obstáculos; se crearía en caso necesario un Ministerio de las carreteras. Esto me costaría dos o tres millones al principio; pero en cuatro años recobraría todos mis gastos..., y además de todo eso conservaría los caminos.»

Suspiró solemnemente y prosiguió: «Ya ve usted con qué confianza le refiero a usted mis negocios. Es una vieja costumbre que nunca me abandonará. Siempre he vivido, no sólo al aire libre, sino a plena luz del sol. Nuestra profesión sería vergonzosa si se ejerciese clandestinamente. Yo no me oculto porque no tengo miedo a nadie. Cuando lea usted en los periódicos que me buscan, piense sin dudarlo, que es una farsa parlamentaria: siempre saben dónde estoy. No temo ni a los ministros, ni al ejército, ni a los tribunales. Los ministros saben todos que de un gesto puedo cambiar el gabinete. El ejército está por mí; él es el que me proporciona reclutas cuando tengo necesidad de ellos. Le tomo soldados, y le devuelvo oficiales. En cuanto a los señores jueces, ya conocen mis sentimientos con respecto a ellos. No los estimo; pero los compadezco. Pobres y mal pagados, no se les podría pedir que fuesen íntegros. A unos los mantengo; a otros los visto; he ahorcado a muy pocos

en mi vida: soy, pues, el bienhechor de la magistratura.»

Me mostró, con un ademán magnífico, el cielo, el mar, el país.

—Todo eso—me dijo—me pertenece. Todo lo que respira en el reino me está sometido por el miedo, la amistad o la admiración. He hecho llorar a muchos ojos, y, sin embargo, no hay una madre que no quisiese tener un hijo como Hadgi-Stavros. Vendrá un día en que los doctores como usted escriban mi historia, y en que las islas del archipiélago se disputen el honor de haberme visto nacer. Mi retrato estará en las cabañas, con las imágenes sagradas que compran en el monte Athos. En ese tiempo, los nietos de mi hija, aunque sean príncipes soberanos, hablarán con orgullo de su antecesor, el Rey de las montañas!

Acaso va usted a reírse de mi sencillez germánica; pero un discurso tan extraño me conmovió profundamente. Admiraba, sin poderlo remediar, esta grandeza en el crimen. No había tenido todavía ocasión de tropezarme con un granuja majestuoso. Aquel diablo de hombre, que debía cortarme el pescuezo a fin de mes, inspirábame casi respeto. Su gran rostro de mármol, sereno en medio de la orgía, se me aparecía como la máscara inflexible del destino. No pude menos de responderle:

—«Sí; verdaderamente es usted Rey.»

Respondió sonriendo:

—Y es verdad, sin duda, puesto que tengo aduladores aun entre mis enemigos. ¡No se asombre usted! Sé leer en los rostros, y esta mañana me ha mi-

rado usted como hombre a quien se quiere ver colgado.

— Puesto qus usted me invita a la franqueza, le confieso que he tenido un impulso de mal humor. Me ha pedido usted un rescate absurdo. Que exija usted cien mil francos a estas señoras, que los tienen, es cosa natural y que entra en su oficio; pero que me exija usted quince mil francos a mí, que no tengo nada, es lo que no admitiré nunca.

— Sin embargo, nada más sencillo. Todos los extranjeros que vienen a nuestro país son ricos, porque el viaje cuesta caro. Usted pretende que no viaja a su costa; lo creeré. Pero los que le han enviado aquí le dan por lo menos tres o cuatro mil francos al año. Si hacen este gasto, será con su cuenta y razón, pues no se hace nada inútilmente. Usted representa, pues, a sus ojos un capital de sesenta a ochenta mil francos. Por lo tanto, al rescatarle por quince mil, ganan.

— Pero el establecimiento que me paga no tiene capital; no tiene más que rentas. El presupuesto del Jardín de Plantas es votado todos los años por el Senado; sus recursos son reducidos; nunca se ha previsto un caso semejante; no sé cómo explicarle... Usted no puede comprender...

—Y aun cuando comprendiese—replicó con un tono altivo—, ¿cree usted que me retractaría de lo dicho? Mis palabras son leyes; si quiero que sean respetadas, no debo violarlas yo mismo. Tengo e derecho a ser injusto; pero no a ser débil. Mis injusticias no perjudican más que a los demás; una debi-

lidad me perdería. Si supiesen que soy blando, mis prisioneros buscarían súplicas para vencerme, en lugar de buscar dinero para pagarme. No soy uno de vuestros bandidos de Europa que presentan una mezcla de rigor y de generosidad, de especulación y de imprudencia, de crueldad sin causa y de enternecimiento sin disculpa, para terminar tontamente en la horca. He dicho delante de testigos que tendría quince mil francos o su cabeza. Arréglese usted como pueda; pero de una manera o de otra seré pagado. Escuche usted: en 1854 he condenado a dos muchachitas que tenían la edad de mi pequeña Fotini. Me tendían sus brazos llorando, y sus gritos desgarraban mi corazón de padre. Basilio, que las mató, tuvo que dar varios golpes; su mano temblaba. Y, sin embargo, he sido inflexible porque no me habían pagado el rescate. ¿Cree usted que después de esto voy a perdonarle? ¿De qué me serviría haber matado a las pobres criaturas, si se supiese que le he soltado a usted de balde?

Bajé la cabeza, sin encontrar una palabra que responder. Yo tenía mil veces razón; pero no podía oponer nada a la lógica implacable del viejo verdugo. El me sacó de mis reflexiones por un golpecito amistoso en el hombro.

—Valor—me dijo—. He visto la muerte más cerca que usted, y estoy más fuerte que un roble. Durante la guerra de la Independencia, Ibrahim me hizo fusilar por siete egipcios. Seis balas se perdieron; la séptima me dió en la frente, sin entrar. Cuando los turcos vinieron a recoger mi cadáver, había desapa-

recido yo como el humo. Acaso tiene usted más vida por delante de lo que piensa. Escriba a todos sus amigos de Hamburgo. Usted ha sido bien educado; un doctor debe tener amigos por más de quince mil francos. Por mi parte, es lo que deseo. No le odio; jamás me ha hecho usted nada; su muerte no me proporcionaría ningún contento, y me complazco en creer que encontrará usted el medio de pagarme ese dinero. Mientras tanto, váyase usted a descansar con estas señoras. Mis gentes han bebido unos tragos demás y miran a las inglesas con ojos que no prometen nada bueno. Estos pobres diablos están condenados a una vida austera, y no tienen setenta años como yo. En tiempo ordinario se les doma por la fatiga; pero dentro de una hora, si la señorita continuase ahí, no respondería de nada.

En efecto, un círculo amenazador se formaba alrededor de Mary-Ann, que examinaba estas figuras extrañas con inocente curiosidad. Los bandidos, sentados en cuclillas delante de ella, se hablaban alto al oído y la elogiaban en términos que, por fortuna, ella no comprendía. El corfiota, que había recobrado el tiempo perdido, le tendió una copa de vino, que ella rechazó orgullosamente, y que roció a la concurrencia. Cinco o seis bebedores, más inflamados que los demás, se empujaban, se golpeaban y cambiaban grandes puñetazos, como para calentarse y animarse a otras hazañas. Hice una señal a la señora Simons, y ella se levantó con su hija. Pero en el momento en que yo ofrecía el brazo a Mary-Ann, Basilio, rojo por el vino, avanzó vacilante e

hizo ademán de cogerla por la cintura. Ante esto, sentí que un vapor de cólera se me subía a la cabeza. Salté sobre el miserable, y le hice una corbata con mis diez dedos. El se llevó la mano a la cintura y buscó, tanteando, la vaina de un cuchillo; pero antes de que la hubiese encontrado lo vi arrancado de mis manos y lanzado diez pasos atrás por la gran mano poderosa del viejo Rey. Un murmullo resonó en las profundidades de la asamblea. Hadgi-Stavros levantó su voz por encima del ruido y gritó:

—¡Callaos, mostrad que sois helenos y no albaneses!—En voz baja continuó—: Nosotros marchemos de prisa; corfiota, no me abandones; señor alemán, dígale a las señoras que me acostaré a la puerta de su cuarto.

Partió con nosotros, precedido del chiboudgi, que no le abandonaba ni de día ni de noche. Dos o tres borrachos parecieron querer seguirle: él los rechazó rudamente. No estábamos a cien pasos de la multitud, cuando una bala de fusil pasó silbando en medio de nosotros. El viejo palikaro no se dignó siquiera volver la cabeza. Me miró sonriendo, y me dijo a media voz:

—Hay que tener indulgencia; es el día de la Ascensión.

Por el camino me aproveché de las distracciones del corfiota, que tropezaba a cada paso, para pedir a la señora Simons una conversación particular.

—Tengo—le dijo—un secreto importante que comunicarle. Permítame usted que me deslice hasta

su tienda, mientras que nuestro espía duerme el sueño de Noé.

No sé si esta comparación bíblica le pareció irreverente; pero me respondió con un tono seco que no sabía que tuviese secretos que comunicar conmigo. Yo insistí, pero ella se mantuvo en sus trece. Le dije que había encontrado el medio de salvarnos todos sin aflojar la bolsa, y me lanzó una mirada de desconfianza; consultó a su hija, y acabó por conceder lo que yo le pedía. Hadgi-Stavros favoreció nuestra cita reteniendo al corfiota a su lado. Hizo llevar su alfombra a lo alto de la escalera rústica que conducía a nuestro campamento, colocó sus armas al alcance de su mano, dijo al chiboudgi que se acostase a su derecha y el corfiota a su izquierda, y se despidió deseándonos sueños dorados.

Yo me mantuve prudentemente bajo mi tienda hasta el momento en que tres ronquidos claros me dieron la seguridad de que nuestros guardianes estaban dormidos. El ruido de la fiesta iba extinguiéndose sensiblemente. Dos o tres fusiles retrasados turbaban de cuando en cuando el silencio de la noche. Nuestro vecino el ruiseñor proseguía tranquilamente su canción comenzada. Me deslicé a lo largo de los árboles hasta la tienda de la señora Simons. La madre y la hija me esperaban sobre la tierra húmeda: las costumbres inglesas me impedían la entrada en su alcoba.

—Hable usted, caballero—me dijo la señora Simons—; pero de prisa. Ya sabe usted la necesidad de descanso que tenemos.

Respondí con aplomo:

—Señora, lo que tengo que decirles vale la pena de privarse de una hora de sueño. ¿Quieren ustedes estar en libertad dentro de tres días?

— ¡Pero, caballero, si mañana lo estaremos, o Inglaterra habrá dejado de ser Inglaterra! Dimitri ha debido advertir a mi hermano hacia las cinco: mi hermano ha visto a nuestro representante a la hora de comer; se han dado órdenes antes de la noche; los gendarmes están en camino, por más que diga el corfiota, y quedaremos en libertad por la mañana para el desayuno.

— No nos hagamos ilusiones: el tiempo apremia. No cuento con la gendarmería; nuestros vencedores hablan de ella con demasiada despreocupación para temerla. Siempre he oído decir que, en esta tierra, cazador y caza, gendarmes y bandidos, formaban entre sí una familia bien avenida. Supongo, a lo más, que envíen algunos hombres en socorro nuestro. Hadgi-Stavros los verá venir y nos arrastrará, por caminos extraviados, a otra guarida. Tiene la comarca en la punta de los dedos; todas las rocas son cómplices suyos; todos los matorrales, aliados; todos los barrancos, encubridores. El Parnés está por él, contra nosotros: ¡es el Rey de las montañas!

— ¡Bravo, caballero! Hadgi-Stavros es Dios y usted es su profeta. Se sentiría conmovido si escuchase con qué admiración habla usted de él. Ya había yo adivinado que era usted amigo suyo, viendo cómo le daba a usted golpecitos en el hombro y con qué confianza le hablaba. ¿No es él quien le ha sugerido

el plan de evasión que viene usted a proponernos?

— Si, señora, es él, o más bien, es su correspondencia. Esta mañana, mientras dictaba su correspondencia, he encontrado el medio infalible de vernos en libertad gratis. Sirvase escribir a su señor hermano que junte una suma de ciento quince mil francos, ciento para el rescate de ustedes y quince mil para el mio, y los envie aqui con un hombre seguro, con Dimitri.

— ¿Con su amigo Dimitri a su amigo el Rey de las montañas? ¡Muchas gracias, querido señor! ¡Y a este precio dice usted que seremos libertados de balde!

— Si, señora; Dimitri no es amigo mio, y Hadgi-Stavros no sentiria escrúpulos en cortarme la cabeza. Pero continúo: en cambio del dinero exigirán ustedes que el Rey les firme un recibo.

— ¡Vaya un papelito que tendremos!

— Con ese papelito recobrarán ustedes sus ciento quince mil francos, sin perder un céntimo, y voy a mostrarles cómo.

— Buenas noches, caballero. No se tome el trabajo de hablar más. Desde que hemos desembarcado en este bendito pais, hemos sido robadas por todo el mundo. En la aduana del Pireo nos han robado; el cochero que nos condujo a Atenas nos ha robado; nuestro guia, que no es amigo de usted, nos ha puesto entre las manos de los ladrones; hemos encontrado un monje respetable que se repartia nuestros despojos con los ladrones; todos esos caballeros que beben ahi arriba son ladrones; los que duermen a nuestra puerta para protegernos son ladrones; usted

es el único hombre honrado que hemos encontrado en Grecia, y sus consejos son los mejores del mundo; pero, ¡buenas noches, caballero; buenas noches!

—¡Por favor, señora!... No voy a justificarme; piense usted de mí lo que quiera. Déjeme usted tan sólo decirle cómo recobraría usted su dinero.

—¿Y cómo quiere usted que lo recobre si toda la gendarmería del reino no puede recobrarnos a nosotros mismos? ¿No es ya el Rey de las montañas Hadgi-Stavros? ¿No conoce ya los caminos extraviados? ¿No son ya encubridores y cómplices suyos los barrancos, los matorrales, las rocas? Buenas noches, caballero; daré testimonio de su celo; diré a los bandidos que ha hecho usted su encargo; pero, de una vez para siempre, ¡buenas noches!

La buena señora me empujó por detrás gritando buenas noches en tono tan destemplado, que yo temblaba temiendo que despertase a nuestros guardianes, y me escabullí tristemente hasta mi tienda. ¡Qué jornada, amigo mío! Me dediqué a recapitular todos los incidentes que habían llovido sobre mi cabeza, desde el momento en que partí de Atenas en persecución de la *boryana variabilis*. El encuentro con las inglesas, los bellos ojos de Mary-Ann, los fusiles de los bandidos, los perros, las pulgas, Hadgi-Stavros, quince mil francos para mi rescate, la orgía de la Ascensión, las balas silbando a mis oídos, la cara enrojecida de Basilio y, para remate de fiesta, ¡las injusticias de la señora Simons! ¡Sólo me faltaba, después de tantas pruebas, que me tomasen a mí mismo por un ladrón! El sueño, que consuela de

todo, no acudió en auxilio mio. Los acontecimientos me habian fatigado excesivamente y estaba sin fuerzas para dormir. Amaneció el dia sobre mis meditaciones dolorosas. Segui con mirada lánguida la subida del sol en el horizonte. Ruidos confusos sucedieron al silencio de la noche. Me sentia sin valor para mirar la hora en mi reloj y para volver la cabeza y ver lo que pasaba a mi alrededor. Todos mis sentidos estaban embotados por la fatiga y el desaliento. Creo que si me hubiesen echado a rodar por la montaña abajo, no hubiese tendido las manos para sujetarme. En este anonadamiento de mis facultades, tuve una visión que participab a del sueño y de la alucinación, pues no estaba ni despierto ni dormido, y mis ojos no se hallaban ni abiertos ni cerrados. Me pareció que me habian enterrado vivo; que mi tienda de fieltro era un catafalco adornado de flores y que cantaban sobre mi cabeza el oficio de difuntos. El miedo se apoderó de mí; quise gritar; mi voz se detuvo en mi garganta, o fué ahogada por los cantos de los oficiantes. Oia lo bastante claro versiculos y responsos para reconocer que mis funerales se celebraban en griego. Hice un violento esfuerzo para mover mi brazo derecho, pero era de plomo. Extendí el brazo izquierdo: cedió fácilmente, chocó contra la tienda y derribó algo que se parecía a un ramillete. Me froto los ojos, me siento sobre el suelo, examino estas flores caidas del cielo, y reconozco en la masa un ejemplar soberbio de l *boryana variabilis*. ¡Era ella indudablemente! Tocaba sus hojas lobuladas, su cáliz gamosépalo, su co-

rola compuesta de cinco pétalos oblicuos reunidos en la base por un hilillo estaminal, sus diez estambres, su ovario de cinco celdillas; tenia en mi mano la reina de las malváceas. Pero ¿por qué azar la había llevado al fondo de mi tumba? ¿Y cómo enviarla desde tan lejos al Jardín de Plantas de Hamburgo? En este momento un vivo dolor hizo que me fijase en mi brazo derecho. Parecia como si en él hubiese hecho presa un hormiguero de animalitos invisibles. Lo sacudí con la mano izquierda, y poco a poco volvió a su estado normal. Habia sostenido mi cabeza durante muchas horas, y la presión lo habia adormecido. ¡Seguia, pues, vivo, puesto que el dolor es uno de los privilegios de la vida! Pero entonces, ¿qué significaba aquella canción fúnebre que seguia zumbando obstinadamente en mis oidos? Me levanté. Nuestras habitaciones estaban en el mismo estado que la vispera por la noche. La señora Simons y Mary-Ann dormián profundamente. Un grueso ramillete, parecido al mio, estaba colocado en la cima de su tienda. Al fin recordé que los griegos tenian la costumbre de adornar sus habitaciones la noche del 1.º de mayo. Estos ramilletes y la *boryana variabilis* provenian, pues, de la munificencia del Rey. La canción fúnebre continuaba persiguiéndome. Subí la escalera que conducia al gabinete de Hadgi-Stavros y divisé un espectáculo más curioso que todo lo que la vispera me habia asombrado. Bajo el abeto del Rey se alzaba un altar. El monje, revestido de ornamentos magnificos, celebraba con una dignidad imponente el oficio divino.

Nuestros bebedores de la noche, unos de pie, otros arrodillados en el polvo, religiosamente descubiertos, se habían transformado en unos *santitos*; el uno besaba devotamente una imagen pintada en madera; el otro se persignaba de continuo como quien hace un trabajo; los más fervorosos daban golpes en tierra con la frente y barrían el suelo con sus cabellos. El joven chiboudgi del Rey se paseaba entre las filas con una bandeja diciendo:

—¡Den una limosna! Quién da a la iglesia, presta a Dios.

Y los céntimos llovían a su paso, y el tintineo del cobre al caer servía de acompañamiento a la voz del sacerdote y a las oraciones de los asistentes. Cuando entré en la asamblea de los fieles, cada uno de ellos me saludó con una cordialidad discreta que recordaba los primeros tiempos de la iglesia. Hadgi-Stavros, de pie cerca del altar, me hizo sitio a su lado. Tenía un libro grande en la mano, y considere usted mi sorpresa cuando vi que salmodiaba las oraciones en alta voz. ¡El bandido ayudaba a los oficios! En su juventud había recibido la segunda de las órdenes menores, y era lector o anagnosta. ¡Con un grado más hubiese sido exorcista, revestido con el poder de expulsar los demonios! De seguro, señor, yo no soy de esos viajeros que se asombran de todo, y practico con bastante energía el *nihil admirari*; pero me quedé completamente estupefacto y atónito ante esta extraña ceremonia. Al ver las genuflexiones, al escuchar las plegarias, se hubiera podido suponer que los actores de la ceremonia pe-

caban tan sólo por un poco de idolatría. Su fe parecía viva y su convicción profunda; pero yo, que los había visto en sus tareas y sabía lo poco cristianos que eran en los actos, no podía menos de decirme a mí mismo: «¿A quién se engaña aquí?»

Los oficios duraron hasta las doce y algunos minutos. Un hora después, el altar había desaparecido, los bandoleros reanudaban sus libaciones y el *buen viejo* alternaba con ellos.

Hadgi-Stavros me llevó aparte y me preguntó si había escrito. Le prometí ponerme a ello en el mismo instante, y mandó que me diesen cañas, tinta y papel. Escribí a John Harris, a Cristódulo y a mi padre. Supliqué a Cristódulo que intercediese por mí con su antiguo compañero y que le dijese hasta qué punto era yo incapaz de encontrar quince mil francos. Me encomendé al valor y a la imaginación de Harris, que no era hombre para dejar a un amigo en la estacada. «Si alguien puede salvarme —le dije—, es usted. No sé cómo se las arreglará, pero tengo en usted una firme esperanza: ¡es usted tan loco! No cuento con que encuentre quince mil francos para rescatarme; sería preciso pedírselos al señor Mérinay, y éste no presta. Por lo demás, es usted demasiado americano para consentir semejante trato. Obre usted como le parezca; prenda fuego al reino: lo apruebo todo de antemano; pero no pierda el tiempo. Siento que mi cabeza está débil y que mi razón podría emigrar antes de fin de mes.»

En cuanto a mi desgraciado padre, me guardé bien de decirle el hotel en que estaba hospedado.

¿Para qué proporcionarle una inquietud mortal mostrándole peligros a los cuales no podía sustraerme? Le escribí, como el primero de cada mes, que me encontraba bien y que deseaba que mi carta hallase a la familia en buena salud. Añadí que viajaba por la montaña, que había descubierto la *boryana variabilis* y a una joven inglesa más bella y más rica que la princesa Ipsoff, de novelesca memoria. No había conseguido todavía inspirarle amor por falta de circunstancias favorables; pero pronto, acaso, encontraría la ocasión de prestarle algún gran servicio o de mostrarme ante ella en el traje irresistible de mi tío Rosenthaler. «Sin embargo, añadía con un sentimiento de tristeza invencible, ¡quién sabe si no moriré soltero! Entonces correspondería a Frantz o a Juan Nicolás luchar por la suerte de la familia. De salud estoy mejor que nunca y me siento lleno de fuerzas; pero Grecia es un país traidor que acaba con los hombres más vigorosos. Si me viese condenado a no ver de nuevo a Alemania y a acabar aquí, por algún accidente imprevisto, crea usted firmemente, querido y excelente padre, que mi última pena sería extinguirme lejes de mi familia, y mi último pensamiento volaría hacia ustedes.»

Hadgi-Stavros se presentó en el momento en que me secaba una lágrima, y creo que esta señal de debilidad me perjudicó a sus ojos.

—¡Vamos, joven —me dijo—, tenga valor! Todavía no es tiempo de que se llore usted a sí mismo. ¡Qué diablo! ¡Cualquiera diría que acompaña usted a su entierro! La señora inglesa acaba de escribir

una carta de ocho páginas y no ha dejado caer una lágrima en el tintero. Vaya usted a hacerle un poco de compañía; tiene necesidad de distraerse. ¡Ah si, usted fuese un hombre de mi temple! Le juro que a su edad y en su sitio, no hubiese estado mucho tiempo preso. Me hubiesen pagado el rescate en dos días, y yo sé bien de dónde hubiesen salido los fondos. ¿No está usted casado?

—No.

—Entonces, ¿no comprende usted? ¡Vuelva a sus habitaciones, y sea amable! Le he proporcionado una hermosa ocasión de hacer fortuna. ¡Si usted no la aprovecha será un torpe, y si no me coloca entre sus bienhechores será un ingrato!

Encontré a Mary-Ann y a su madre sentadas al lado de la fuente. Mientras esperaban a la doncella que les habían prometido, estaban trabajando ellas mismas en acortar sus trajes de amazonas. Los bandidos les habían dado hilo, o más bien bramante, y agujas a propósito para coser lienzo de velas. De tiempo en tiempo interrumpían su tarea para arrojar una mirada melancólica sobre las casas de Atenas. ¡Era duro ver la ciudad tan cerca, y tener que pagar cien mil francos para trasladarse a ella! Les pregunté cómo habían dormido. La sequedad de su respuesta me probó que se hubiesen pasado perfectamente sin mi conversación. En este momento fué cuando noté por primera vez el pelo de Mary-Ann; estaba con la cabeza descubierta, y después de haberse lavado ampliamente en el arroyo dejaba secar su cabellera al sol. Sus largos cabellos cas-

taños caían a lo largo de las mejillas y por detrás de las espaldas. Pero no pendían sosamente como los de todas las mujeres que salen del baño, sino que se curvaban en ondas apretadas, como la superficie de un pequeño lago rizado por el viento. La luz, deslizándose a través de este bosque vivo, lo coloreaba con un brillo suave y aterciopelado, y en este marco, su rostro aparecía con todos los rasgos de una rosa de cien hojas. Ya le he dicho a usted, caballero, que nunca había amado a nadie, y, ciertamente, no hubiese comenzado por una muchacha que me tomaba por un ladrón. Pero puedo confesar, sin contradecirme, que hubiese querido, a costa de mi vida, salvar estos hermosos cabellos de las garras de Hadgi-Stavros. Concebí, sobre el terreno, un plan de evasión atrevida, pero no imposible. Nuestro departamento tenía dos salidas: daba al gabinete del Rey y a un precipicio. Huir por el gabinete de Hadgi-Stavros era absurdo: hubiese sido preciso atravesar el campamento de los ladrones y la segunda línea de defensa guardada por los perros. Quedaba el precipicio. Inclinándome sobre el abismo, advertí que la roca, casi perpendicular, ofrecía bastantes anfractuosidades, mechones de hierba, pequeños arbustos y accidentes de todo género para que se pudiese bajar sin destrozarse. Lo que hacía peligrosa la huida por este lado era la cas cada. El arroyo que salía de nuestra habitación formaba en el costado de la montaña una capa extraordinariamente resbaladiza Por otra parte, era difícil conservar la sangre fría y bajar en equilibrio con semejante ducha sobre la cabeza.

Pero, ¿no había ningún medio de desviar el torrente? Acaso. Examinando de más cerca el departamento en que nos habíamos alojado, advertí que las aguas lo habían ocupado antes que nosotros. Nuestra habitación no era más que un estanque desecado. Levanté un pico de la alfombra extendida bajo nuestros pies, y descubrí un sedimento espeso depositado por el agua de la fuente. Un día, ya porque los terremotos, tan frecuentes en estas montañas, rompiesen el dique por un sitio, ya que una vena de roca, más blanda que las demás, hubiese dado paso a la corriente, toda la masa líquida se había arrojado fuera de su lecho. Un canal de diez pies de largo por tres de ancho la conducía hasta la falda de la montaña. Para cerrar esta esclusa, abierta desde hacía años, sobraban dos horas de trabajo. Una hora, a lo más, bastaba para que las rocas húmedas se enjugasen; la brisa de la mañana secaría pronto el camino. Nuestra fuga, así preparada, no exigiría más de veinticinco minutos. Una vez llegados al pie de la montaña, teníamos a Atenas delante de nosotros; las estrellas podían servirnos de guías; los caminos eran detestables; pero no corríamos riesgo de encontrar en ellos un bandido. Cuando el Rey viniese por la mañana a hacernos su visita para saber cómo habíamos pasado la noche, vería que la habíamos pasado corriendo; y como a cualquier edad puede uno instruirse, aprendería a su costa que no se puede contar más que con uno mismo, y que una cascada no sirve para guardar los prisioneros.

Este proyecto me pareció tan maravilloso, que se

lo comuniqué inmediatamente a la que me lo había inspirado. Mary-Ann y la señora Simons me escucharon al principio como los conspiradores prudentes escuchan a un agente provocador. Sin embargo, la joven inglesa midió, sin temblar, la profundidad del barranco.

—Se podría bajar—dijo—. No sola; pero sí con la ayuda de un brazo sólido. ¿Es usted fuerte, caballero?

Yo respondí, sin saber por qué:

—Lo sería si tuviese usted confianza en mí.

Estas palabras, en las cuales no puse yo ninguna intención particular, encerraban, sin duda, alguna tontería, porque ella se ruborizó, volviendo la cabeza.

—Caballero—replicó—, acaso le hayamos juzgado mal: la desgracia agría el carácter. Creo, desde luego, que es usted un valiente.

Hubiera, sin duda, podido decirme algo más amable; pero me deslizó este cumplido a medias, con voz tan dulce y mirada tan penetrante, que me conmovió hasta el fondo del alma. Tan cierto es, señor, que la música hace que no nos fijemos en la letra.

Me tendió su mano encantadora, y yo alargaba ya mis cinco dedos para cogerla, cuando de repente cambió de propósito, y dijo golpeándose la frente:

—¿Dónde encontrará usted materiales para un dique?

—Bajo mis pies: ¡el césped!

—El agua acabará por arrastrarlo.

—Pero no antes de dos horas. Después de nosotros, el diluvio.

—¡Bien!—dijo.

Esta vez ella me entregó su mano, y yo la aproximé a mis labios. Pero esta mano caprichosa se retiró bruscamente.

—Estamos guardados noche y día; ¿ha pensado usted en ello?

No había pensado un instante; pero había ido ya demasiado lejos para retroceder ante ningún obstáculo, y respondí con una resolución que me asombró a mí mismo:

—¿El corfiota? Me encargo de él. Lo ataré al pie de un árbol.

—Gritará.

—Le mataré.

—¿Y las armas?

—Las robaré.

Robar, matar; todo esto me parecía natural, desde que había estado a punto de besarle la mano. ¡Juzgue usted, señor, de lo que sería capaz si alguna vez llegara a enamorarme!

La señora Simons me escuchaba con cierta benevolencia, y creí notar que me aprobaba con la mirada y con el gesto.

—Querido señor—me dijo—, su segunda idea vale más que la primera, infinitamente más. Jamás hubiera yo consentido en pagar un rescate, aun estando segura de recobrarlo en seguida. Haga usted, pues, el favor de repetirme todo lo que piensa hacer para salvarnos.

—Respondo de todo, señora. Hoy mismo me procuro un puñal. Los bandoleros se acostarán temprano esta noche, y tendrán el sueño pesado. Yo me le-

vanto a las diez, agarroto a nuestro guardián, le amordazo y, en caso necesario, le mato. No es un asesinato, es una ejecución justiciera: merece veinte muertes por una. A las diez y media arranco cincuenta pies cuadrados de césped. Ustedes lo llevan al borde del arroyo, yo construyo el dique total, hora y media. Serán las doce. Trabajaremos en consolidar la obra, mientras el viento seca nuestro camino. Suena la una; yo tomo a la señorita bajo mi brazo izquierdo; nos deslizamos juntos hasta esa grieta, nos sujetamos a esos dos manojos de hierbas, ganamos ese cabrahigo, descansamos contra ese roble, nos escurrimos a lo largo de ese saliente hasta el grupo de rocas rojas, saltamos en el barranco, y ¡estamos libres!

—¡Bien! ¿Y yo?

Este «yo» cayó sobre mi entusiasmo como un cubo de agua helada. No está uno nunca en todo, y a mí se me había ido de la cabeza el salvamento de la señora Simons. En volver a cogerla no había que pensar. La ascensión era imposible sin escalas. La pobre señora se dió cuenta de mi confusión. Con más piedad que despecho, me dijo:

—Ya ve usted, pobre señor, que los proyectos novelescos tienen siempre algún punto flaco. Permítame que persista en mi primer pensamiento y confíe en la gendarmería. Soy inglesa, y es en mí una vieja costumbre poner mi confianza en la ley. Por lo demás, conozco a los gendarmes de Atenas; los he visto desfilar por la plaza del Palacio. Son tipos arrogantes y bastante limpios para ser grie-

gos. Tienen largos bigotes y fusiles de pistón. Ellos son, créamelo usted, los que nos sacarán de aquí.

El corfiota se presentó oportunamenente para ahorrarme la respuesta. Traía a la doncella de las damas. Era una albanesa bastante guapa, a pesar de su nariz chata. Dos bandidos que vagaban por la montaña la habían cogido cuando iba muy peripuesta entre su madre y su novio. Chillaba como para partir las piedras; pero la consolaron prometiéndole soltarla dentro de quince días y pagarla. Ella aceptó la situación valerosamente y se alegró casi de una desgracia que debía acrecentar su dote. ¡Afortunado país donde las heridas del corazón se curan con duros! Esta filosófica sirviente no fué de gran utilidad a la señora Simons: de todos los trabajos de su sexo no conocía más que la labranza. En cuanto a mí, me hizo la vida insoportable por la costumbre que tenía de mascar, por golosina y por coquetería, un diente de ajo, como las señoras de Hamburgo se divierten comiendo bombones.

El día acabó sin otro accidente. El siguiente nos pareció a todos de una longitud intolerable. El corfiota no se alejaba de nosotros un paso. Mary-Ann y su madre buscaban a los gendarmes por el horizonte y no veían venir a nadie. Yo, que estoy acostumbrado a una vida activa, me consumía en la ociosidad. Hubiese podido vagar por la montaña y herborizar, bien custodiado. Pero cierto no sé qué me retenía cerca de las damas. Por la noche dormía mal; mi proyecto de evasión brotaba obstinadamente en mi cabeza. Había advertido el sitio en que el corfiota

guardaba su puñal antes de acostarse; pero hubiera creído cometer una traición salvándome sin Mary-Ann.

El sábado por la mañana, entre las cinco y las seis, un ruido inusitado me atrajo hacia el gabinete del Rey. No necesité perder tiempo en vestirme: me echaba en la cama completamente vestido.

Hadgi-Stavros, de pie en medio de su tropa, presidía un consejo tumultuoso. Todos los bandidos estaban en pie de guerra, armados hasta los dientes. Diez o doce cajas, que nunca había yo advertido, descansaban sobre parihuelas. Adiviné que contenían los bagajes y que nuestros dueños se preparaban a levantar el campamento. El corfiota, Basilio y Sófocles deliberaban a grito pelado y hablaban todos a la vez. A lo lejos se oía ladrar a los centinelas avanzados. Un correo andrajoso corrió hacia el Rey, gritando:

—¡Los gendarmes!

V

Los gendarmes

El Rey no parecía muy impresionado. Sin embargo, sus cejas estaban más juntas que de ordinario, y las arrugas de su frente formaban un ángulo agu-

do entre las dos orejas. Preguntó al recién llegado:

—¿Por dónde suben?

—Por Castia.

—¿Cuántas compañías?

—Una.

—¿Cuál?

—No sé.

—Aguardemos.

Un segundo mensajero llegó a todo correr para dar la señal de alarma. Hadgi-Stavros le gritó cuando lo vió, aún lejos:

—¿Es la compañía de Pericles?

El bandido respondió:

—No lo sé; no sé leer los números.

A lo lejos sonó un disparo.

—Chitón—dijo el Rey, sacando su reloj.

La asamblea guardó un silencio religioso. Cuatro disparos se sucedieron de minuto en minuto. El último fué seguido de una detonación violenta que parecía una descarga. Hadgi-Stavros volvió, sonriendo, el reloj a su bolsillo.

—Está bien—dijo—; vuelvan los bagajes al depósito y sírvannos vino de Egina. ¡Es la compañía de Pericles!

En el preciso momento de terminar la frase me vió a mí en un rincón y me llamó con tono de zumba.

—Venga usted, señor alemán; no está usted de más. Es bueno levantarse temprano. ¿Tiene usted ya despierta la sed? Beberá un vaso de vino de Egina con nuestros gendarmes.

Cinco minutos más tarde trajeron tres pellejos enormes sacados de algún almacén secreto. Un centinela retrasado vino a decir al Rey:

—¡Buena noticia! ¡Los gendarmes de Pericles!

Algunos bandidos se apresuraron a salir al encuentro de la tropa. El corfiota, hombre de fácil palabra, corrió a arengar al capitán. Pronto se escuchó el tambor, asomó la bandera azul, y sesenta hombres. bien armados, desfilaron en dos filas hasta el gabinete de Hadgi-Stavros. Reconocí al señor Pericles por haberlo admirado en el paseo de Patissia. Era un joven oficial de treinta y cinco años, moreno, presumido, querido de las mujeres, gran bailador en la corte, y que llevaba con garbo las charreteras de latón. Metió el sable en la vaina, corrió al Rey de las montañas, y lo besó en la boca, diciéndole:

—¡Buenos días, padrino!

—Buenos días, pequeño—respondió el Rey, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—. ¿Sigues en buena salud?

—Sí, gracias; ¿y tú?

—Como ves. ¿Y la familia?

—Mi tío, el obispo, está con fiebres.

—Tráemelo acá: yo lo curaré. El prefecto de policía ¿va mejor?

—Algo; te manda muchas cosas; también el ministro.

—¿Qué hay de nuevo?

—Baile en palacio para el 15. Está decidido: lo dice *El Siglo*.

—¿Sigues, pues, bailando? ¿Y qué se hace en la Bolsa?

—Baja en toda la linea.

—¡Bravo! ¿Tienes cartas para mi?

—Si; aqui las tienes. Fotini no estaba preparada, Te escribirá por correo.

—Un vaso de vino... ¡A tu salud, pequeño!

—¡Dios te bendiga, padrino! ¿Quién es este franco que nos escucha?

—Nada: un alemán sin importancia. ¿No sabes de alguna cosa que podamos hacer nosotros?

—El pagador general envia 20.000 francos a Argos. Los fondos pasarán mañana a la noche por las rocas escironianas.

—Alli me encontraré. ¿Hace falta mucha gente?

—Si; la caja va escoltada por dos compañías,

—¿Buenas o malas?

—Detestables. Gentes capaces de dejarse matar.

—Llevaré a toda mi gente. En mi ausencia guardarás a nuestros prisioneros.

—Con mucho gusto. A propósito. Tengo las órdenes más severas. Tus inglesas han escrito al embajador. Llaman en su socorro al ejército entero.

—¡Y yo soy quien les he dado el papel! ¡Y después tenga usted confianza en las gentes!

—Al dar mi parte habré de tener esto en cuenta. Les hablaré de una batalla encarnizada.

—Redactaremos esto juntos.

—Si. Esta vez, padrino, soy yo quien me llevo la victoria.

—¡No!

—¡Sí! Tengo necesidad de ser condecorado.

—Lo serás otro día. ¡Eres insaciable! ¡No hace más de un año que te he hecho capitán!

—Pero comprende, querido padrino, que tienes interés en dejarte vencer. Cuando se sepa que tu partida queda dispersa, renacerá la confianza, vendrán los viajeros y harás los grandes negocios.

—Sí; pero si soy vencido, subirá la Bolsa, y yo juego a la baja.

—¡Sí; no te faltarán cosas que decirme! Por lo menos, deja que te mate una docena de hombres.

—Concedido. Esto no perjudica a nadie. Por tu parte, es preciso que te mate diez.

—¿Cómo? A mi vuelta se verá perfectamente que mi compañía está intacta.

—De ningún modo. Los dejarás aquí; tengo necesidad de reclutas.

—En este caso te recomiendo al pequeño Spiro, mi ayudante. Sale de la escuela de los Evélpides; es instruido e inteligente. El pobre muchacho no cobra más que setenta y ocho francos al mes, y sus padres no viven bien. Si se queda en el ejército, no será subteniente antes de cinco o seis años: las escalas están abarrotadas. Pero si se distingue entre tu gente, procurarán sobornarlo y tendrá su nombramiento dentro de seis meses.

— ¡Vaya con el pequeño Spiro! ¿Sabe francés?

— Regular.

— Acaso me quede con él. Si me conviniese, le daría parte en el negocio, sería accionista. Entregarás

a quien corresponde la Memoria del año. Doy 82 por 100.

— ¡Bravo! Mis ocho acciones me han producido más que mi sueldo de capitán. ¡Ah, padrino, qué oficio el mio!

— ¡Qué quieres! Tú serías bandolero a no ser por las ideas de tu madre. Siempre ha pretendido que carecías de vocación. ¡A tu salud! ¡A la de usted, señor alemán! Le presento a mi ahijado, el capitán Pericles, un joven muy simpático que sabe varias lenguas y accede a reemplazarme al lado de ustedes durante mi ausencia. Mi querido Pericles: te presento a este caballero, que es doctor y vale quince mil francos. ¿Puedes creer que este gran doctor, con todo su doctorado, no ha sabido todavía hacerse pagar su rescate por nuestras inglesas? El mundo degenera, pequeño; en mi tiempo valía más.

Dicho esto, se levantó ágilmente y corrió a dar algunas órdenes para la partida. ¿Era el placer de entrar en campaña, o la alegría de haber visto a su ahijado? Parecía completamente rejuvenecido; tenía veinte años menos, reía, bromeaba, sacudía su majestad real. Nunca hubiera supuesto que el único acontecimiento capaz de regocijar a un bandido fuese la llegada de los gendarmes. Sófocles, Basilio, el corfiota y los otros jefes llevaron por todo el campamento las órdenes del Rey. Pronto estuvieron todos dispuestos a partir, gracias a la alarma de la mañana. El joven ayudante Spiro y los nueve hombres elegidos entre los gendarmes cambiaron sus uniformes por el traje pintoresco de los bandidos.

Fué un verdadero efecto de teatro. Si el ministro de la Guerra se hubiese encontrado alli, apenas se hubiera percatado de ello. Los nuevos bandidos no manifestaron ninguna nostalgia de su papel anterior. Los únicos que murmuraron fueron los que se quedaban en filas. Dos o tres bigotes grises decian en voz alta que se entregaba una parte demasiado importante a la *elección*, y que no se tenia bastante en cuenta la *antigüedad*. Algunos descontentos se vanagloriaban de sus hojas de servicios, y pretendian haber pasado üna *temporada de permiso* entre los bandidos. El capitán los calmó como mejor pudo, prometiéndoles que ya les llegaria su turno.

Hadgi Stavros, antes de partir, entregó todas las llaves a su suplente. Le enseñó la gruta del vino, la caverna de las harinas, la grieta del queso y el tronco de árbol en que guardaban el café. Le enseñó todas las precauciones que podian impedir nuestra fuga y conservar un capital tan precioso. El apuesto Pericles respondió sonriendo:

— ¿Qué temes? Soy accionista.

A las siete de la mañana, el Rey se puso en marcha, y sus súbditos desfilaron uno a uno detrás de él. Toda la partida se alejó en dirección Norte, volviendo la espalda a las rocas escironianas. Volvió por un camino bastante largo, pero cómodo, hasta el fondo del barranco que pasaba bajo nuestras habitaciones. Los bandidos cantaban a grito pelado, chapoteando en el agua de la cascada. Su marcha guerrera era una canción de cuatro versos, un pecado juvenil de Hadgi Stavros:

Un clefta ojinegro baja a la llanura,
su fusil dorado..., etc.

— Usted debe conocer eso: los muchachitos de Atenas no cantan otra cosa cuando van al catecismo.

La señora Simons, que dormía al lado de su hija y que, como siempre, soñaba con los gendarmes, se despertó sobresaltada y corrió a la ventana; es decir, a la cascada. Pero sufrió un cruel desengaño, viendo enemigos donde esperaba ver salvadores. Reconoció al Rey, al corfiota y a muchos otros. Lo que le asombró fué la importancia y el número de esta expedición mañanera. Contó hasta sesenta hombres que seguían a Hadgi Stavros. «¡Sesenta!—pensó—; ¡no quedarán más que veinte para guardarnos!» La idea de una evasión, rechazada la víspera por ella, se presentó de nuevo con alguna autoridad en su fantasía. En medio de estas reflexiones vió desfilar una retaguardia que ella no esperaba. ¡Diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte hombres! ¡No quedaba, pues, nadie en el campamento! ¡Estábamos libres!

— ¡Mary-Ann! — gritó.

El desfile continuaba. La partida se componía de ochenta bandidos, ¡y allí iban noventa! Una docena de perros cerraban la marcha, pero no se tomó el trabajo de contarlos.

Mary-Ann se levantó al grito de su madre y se precipitó fuera de su tienda.

— ¡Libres! — gritaba la señora Simons —. Se han

marchado todos. ¿Qué digo todos? Se han marchado más de los que había. ¡Corramos, hija mía!

Corrieron a la escalera, y vieron el campamento del Rey ocupado por los gendarmes. La bandera griega flotaba triunfal en la cima del abeto. El sitio de Hadgi-Stavros estaba ocupado por el señor Pericles. La señora Simons voló a sus brazos con tal ardor, que a él le costó trabajo evitar que lo abrazase.

—¡Angel divino—le dijo—, los bandoleros se han marchado!

El capitán respondió en inglés:

—Sí, señora.

—Usted, sin duda, les ha hecho huir.

—Ciertamente, señora; sin nosotros, estarían aquí todavía.

—¡Admirable joven! ¡La batalla ha debido ser terrible!

—No mucho: batalla sin lágrimas. No he tenido más que decir una palabra.

—¡Y somos libres!

—De seguro.

—¿Podemos volver a Atenas?

—Cuando usted quiera.

—Pues bien, ¡vamos!

—Por el momento, imposible.

—¿Qué hacemos aquí?

—Nuestro deber de vencedores: guardar el campo de batalla.

—Mary-Ann, dale la mano a este caballero.

La joven inglesa obedeció.

— Caballero — continuó la señora Simons —, Dios es quien le envía a usted. Habíamos perdido toda esperanza. Nuestro único defensor era un joven alemán de la clase media, un sabio que recoge hierbas y quería salvarnos por los medios más absurdos. En fin, ¡aquí estamos! Yo estaba completamente segura de que seríamos libertadas por los gendarmes. ¿No es cierto, Mary-Ann?

— Sí, mamá.

— Sepa usted, caballero, que estos bandidos son los peores de los hombres. Han comenzado por quitarnos todo lo que llevábamos encima.

— ¿Todo? — preguntó el capitán.

— Todo, excepto mi reloj, que había tenido la precaución de esconder.

— Ha hecho usted bien, señora. ¿Y se han guardado lo que le habían cogido?

— No; nos han devuelto trescientos francos, un neceser de plata y el reloj de mi hija.

— ¿Tiene usted todavía estos objetos en su poder?

— Claro que sí.

— ¿Le habrán cogido a usted sus sortijas y sus pendientes?

— No, señor capitán.

— Tenga usted la bondad de dármelos.

— ¿Darle qué?

— Sus sortijas, sus pendientes, el neceser de plata, dos relojes y una suma de trescientos francos.

La señora Simons exclamó vivamente:

— ¡Cómo! ¿Quiere usted cogernos de nuevo, caballero, lo que los bandidos nos han devuelto?

El capitán respondió con dignidad:

— Señora, cumplo con mi deber.

— ¡Y, por lo visto, su deber es despojarnos!

— Mi deber es recoger todas las piezas de convicción necesarias al proceso de Hadgi-Stavros.

— ¿Luego lo van a juzgar?

— En cuanto lo cojamos.

— Me parece que nuestras joyas y nuestro dinero no servirán de nada, y que tienen ustedes suficientes razones para hacerle ahorcar. Ante todo, ha detenido a dos inglesas: ¿qué más se necesita?

— Es preciso, señora, observar las formas de la justicia.

— Pero, querido señor, entre los objetos que usted me pide hay algunos que me interesan mucho.

—Razón de más, señora, para confiármelos.

—Pero sin mi reloj no sabré nunca...

—Señora, siempre será para mi un honor decirle qué hora es.

Mary-Ann hizo observar a su vez que le repugnaba abandonar sus pendientes.

—Señorita—replicó el galante capitán—, usted es lo bastante bella para no necesitar de adornos. Mejor podrá usted prescindir de las joyas que las joyas de usted.

— Es usted muy amable, caballero; pero mi neceser de plata es para mi una cosa indispensable. No podría pasarme sin él.

—Tiene usted mil veces razón, señorita. Por eso le suplico que no insista en este punto. No aumente usted el sentimiento que tengo de despojar legal-

mente a dos personas distinguidas. ¡Ay! Señorita, nosotros los militares somos esclavos de la consigna, instrumentos de la ley, hombres del deber. Dígnese usted aceptar mi brazo; tendré el honor de conducirla hasta su tienda. Allí procederemos al inventario, si usted me lo permite.

Yo no había perdido una palabra de todo este diálogo, y me había contenido hasta el fin; pero cuando vi a aquel bribonzuelo de gendarme ofrecer el brazo a Mary-Hann para desvalijarla cortésmente, sentí hervir mi sangre y me dirigí derecho a él para decirle lo que merecía. Debió leer en mis ojos el exordio de mi discurso, porque me lanzó una mirada amenazadora, abandonó a las señoras junto a la escalera de su cuarto, colocó un centinela a la puerta y volvió a mí diciendo:

—¡Entre nosotros dos!

Me arrastró, sin añadir una palabra, hasta el fondo del gabinete del Rey. Allí se plantó ante mí, me miró entre los ojos y me dijo:

—Caballero, ¿entiende usted el inglés?

Yo confesé mi ciencia. El continuó:

—¿Sabe usted también el griego?

—Sí, señor.

—Entonces es usted demasiado sabio. ¿Qué le parece a usted? ¡Mi padrino, que se divierte en contar nuestros negocios delante de usted! Pase todavía para los suyos; no tiene necesidad de ocultarse. Pero yo, ¡qué diablo!, póngase usted en mi lugar. Mi posición es delicada y necesito tener cuidado con muchas cosas. Yo no soy rico, no tengo más que mi

sueldo, la estimación de mis jefes y la amistad de los bandidos. La indiscreción de un viajero puede hacerme perder los dos tercios de mi fortuna.

—¡Y cuenta usted que guardaré el secreto de sus infamias!

—Cuando yo cuento con algo, caballero, mi confianza se ve rara vez defraudada. No sé si saldrá usted vivo de esta montaña y si su rescate será alguna vez pagado. Si mi padrino ha de cortarle la cabeza, estoy tranquilo, no hablará usted. Si, al contrario, vuelve usted a pasar por Atenas, le aconsejo, como amigo, que se calle acerca de todo lo que ha visto. Imite usted la discreción de la señora duquesa de Plaisance, que fué detenida por Bibichi, y que murió sin haber contado a nadie los detalles de su aventura. ¿Conoce usted un proverbio que dice: «La lengua corta la cabeza»? Medítelo usted seriamente y no se ponga usted en el caso de comprobar su exactitud.

—Esa amenaza...

—No le amenazo, caballero. Soy hombre demasiado bien educado para llegar hasta las amenazas; sólo le advierto. Si usted charlase, no sería yo quien me vengaría. Pero todos los hombres de mi compañía sienten veneración por su capitán. Toman mis intereses con más calor que yo mismo, y serían implacables con el imprudente que me hubiese causado algún disgusto.

—¿Qué teme usted si tiene tantos cómplices?

—No temo nada de los griegos, y en tiempo ordinario insistiría menos en mis recomendaciones. En-

tre nuestros jefes tenemos, ciertamente, algunos insensatos que pretenden que se debe tratar a los bandoleros como a los turcos; pero encontraría también defensores convencidos, si el asunto hubiese de debatirse en familia. Lo malo es que los diplomáticos podrían mezclarse en ello, y que la presencia de un ejército extranjero perjudicaría sin duda al éxito de mi causa. ¡Si por su culpa me sucediese alguna desgracia, vea usted, caballero, a lo que se expondría! No se dan cuatro pasos en el reino sin encontrar un gendarme. El camino de Atenas al Pireo está bajo la vigilancia de estas malas cabezas, y un accidente ocurre con facilidad.

—Está bien, caballero; pensaré en ello.

—¿Me promete usted el secreto?

—Usted no tiene que pedirme nada, ni yo nada que prometerle. Usted me advierte del peligro de las indiscreciones. Yo tomo nota. y me lo tengo por dicho.

—Cuando esté usted en Alemania, puede usted contar todo lo que guste. Hable, escriba, imprima: nada me importa. Las obras que se publican contra nosotros no hacen daño a nadie, como no sea a sus autores. Queda usted en libertad de tentar la aventura. Si pinta usted fielmente lo que ha visto, las buenas gentes de Europa le acusarán de denigrar un pueblo ilustre y oprimido. Nuestros amigos, y tenemos muchos entre los hombres de sesenta años, le tacharán de ligereza, de capricho y aun de ingratitud. Se le echará en cara que ha quebrantado las leyes de la hospitalidad, después de haberla disfru-

tado con Hadgi-Stavros y conmigo. Pero lo más gracioso del caso es que no le creerán. El público no presta confianza más que a los embustes verosímiles. ¡Y vaya usted a persuadir a los papanatas de París, Londres o Berlín de que ha visto usted a un capitán de gendarmes abrazar a un jefe de bandoleros! ¡Una compañía de tropas escogidas montar la guardia alrededor de los prisioneros de Hadgi-Stavros para darle tiempo de desvalijar la caja del ejército! ¡Los más altos funcionarios del Estado fundar una compañía por acciones para despojar a los viajeros! Sería como contarles que los ratones del Atica han hecho una alianza con los gatos, o que nuestros corderos van a buscar su alimento en la boca de los lobos. ¿Sabe usted lo que nos protege contra el descontento de Europa? Lo inverosímil de nuestra civilización. Afortunadamente para el reino, todo lo que se escriba de verdad contra nosotros será siempre emasiado violento para ser creído. Podría citarle un librito que no contiene elogios para nosotros, aunque sea exacto de un extremo a otro. Ha sido leído en casi todas partes. En París lo han encontrado curioso; pero no sé más que de una ciudad donde haya parecido que dice la verdad: Atenas. No le prohibo que añada un segundo volumen; pero espere usted a haberse marchado; de otro modo, habría acaso una gota de sangre en la última página.

—Pero—repliqué—si se comete alguna indiscreción antes de mi partida, ¿cómo sabrá usted que proviene de mí?

—Usted es el único que está en el secreto. Las in-

glesas están persuadidas de que las he librado de Hadgi-Stavros. Yo me encargo de mantenerlas en el error hasta la vuelta del Rey. Es cuestión de dos días, tres a lo más. Estamos a 40 estadios nuevos (40 kilómetros) de las rocas escironianas. Nuestros amigos llegarán esta noche. Darán el golpe mañana por la noche, y, vencedores o vencidos, estarán aquí el lunes por la mañana. A las prisioneras se les podrá probar que hemos sido sorprendidos. Mientras mi padrino esté ausente, le protegeré a usted contra sí mismo, manteniéndole alejado de las damas. Le tomo prestada su tienda. Ya puede usted ver, caballero, que yo tengo la piel más delicada que el digno Hadgi-Stavros, y que no querría exponer mi tez a la intemperie. ¡Qué dirían el 15, en el baile de la corte, si me viesen tostado como un labriego! Además, es menester que acompañe a esas pobres desconsoladas; es mi deber de libertador. Por su parte, usted se acostará aquí, en medio de mis soldados. Permítame usted que dé una orden que le interesa.

—¡Yanni! ¡Cabo Yanni! Te confío la guarda de este caballero. Coloca a su alrededor cuatro centinelas que lo vigilen noche y día y lo acompañen a todas partes con el arma al brazo. Los relevarás cada dos horas. ¡Vete!

Me saludó con una cortesía ligeramente irónica, y bajó tarareando la escalera de la señora Simons. El centinela le presentó armas.

Desde este momento comenzó para mí un suplicio del que el espíritu humano no podría formarse idea. Todo el mundo sabe o adivina lo que puede ser una

prisión; ¡pero intente usted imaginarse una prisión viva y ambulante, cuyos cuatro muros van y vienen, se apartan y se acercan, se vuelven y revuelven, se frotan las manos, se rascan, se suenan las narices, se sacuden, se agitan y fijan obstinadamente ocho ojos enormes sobre el prisionero! Intenté pasearme; mi calabozo de ocho patas reguló su paso por el mio. Avancé hasta los limites del campamento: los dos hombres que me precedian se pararon en seco, y me di de narices contra sus uniformes. Este accidente me explicó una inscripción que habia leido a menudo, sin comprenderla, en la vecindad de las plazas fuertes: *Límite de la guarnición*. Me volvi: mis cuatro muros volvieron sobre si mismos como decoraciones de teatro en un cambio a la vista. En fin, cansado de esta manera de andar, me senté. Mi prisión se puso a marchar en derredor mío: me parecía un hombre borracho que ve su casa girar en torno. Cerré los ojos: el ruido acompasado del paso militar me fatigó pronto el timpano. «Al menos, pensé en mí mismo, ¡si estos cuatro guerreros se dignasen hablar conmigo! Voy a hablarles en griego: es un medio de seducción que siempre me ha resultado con los centinelas.» Lo intenté, pero en vano. Los muros tenían acaso oidos, pero el uso de la voz les estaba vedado: ¡no se habla estando en armas! Intenté el soborno. Saqué del bolsillo el dinero que Hadgi-Stavros me habia devuelto, y que el capitán se habia olvidado de recoger. Lo distribui a los cuatro puntos cardinales de mi alojamiento. Los muros sombrios y ceñudos tomaron una fisonomía sonrien-

te, y mi calabozo quedó iluminado como por un rayo de sol. Pero, cinco minutos más tarde, el cabo vino a relevar a los centinelas. ¡Hacía justamente dos horas que estaba preso! El día me pareció largo; la noche, eterna. El capitán se había adjudicado al mismo tiempo mi cuarto y mi cama, y la roca que me servía de lecho no era, ciertamente, tan blanda como la pluma. Una llovizna penetrante como un ácido me hizo sentir cruelmente que las tejas son un útil invento y que los tejeros prestan verdaderos servicios a la sociedad. Si a veces, a pesar de los rigores del cielo, conseguía dormirme, el cabo Yanni se encargaba de despertarme al dar la consigna. En fin, ¿he de decírselo? Despierto y dormido creía ver a Mary-Ann y a su respetable madre estrechar las manos de su libertador. ¡Ah, señor, cómo principié a hacer justicia al buen Rey de las montañas! ¡Cómo retiré las maldiciones que había lanzado contra él! ¡Cómo eché de menos su gobierno dulce y paternal! ¡Cómo suspiré por su retorno! ¡Con qué calor lo encomendé en mis oraciones. «¡Dios mío—decía con fervor—, concede la victoria a tu servidor Hadgi-Stavros! ¡Haz que ante él caigan todos los soldados del reino! ¡Pon en sus manos la caja y hasta el último escudo de este ejército infernal! ¡Y envíanos los bandoleros para que nos veamos libres de los gendarmes!»

Acababa yo esta oración, cuando se escuchó en medio del campo un fuego graneado. Esta sorpresa se renovó varias veces en el curso del día y de la noche siguiente. Era otra martingala del señor Pe-

ricles. Para engañar mejor a la señora Simons y persuadirla de que la defendía contra un ejército de bandidos, mandaba de vez en cuando un ejercicio de tiro.

Esta fantasía estuvo a punto de costarle cara. Al regresar los bandoleros al campamento el lunes muy de mañana, creyeron habérselas con verdaderos enemigos, y respondieron con algunas balas, que afortunadamente no alcanzaron a nadie.

Yo no había visto nunca un ejército en derrota, cuando asistí a la vuelta del Rey de las montañas. Este espectáculo tuvo, pues, para mí todo el atractivo de una primera representación. El cielo se había mostrado sordo a mis oraciones. Los soldados griegos se habían defendido con tanto furor, que el combate se había prolongado hasta la noche. Formados en cuadro alrededor de los dos mulos que llevaban la caja, respondieron, primero, con un fuego regular a los tiradores de Hadgi Stavros. El viejo palikaro, desesperado de matar, uno a uno, ciento veinte hombres que no retrocedían, les atacó al arma blanca. Sus compañeros nos aseguraron que había hecho maravillas, y la sangre de que estaba cubierto mostraba claramente que no había escatimado su persona. Pero la bayoneta dijo la última palabra. La tropa había matado catorce bandidos, entre ellos un perro. Una bala de calibre había detenido los ascensos del joven Spiro, ¡el oficial de tanto porvenir! Vi llegar unos sesenta hombres molidos de fatiga, polvorientos, llenos de sangre, contusionados y heridos. Sófocles tenía una bala en la espalda, y era

conducido en brazos. El corfiota y algunos otros se habian quedado por el camino, quién en una aldea, quién sobre la roca pelada, al borde de un camino.

Toda la partida estaba sombría y desalentada. Sófocles aullaba de dolor. Oí algunos murmullos contra la imprudencia del Rey, que exponía la vida de sus compañeros por una miserable suma, en vez de despojar tranquilamente a los viajeros ricos y apacibles.

El más entero, el más reposado, el más contento, el más animoso de la tropa, era el Rey. Sobre su rostro se leía la orgullosa satisfacción del deber cumplido. Me reconoció en seguida en medio de mis cuatro hombres y me tendió cordialmente la mano.

—Querido prisionero—me dijo—, aquí tiene usted un Rey bastante maltrecho. Esos perros de soldados no han querido dejarnos la caja. Era su dinero: por cosas ajenas no se hubiesen dejado matar. Mi paseo a las rocas escironianas no me ha producido nada y me ha costado catorce combatientes, sin contar algunos heridos que no curarán. Pero no importa: me he batido bien. Esos granujas eran más que nosotros y tenían bayonetas. ¡Sin eso!... Vamos, esta jornada me ha rejuvenecido, me he probado a mí mismo que tengo todavía sangre en las venas.

Y tarareó el primer verso de su canción favorita:

—Un clefta ojinegro...—prosiguió—¡Por Júpiter! —como decía lord Byron—, no hubiese querido por otros veinte mil francos haberme quedado aquí desde el sábado. En mi historia pondrán también esto. Dirán que con más de setenta años me he arrojado entre

las bayonetas repartiendo sablazos; que he rajado tres o cuatro soldados por mi propia mano, y que he andado diez leguas a pie por la montaña para volver aquí a tomar una taza de café. Cafedgi, hijo mío, cumple con tu deber: yo he cumplido con el mío. Pero ¿dónde diablos está Pericles?»

El apuesto capitán descansaba todavía bajo su tienda. Yanni corrió a buscarle y lo condujo todo dormido, los bigotes desrizados, la cabeza cuidadosamente envuelta en un pañuelo. No conozco nada para despertar a un hombre como un jarro de agua fría o una mala noticia. Cuando el señor Pericles supo que el pequeño Spiro y otros dos gendarmes habían quedado sobre el terreno, dió el espectáculo de una nueva derrota. Se arrancó su pañuelo, y, sin el tierno respeto que tenía para su persona, se hubiese arrancado el pelo.

—¡Estoy perdido!—gritaba—. ¿Cómo explicar la presencia de estos dos hombres entre vosotros? ¡Y, además, en trajes de bandidos! Los habrán reconocido: ¡los otros han quedado dueños del campo de batalla! ¿Diré que han desertado para pasarse a vosotros? Me preguntarán por qué no había hablado de ello. Te esperaba para redactar mi parte extenso. He escrito ayer por la noche que te apretaba de cerca sobre el Parnés, y que todos nuestros hombres se portaban admirablemente. ¡Virgen santa! ¡No me atreveré a mostrarme el domingo en Patissia! ¿Qué van a decir el 15 en el baile de la corte? Todo el cuerpo diplomático se ocupará de mí. Se reunirá el Consejo. Y me invitarán siquiera?

—¿Al Consejo?—preguntó el bandido.

—¡No; al baile de la corte!

—¡Vaya con el bailarín!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Quién sabe lo que va a ocurrir? Si no se tratase más que de estas inglesas, no me preocuparía nada. Confesaría todo al ministro de la Guerra. ¡Inglesas! Hay de sobra. Pero ¡prestar mis soldados para atacar la caja del ejército! ¡Enviar a Spiro contra la tropa de línea! ¡Me señalarán con el dedo! ¡No volveré a bailar!

¿Quién se frotaba las manos durante este monólogo? Era el hijo de mi padre entre sus cuatro soldados.

Hadgi-Stavros, tranquilamente sentado, saboreaba su café a pequeños sorbos. Dijo a su ahijado:

—¡Muy confundido estás! Quédate con nosotros. Te aseguro un mínimum de diez mil francos por año y alisto a tus hombres. Tomaremos el desquite juntos.

El ofrecimiento era seductor. Dos días antes hubiese conquistado muchos votos entre los gendarmes. Pero entonces pareció satisfacer medianamente a los gendarmes, y nada al capitán. Los soldados no decían una palabra; miraban a sus antiguos camaradas; clavaban los ojos en la herida de Sófocles, y, pensando en los muertos de la víspera, alargaban la nariz en la dirección de Atenas como para olfatear más de cerca el olor suculento del cuartel

En cuanto al señor Pericles, respondió con visible turbación:

—Te doy las gracias; pero tengo necesidad de re-

flexionar. Mis costumbres están en la ciudad; mi salud es delicada; los inviernos deben ser rudos en la montaña: ya estoy acatarrado. Mi ausencia sería advertida en todas las reuniones; soy muy solicitado por allí; a menudo me han propuesto excelentes matrimonios. Por lo demás, acaso el daño no sea tan grande como creemos. ¿Quién sabe si esos tres torpes habrán sido identificados? La noticia del hecho ¿llegará antes que nosotros? Iré ante todo al Ministerio; olfatearé lo que haya por el negociado. Nadie vendrá a contradecirme, puesto que las dos compañías prosiguen su marcha hacia Argos... Decididamente, es menester que me encuentre allí; debo afrontar el peligro. Cuida de los heridos... ¡Adiós!

Hadgi Stavros se levantó; vino a colocarse delante de mí con su ahijado, al cual llevaba la cabeza, y me dijo:

—Caballero, aquí tiene usted a un griego de hoy; yo soy un griego de antaño. ¡Y pretenden los periódicos que vamos progresando!

Al redoble del tambor, los muros de mi prisión se separaron como las murallas de Jericó. Dos minutos después estaba yo ante la tienda de Mary-Ann. La madre y la hija se despertaron sobresaltadas. La señora Simons fué la primera en verme, y me gritó:

—¿Qué, partimos?

—¡Ay, señora, estamos muy lejos de eso!

—¿Qué ocurre, pues? El capitán nos ha dado su palabra para esta mañana.

—¿Qué le ha parecido a usted el capitán?

—¡Galante, distinguido, simpático! Acaso dema-

siado esclavo de la disciplina. Es su único defecto.

— ¡Granuja y bribón, cobarde y fanfarrón, embustero y ladrón! Estos son sus verdaderos adjetivos, señora, y se lo probaré a usted.

— ¡Ay, caballero!, ¿qué le han hecho a usted los gendarmes?

—¿Qué me han hecho, señora? Sirvase usted venir conmigo aunque no sea más que hasta lo alto de la escalera,

La señora Simons llegó en el preciso momento en en que los soldados desfilaban con el tambor a la cabeza, dejando a los bandoleros en el puesto que habian ocupado, y el capitán y el Rey se daban en la boca el beso de despedida. La sorpresa fué demasiado fuerte. No tuve cuidado de preparar a la buena señora, y sufri el castigo que merecia, pues se desmayó cuan larga era, hasta romperme casi el brazo. La llevé hasta la fuente; Mary-Ann le golpeó las manos; yo le arrojé un poco de agua por la cara. Pero creo que el furor fué lo que le hizo volver en si.

—¡Miserable!—gritó.

—Las ha desvalijado a ustedes, ¿no es cierto? ¿Les ha robado los relojes y el dinero?

— No siento mis joyas, ¡que se las guarde! Pero daria diez mil francos por recobrar los apretones de mano que le he dado. ¡Soy inglesa y no doy la mano a todo el mundo!

Esta pena de la señora Simons me arrancó un profundo suspiro. Ella continuó con más animación, y arrojó sobre mi todo el peso de su cólera.

—La culpa es de usted—me dijo—. ¿No podia us-

ted haberme advertido? ¡Hubiera debido decirme que los bandidos eran unos santitos comparados con los gendarmes!

—Pero, señora, le había prevenido de que no había que contar con ellos.

— No ha sabido usted decírmelo; me lo ha dicho de un modo blando, torpe, flemático. ¿Podía yo creerle? ¿Podía yo creer que este hombre no era más que el carcelero de Stavros? ¿Que nos retenía aquí para dar a los bandidos tiempo de volver? ¿Que nos asustaba con peligros imaginarios? ¿Que se decía sitiado para hacerse admirar por nosotras? ¿Que simulaba ataques nocturnos para dárselas de que nos defendía? Ahora lo adivino todo: ¡pero no diga usted ahora que me ha advertido de algo!

—¡Por Dios, señora!; he dicho lo que sabía; he hecho lo que podía.

— Pero ¿qué alemán es usted? ¡Un inglés, en el puesto de usted, se hubiese dejado matar por nosotras, y yo le hubiese dado la mano de mi hija!

Las amapolas son bastante rojas; pero yo me puse más al oir la exclamación de la señora Simons. Me sentí tan azorado, que no me atrevía ni a levantar los ojos, ni a responder, ni a preguntar a la querida señora lo que entendía por estas palabras. Porque, en fin, ¿cómo una persona tan tiesa había llegado a hablar de tal modo delante de su hija y delante de mí? ¿Por qué resquicio esta idea del matrimonio había podido entrar en su espíritu? ¿Era la señora Simons mujer capaz de conceder su hija, como honrada recompensa, al primer libertador que viniese?

Las apariencias no parecían ser ésas. ¿No era más bien una sangrienta ironía dirigida a mis pensamientos más íntimos?

Recogiéndome dentro de mí mismo, comprobaba con legítimo orgullo la tibieza inocente de todos mis sentimientos, y me hacía la justicia de que el fuego de las pasiones no había hecho subir en un grado la temperatura de mi corazón. A cada instante del día, para sondearme a mí mismo, me ejercitaba pensando en Mary-Ann. Me complacía en hacer castillos en el aire, de los cuales ella era la castellana. Fabricaba novelas donde ella era la heroína y yo el héroe. Suponía a capricho las circunstancias más absurdas. Imaginaba sucesos tan inverosímiles como la historia de la princesa Ipsoff y del teniente Reynauld. Llegaba hasta a representarme a la linda inglesa sentada a mi derecha en el fondo de una silla de posta, y pasando su hermoso brazo alrededor de mi largo cuello. Todas estas suposiciones halagüeñas, que hubiesen agitado profundamente un alma menos filosófica que la mía, dejaban impertérrita mi serenidad. No experimentaba esas alternativas de temor y esperanza que son los síntomas característicos del amor. Nunca, absolutamente nunca, había sentido esas grandes convulsiones del corazón, de que se habla en las novelas. No amaba, pues, a Mary-Ann; nada podía reprocharme, y podía marchar con la cabeza muy alta. Pero la señora Simons, que no había leído en mi pensamiento, era muy capaz de engañarse sobre la naturaleza de mi abnegación. ¿Quién sabe si no tenía la sospecha de que

yo estaba enamorado de su hija, si no había interpretado en mal sentido mi turbación y mi timidez, si no había pronunciado la palabra matrimonio para obligarme a dejar traslucir mis pensamientos? Mi orgullo se sublevó contra una sospecha tan injusta, y le respondí con voz firme, sin mirarla, sin embargo, a la cara:

—Señora, si tuviese la fortuna de sacarla a usted de aquí, le juro que no sería para casarme con la señorita.

— Y ¿por qué? — jo con tono picado—. ¿Es que mi hija no lo merece? ¡Está usted gracioso de veras! ¿No es bastante bonita, o bastante rica, o de bastante buena familia? ¿La he educado mal? ¿Puede usted decir algo contra ella? Casarse con la señorita Simons, ¡caballerito!, es un hermoso sueño, y el más exigente se sentiría satisfecho.

— ¡Ay, señora!—respondí—, me ha comprendido usted muy mal. Confieso que la señorita es perfecta, y que sin su presencia, que me hace tímido, le diría qué admiración apasionada me ha inspirado desde el primer día. Precisamente por eso, no tengo la impertinencia de pensar que ningún azar pueda elevarme hasta ella.

Esperaba que mi humildad doblegaría a aquella madre fulminante. Pero su cólera no bajó ni de medio tono.

— ¿Por qué? — replicó—. ¿Por qué no merece usted a mi hija? ¡Respóndame!

— Pero, señora, yo no tengo ni fortuna ni posición.

—¡Vaya una cosa! ¡No tiene posición! ¡La tendría usted si se casase con mi hija! Ser mi yerno ¿no es una posición? ¡No tiene usted fortuna! ¿Acaso alguna vez le hemos pedido dinero? ¿No tenemos el suficiente para nosotros, para usted y para muchos otros? Además, el hombre que nos saque de aquí ¿no nos hará un regalo de cien mil francos? Es poco, convengo en ello; pero es algo. ¿Dirá usted que cien mil francos es una suma despreciable? Entonces, ¿por qué no merece usted casarse con mi hija?

—Señora, yo no soy...

—Vamos, ¿qué es lo que no es usted? ¡No es inglés!

—¡Oh!, de ninguna manera.

—Pues bien, ¿me cree usted lo bastante ridícula para considerar un crimen su nacimiento? ¡Ah, caballero!, yo sé bien que no a todo el mundo es dado ser inglés. La tierra entera no puede ser inglesa...; por lo menos, antes de algunos años. Pero se puede ser un hombre honrado y de talento sin haber nacido positivamente en Inglaterra.

—Por lo que hace a la probidad, es un bien que nos transmitimos de padres a hijos. Talento tengo justamente el necesario para ser doctor. Pero, desgraciadamente, no me hago ilusiones sobre los defectos de mi persona física.

—¿Quiere usted decir que es feo, no es eso? No, caballero; no es usted feo. Tiene usted una fisonomía inteligente. Mary-Ann, ¿no tiene este señor una fisonomía inteligente?

—Sí, mamá—dijo Mary-Ann. Si se ruborizó, su

madre lo vería mejor que yo, porque mis ojos estaban obstinadamente clavados en tierra.

— Además— añadió la señora Simons —, aunque fuese usted diez veces más feo, no lo sería usted tanto como mi difunto marido. Y, sin embargo, puede usted creer que yo era tan bonita como mi hija el día que le di mi mano. ¿Qué me responde usted a esto?

—Nada, señora, sino que usted me abruma, y que no será culpa mía si no están ustedes mañana en camino para Atenas.

—¿Qué piensa usted hacer? Esta vez trate usted de encontrar un expediente menos ridículo que el del otro día.

— Espero que usted quedará satisfecha de mí, siempre que consienta en escucharme hasta el fin.

—Sí, señor.

—Sin interrumpirme.

—No le interrumpiré. ¿Le he interrumpido alguna vez?

—Sí.

—No.

—Sí, señora.

—¿Cuándo?

—Nunca, señora. Hadgi-Stavros tiene todos sus fondos colocados en casa de los señores Barley y Compañía.

—¡En nuestra casa!

—Cavendish-Square, 31, en Londres. El miércoles último ha dictado una carta de negocios dirigida al señor Barley.

—¡Y no me ha dicho usted esto antes!

—No me ha dejado usted tiempo de decirlo.

—¡Pero es monstruoso! ¡Su conducta es inexplicable! ¡Estaríamos en libertad desde hace seis días! Hubiese ido en seguida a él; le hubiese dicho nuestras relaciones.

—¡Y él le hubiese pedido a usted doscientos o trescientos mil francos! Lo mejor es no decirle absolutamente nada. Pague usted su rescate; obtenga usted un recibo, y quince días después envíele una cuenta corriente con este capítulo:

«*Item,* 100.000 francos entregados personalmente por la señora Simons mediante recibo.»

De esta manera recobrará usted su dinero sin auxilio de la gendarmería. ¿Está claro?

Levanté los ojos y vi la linda sonrisa de Mary-Ann radiante de reconocimiento. La señora Simons movía furiosamente los hombros y no parecía conmovida más que de despecho.

—Verdaderamente—me dijo—, es usted un hombre sorprendente. ¡Ha venido usted a proponernos una evasión acrobática cuando teníamos un medio tan sencillo de escaparnos! ¡Y usted sabe eso desde el miércoles por la mañana! No le perdonaré nunca que no nos lo haya dicho el primer día.

—Pero, señora, hágame el favor de recordar mis indicaciones para que le escribiese a su señor hermano y le pidiese ciento quince mil francos.

—¿Por qué ciento quince mil?

—Quiero decir cien mil.

—No; ciento quince. Es muy justo. ¿Está usted

muy seguro de que Hadgi-Stavros no nos detendrá aquí cuando haya recibido el dinero?

—Le respondo a usted de ello. Los bandidos son los únicos griegos que no faltan jamás a su palabra. Comprenda usted que si una sola vez guardasen los prisioneros después de haber recibido el rescate, nadie más se rescataría.

—Es verdad. Pero qué extraño alemán es usted. ¡No haber hablado antes!

—Siempre me ha cortado usted la palabra.

—Era preciso hablar, a pesar de todo.

- ¡Pero, señora!

—¡Cállese usted! Y condúzcanos ante ese maldito Stavros.

El Rey estaba almorzando un asado de palomas bajo su árbol de justicia, con los oficiales que no habían sido heridos. Se había arreglado lavándose la sangre de las manos y cambiándose de traje. Buscaba con sus convidados el medio más expeditivo de llenar los vacíos que la muerte había producido en sus filas. Basilio, que era de Janina, ofrecía ir al Epiro y alistar treinta hombres, pues allí la vigilancia de las autoridades turcas ha impuesto el retiro a más de mil bandoleros. Un laconio quería que se adquiriese a buen dinero contante la pequeña partida del espartano Pavlos, que explotaba la provincia del Magne en las proximidades de Calamata. El Rey, siempre imbuído de las ideas inglesas, pensaba en organizar el reclutamiento forzoso y en raptar todos los pastores del Atica. Este sistema parecía tanto más ventajoso cuanto que no exigía ningún des-

embolso, y que, además, se hacía una requisa de los ganados.

Interrumpido en medio de la deliberación, Hadgi-Stavros dispensó a sus prisioneras una acogida glacial. No ofreció siquiera un vaso de agua a la señora Simons, y como ésta se hallaba todavía sin desayunarse, fué muy sensible a este olvido de las conveniencias. Yo tomé la palabra en nombre de las inglesas, y la ausencia del corfiota obligó al rey a que me aceptase como intermediario. Le dije que después del desastre de la víspera le agradaría conocer la determinación de la señora Simons; que ésta había resuelto pagar su rescate y el mío; que los fondos serían entregados el día siguiente, ya en el Banco de Atenas, ya en cualquier otro lugar que quisiese, mediante un recibo.

—Me alegro—dijo—que estas mujeres hayan renunciado a llamar al ejército griego en su auxilio. Dígales que se les dará por segunda vez recado de escribir; ¡pero que no abusen más de mi confianza! ¡Que no me atraigan los soldados aquí! Al primer uniforme que vea en la montaña les mando cortar la cabeza. ¡Lo juro por la Virgen del Megaspileon, que fué esculpida de mano del mismo San Lucas!

—No tenga usted ninguna duda. Empeño la palabra de estas señoras y la mía. ¿Dónde quiere usted que se depositen los fondos?

—En el Banco nacional de Grecia. Es el único que no ha hecho todavía bancarrota.

—¿Tiene usted un hombre de confianza para llevar la carta?

—Tengo al buen viejo. Ahora lo llamarán. ¿Qué hora es? Las nueve de la mañana. El reverendo no ha bebido todavía lo bastante para estar achispado.

—¡Aceptado el monje! Cuando el hermano de la señora Simons haya entregado la suma y tomado su recibo, el monje vendrá a traernos la noticia.

—¿Qué recibo? ¿Por qué un recibo? Nunca los he dado. Cuando todos ustedes estén en libertad se verá que me han pagado lo que me debían.

—Yo creía que un hombre como usted debía llevar los negocios a la moda de Europa. En buena administración...

—Yo llevo los negocios a mi manera, y soy demasiado viejo para cambiar de método.

—Como usted guste. Le pedía esto en interés de la señora Simons. Es tutora de su hija menor, y le deberá cuenta de la totalidad de su fortuna.

—¡Que se arregle como pueda! Me preocupo tanto de sus intereses como ella de los míos. ¿Es una desgracia que tenga que pagar por su hija? Nunca he sentido lo que he desembolsado por Fotini. Aquí tiene usted papel, tinta, cañas. Tenga usted la bondad de vigilar la redacción de la carta. Le va a usted también en ello la cabeza.

Me levanté todo confuso y seguí a las señoras, que adivinaban mi turbación, sin saber su causa. Pero una inspiración súbita me hizo volver sobre mis pasos. Dije al Rey:

—Evidentemente, ha hecho usted muy bien en negar el recibo, y yo he hecho mal en pedírselo. Es

usted más precavido que yo; la juventud es imprudente.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Le digo que tiene usted razón. Es preciso estar en todo. ¿Quién sabe si no sufrirá usted una segunda derrota más terrible que la primera? Como no siempre ha de tener usted las piernas de los veinte años, podría usted caer vivo en manos de los soldados.

—¿Yo?

—Entonces le incoarían a usted proceso como a un simple malhechor; los magistrados no le temerían ya. En tales circunstancias, un recibo de ciento quince mil francos sería una prueba abrumadora. No dé usted armas a la justicia contra usted mismo. Acaso la misma señora Simons o sus herederos serían partes en el proceso para reivindicar lo que les ha sido tomado. ¡No firme usted recibos nunca!

Con voz tonante respondió:

—¡Los firmaré! ¡Y mejor dos que uno! ¡Firmaré tantos como se quiera! Los firmaré siempre y a todo el mundo. ¡Ah! Los soldados se imaginan que me someterán sin dificultad porque el azar y el número les han dado una vez la ventaja! ¡Yo caer vivo entre sus manos! ¡Mi brazo está a prueba de la fatiga, y mi cabeza a prueba de las balas! ¡Yo ir a sentarme a un banco delante de un juez como un aldeano que ha robado coles! Joven, usted no conoce todavía a Hadgi-Stavros. Sería más fácil arrancar de raíz el Parnés y plantarlo sobre la cima del Taigeto que arrancarme de mis montañas y arrojarme en el

banco de un tribunal. ¡Escriba usted en griego el nombre de la señora Simons! Bien. ¡Ahora, el de usted también!»

—No es necesario, y...

—Escriba usted; usted sabe mi nombre y estoy seguro de que no se le olvidará. Quiero tener el de usted para acordarme.

Emborroné mi nombre como pude en la armoniosa lengua de Platón. Los tenientes del Rey aplaudieron su firmeza, sin prever que le costaba ciento quince mil francos. Yo corrí, satisfecho de mí, y con el corazón libre de un gran peso, a la tienda de la señora Simons. Le conté que su dinero había escapado por muy poco, y ella se dignó sonreír al saber cómo me las había arreglado para robar a nuestros ladrones. Media hora después, sometió a mi aprobación la carta siguiente:

«Desde el Parnés, en medio de
los demonios de este Stavros.

»Mi querido hermano:

»Los gendarmes que enviaste en nuestro auxilio nos han traicionado y robado de una manera indigna. Te recomiendo que los hagas colgar. Haría falta una horca de cien pies de alto para su capitán Pericles. Me quejaré de él particularmente en el despacho que pienso enviar a lord Palmerston, y le consagraré todo un párrafo en la carta que escriba al editor de *The Times* en cuanto nos hayas puesto en libertad. Inútil esperar nada de las autoridades locales. Todos los del país se entienden contra

nosotros, y al día siguiente de nuestra partida el pueblo griego se reunirá en algún rincón para repartirse nuestros despojos. Por fortuna, les quedará poco. He sabido por un joven alemán, que al principio tomé por un espía, y que es un caballero muy honrado, que este Stavros, conocido por Hadgi-Stavros, tenía sus capitales colocados en nuestra casa. Te ruego que compruebes el hecho; y si es exacto, no hay inconveniente en pagar el rescate que exigen de nosotros. Entrega en el Banco de Grecia 115.000 francos (4.600 libras esterlinas) a cambio de un recibo en buena forma, sellado con el sello ordinario de este Stavros. Se le pondrá la suma en cuenta, y hemos terminado. Nuestra salud es buena, aunque la vida de montaña diste mucho de ser cómoda. Es monstruoso que dos inglesas, ciudadanas del más grande imperio del mundo, estén reducidas a comer su asado sin mostaza y sin *pickles*, y ·beber agua clara como el último de los peces.

»Esperando que no tardarás en volvernos a nuestras costumbres, soy, querido hermano, muy sinceramente tuya,

REBECA SIMONS.

»Lunes, 5 de mayo de 1856.»

Yo mismo llevé al Rey el autógrafo de la buena señora. El lo tomó con desconfianza y lo examinó con mirada tan penetrante, que yo temblaba, temeroso de que trasluciese su sentido, aùnque estaba muy seguro de que no conocía una palabra de inglés. Pero aquel diablo de hombre me inspiraba un

terror supersticioso, y le creía capaz de milagros. No pareció satisfecho hasta que llegó a la cifra de 4.600 libras esterlinas. Entonces vió bien que no se trataba de gendarmes. La carta fué depositada con otros papeles en un cilindro de latón. Trajeron al *buen viejo*, que no había tomado más vino que el necesario para aligerarse las piernas, y el Rey le dió la caja de las cartas con instrucciones precisas. Se puso en camino, y mi corazón corrió con él hasta el término del viaje. Horacio no siguió con mirada más tierna la nave que llevaba a Virgilio.

El Rey se dulcificó mucho cuando pudo considerar este negocio como terminado. Ordenó para nosotros un verdadero festín; mandó distribuir doble ración de vino a sus hombres; fué a ver a los heridos y a extraer con sus propias manos la bala de Sófocles. Se dió orden a todos los bandidos de que nos trataran con los miramientos debidos a nuestro dinero.

El almuerzo que hice sin testigos, en compañía de las damas, es una de las más alegres comidas que recuerdo. ¡Todos mis males habían acabado! Después de dos días de dulce cautiverio, quedaría en libertad. ¡Y acaso al salir de las manos de Hadgi-Stavros, una cadena adorable...! me sentía poeta a la manera de Gessner. Comí con tan buen ánimo como la señora Simons, y bebí seguramente con más gana. Caí sobre el vino blanco de Egina como en otro tiempo sobre el de Santorin. Bebí a la salud de Mary-Ann, a la salud de su madre, a la salud de mis buenos padres y de la princesa Ipsoff. La señora Simons quiso escuchar la historia de esta noble

extranjera, y yo me apresuré a contársela con todos los detalles. Los buenos ejemplos no son nunca demasiado conocidos. Mary-Ann prestó a mi relato la atención más simpática y opinó que la princesa había hecho bien, y que una mujer debe coger su dicha donde la encuentra. ¡Hermosas palabras! Los proverbios son la sabiduría de las naciones, y algunas veces su felicidad. Me hallaba lanzado por la pendiente de todas las prosperidades, y me sentía rodar hacia no sé qué paraíso terrestre. ¡Oh Mary-Ann, los marinos que navegan por el Océano, no han tenido nunca por guía dos estrellas como tus ojos!

Estaba sentado delante de ella. Al pasarle un ala de pollo me acerqué tanto, que vi mi imagen reflejarse dos veces entre sus pestañas negras. Por primera vez en mi vida me encontraba guapo, señor mío. ¡El marco realzaba tanto el cuadro! Una idea extraña me cruzó por el pensamiento. Creí sorprender en este incidente una decisión del destino. Me pareció que la hermosa Mary-Ann tenía en el fondo del corazón la imagen que yo descubría en sus ojos.

Todo esto no era amor, bien lo sé, y no quiero adornarme con un sentimiento que nunca he experimentado, ni acusarme de haberlo tenido; pero era una amistad sólida que basta, me parece, para el hombre que debe constituir un hogar. Ninguna emoción turbulenta agitaba las fibras de mi corazón; pero sentía que en mi interior me iba fundiendo lentamente, como un panal de cera al calor de un sol tibio.

Bajo la influencia de este éxtasis razonable, conté a Mary-Ann y a su madre toda mi vida, desde el primer día. Les pinté la casa paterna, la gran cocina en que comíamos todos juntos, las cacerolas de cobre colgadas en la pared por orden de tamaño, las guirnaldas de jamones y salchichas que se desarrollaban en el interior de la chimenea, nuestra existencia modesta y tan a menudo trabajosa, el porvenir de cada uno de mis hermanos: Enrique debe suceder a papá; Federico aprende el oficio de sastre; Frantz y Juan Nicolás han sentado plaza a los diez y ocho años: el uno es cabo de caballería, y el otro tiene ya los galones de sargento. Les referí mis estudios, mis exámenes, los pequeños éxitos que había obtenido en la universidad, el hermoso porvenir de profesor a que podía aspirar, con tres mil francos de sueldo por lo menos. No sé hasta qué punto les interesó mi relato; pero a mí me causaba un gran placer y de cuando en cuando llenaba mi vaso.

La señora Simons no volvió a hablarme de nuestros proyectos de matrimonio, y me alegré que no lo hiciese. Era preferible no decir de ello una palabra que charlar inútilmente cuando nos conocíamos tan poco. El día se deslizó para mí como una hora; quiero decir, como una hora de placer. A la señora Simons le pareció el día siguiente un poco largo; por mi parte, hubiese querido detener el sol en su carrera. Enseñé los primeros elementos de botánica a Mary-Ann. ¡Ah, caballero, la gente no sabe todos los sentimientos tiernos y delicados que pueden expresarse en una lección de botanica!

Por fin, el miércoles por la mañana el monje apareció en el horizonte. Después de todo, este frailelecillo era un excelente sujeto. Antes de amanecer se había levantado para traernos la libertad en el bolsillo. Entregó al Rey una carta del gobernador del Banco, y a la señora Simons, otra de su hermano. Hadgi-Stavros dijo a la señora Simons:

— Queda usted en libertad, señora, y puede llevarse consigo a la señorita. Deseo que no se lleven de nuestras rocas un recuerdo demasiado malo. Les hemos ofrecido a ustedes todo lo que teníamos; si el lecho y la mesa no han sido dignos de ustedes, culpa es de las circunstancias. Esta mañana he tenido un momento de vivacidad que les ruego olviden; hay que perdonar algo a un general vencido. Si me atreviese a ofrecer un regalito a la señorita, le suplicaría que aceptase un anillo antiguo que podrá estrechar a la medida de su dedo. No proviene del bandidaje; se lo he comprado a un comerciante de Nauplia. La señorita enseñará esta joya en Inglaterra, al contar su visita a la corte del Rey de las montañas.

Traduje fielmente este pequeño discurso, y yo mismo deslicé el anillo del Rey en el dedo de Mary-Ann.

— Y yo — pregunté al buen Hadgi-Stavros —, ¿no me llevaré ningún recuerdo de usted?

— ¿Usted, querido señor? Pero si usted se queda. Su rescate no ha sido pagado.

Me volví a la señora Simons, que me tendió la carta siguiente:

«Querida hermana:

»Una vez comprobado lo que me indicabas, he dado las 4.000 libras esterlinas a cambio de recibo. No he podido entregar las otras 600 porque el recibo no estaba a tu nombre, y hubies› sido imposible recobrarlas. Esperando impaciente tu llegada, queda todo tuyo

EDWARD SHARPER.»

Yo le había predicado demasiado bien a Hadgi-Stavros. ¡En buena administración, había creído deber enviar dos recibos!

La señora Simons me dijo al oído:

— ¡Parece usted muy apenado! ¿Hay motivos para torcer el gesto de esa manera? Muestre usted que es un hombre y deje esa cara de pollo mojado. Lo más fuerte ha pasado, puesto que mi hija y yo estamos salvadas, sin que nos cueste un céntimo. En cuanto a usted, estoy tranquila, ya sabrá evadirse. Su primer plan, que no servía para dos mujeres, resulta admirable estando usted solo. Vamos a ver, ¿qué día esperamos su visita?

Le di cordialmente las gracias. ¡Me ofrecía una ocasión tan hermosa de poner de manifiesto mis cualidades personales y de entrar a viva fuerza en la estimación de Mary-Ann!

— Sí, señora — le dije —, cuente usted conmigo. Saldré de aquí como hombre de corazón, y mejor si corro un poco de peligro. Me alegro de que mi rescate no haya sido pagado, y le agradezco a su señor hermano lo que ha hecho por mí. Verá usted si un

alemán no puede salir de apuros. ¡Sí, pronto tendrá usted noticias mías!

— Una vez que haya usted salido de aquí, no deje usted de presentarse por nuestra casa.

— ¡Oh, señora!

— Y ahora ruegue usted a ese Stavros que nos dé una escolta de cinco o seis bandidos.

— ¿Para qué, Dios mío?

— ¡Pues para protegernos contra los gendarmes!

VI

La evasión

En medio de nuestras despedidas se extendió alrededor de nosotros un olor aliáceo que me apretó la garganta. Era la doncella de las damas, que venía a mover la generosidad de éstas. Esta criatura había resultado más incómoda que útil, y desde hacía dos días se le había dispensado de todo servicio. Con todo, la señora Simons sintió no poder hacer nada por ella, y me rogó que contase al Rey cómo había sido despojada de su dinero. Hadgi-Stavros no pareció ni sorprendido ni escandalizado. Se encogió sencillamente de hombros, y dijo entre dientes: «¡Ese Pericles!... Mala educación... La ciudad... La corte... Hubiera debido esperar esto.» Y añadió alto:

—Suplique usted a estas damas que no se preocupen de nada. Yo he sido quien les he dado una criada, y yo debo pagarla. Dígales que si necesitan un poco de dinero para volver a la ciudad, mi bolsa está a su disposición. Les daré una escolta para que las acompañe hasta el pie de la montaña, aunque no corren ningún peligro. Los gendarmes son menos de temer de lo que generalmente se piensa. En la aldea de Castia encontrarán almuerzo, caballos y un guía: todo está previsto y todo está pagado. ¿Cree usted que me harán el obsequio de estrecharme la mano en señal de reconciliación?

La señora Simons se hizo un poco de rogar; pero su hija tendió resueltamente la mano al viejo palíkaro, y le dijo en inglés con una travesura bastante divertida:

—Es un gran honor que nos hace usted, interesante señor, pues en este momento somos nosotros los cleftas y usted la víctima.

El Rey respondió confiadamente:

—Gracias, señorita; es usted demasiado bondadosa.

La linda mano de Mary-Ann estaba tostada por el sol, como una pieza de satén rosa que se hubiese quedado a la luz durante tres meses de verano. Sin embargo, puede usted creerme que no me hice rogar para aplicar en ella mis labios. Después besé el metacarpo austero de la señora Simons.

—¡Valor, caballero! — gritó la vieja señora, alejándose.

Mary-Ann no dijo nada; pero me echó una mirada capaz de electrizar a un ejército.

Cuando el último hombre de la escolta hubo desaparecido, Hadgi-Stavros me llevó aparte, y me dijo:

—Qué, ¿hemos cometido alguna torpeza?

—¡Ay, sí! No *hemos* sido hábiles.

—Su rescate no ha sido pagado. ¿Lo será? Eso creo. Las inglesas parecen estar en los mejores términos con usted.

—Esté usted tranquilo; dentro de tres días estaré lejos del Parnés.

—¡Vamos, mucho mejor! Como usted sabe, necesito urgentemente dinero. Nuestras pérdidas del lunes van a gravar nuestro presupuesto. Es menester completar el personal y el material.

—¡Me hace usted gracia quejándose! ¡Y acaba usted de embolsarse cien mil francos de un golpe!

—No, noventa; el monje se ha quedado ya con el diezmo. De esta suma que le parece a usted enorme, no me quedarán veinte mil francos. Nuestros gastos son considerables; tenemos pesadas cargas. ¿Y qué sería si la asamblea de los accionistas se decidiese a fundar un cuartel de inválidos, según ya se ha hablado? No faltaría más que establecer una pensión para las viudas y los huérfanos del bandolerismo. Como las fiebres y los tiros nos arrebatan treinta hombres por año, ya puede usted ver adónde nos llevaría esto. Nuestros gastos resultarían apenas cubiertos. ¡Me costaría a mí el dinero, querido amigo!

—¿No le ha ocurrido a usted nunca perder en un negocio?

—Una sola vez. Había cobrado cincuenta mil

francos por cuenta de la Sociedad. Uno de mis secretarios, a quien después ahorqué, huyó a Tesalia con la caja. Yo tuve que enjugar el déficit: soy el responsable. Mi parte se elevaba a siete mil francos; de suerte que perdí cuarenta y tres mil. Pero al granuja que me robó le costó caro. Le castigué a la moda de Persia. Antes de ahorcarle le arranqué todos los dientes uno a uno, y se los hundí a martillazos en el cráneo... para ejemplo. ¿Comprende usted? No soy malo; pero no aguanto que me hagan daño.

Me regocijé pensando que el palikaro, que no era malo, perdería ochenta mil francos en el rescate de la señora Simons, y de que recibiría la noticia cuando mi cráneo y mis dientes no estarían ya a su alcance. El me tomó por el brazo, y me dijo familiarmente:

—¿Cómo piensa usted hacer para matar el tiempo hasta su marcha? Va a sentir la falta de las damas, y la casa le parecerá grande. ¿Quiere usted echar una ojeada por los periódicos de Atenas? El fraile me los ha traído. Yo no los leo casi nunca. Sé exactamente lo que valen los artículos de periódico, puesto que los pago. Aquí tiene usted *La Gaceta Oficial*, *La Esperanza*, *El Palikaro*, *La Caricatura*. Seguramente hablan ahí de nosotros. ¡Pobres suscriptores! Le dejo a usted. Si encuentra usted algo curioso, cuéntemelo.

La Esperanza, escrita en francés y destinada a darle el pego a Europa, había consagrado un largo artículo a desmentir las últimas noticias del bandolerismo. Dedicaba ingeniosas bromas a los ingenuos

viajeros que ven un ladrón en un campesino harapiento, una partida armada en cada nube de polvo, y demandan gracia al primer matorral que les detiene por la manga del traje. Esta hoja verídica encomiaba la seguridad de los caminos, celebraba el desinterés de los indígenas, exaltaba la calma y el recogimiento que se estaba seguro de encontrar en todas las montañas del reino.

El Palíkaro, inspirado por algunos amigos de Hadgi-Stavros, insertaba una elocuente biografía de su héroe. Contaba que este Teseo de los tiempos modernos, el único hombre de nuestro siglo que jamás haya sido vencido, había intentado un fuerte reconocimiento en dirección de las rocas escironianas. Traicionado por la flojedad de sus compañeros, se había retirado con pérdidas insignificantes. Pero, profundamente asqueado de una profesión degenerada, renunciaba al ejercicio del bandidaje, y abandonaba el suelo de Grecia para retirarse a Europa, donde su fortuna, gloriosamente adquirida, le permitiría vivir como un príncipe. «Y ahora, añadía *El Palíkaro*, ¡id, venid, corred por las llanuras y por las montañas! Banqueros y comerciantes griegos, extranjeros, viandantes, no tenéis nada que temer: el Rey de las montañas ha querido, como Carlos V, abdicar en lo más alto de su gloria y de su poder.»

En la *Gaceta Oficial* se leía:

«El domingo 3 del corriente, a las cinco de la tarde, cuando se conducía a Argos la caja militar con una suma de veinte mil francos, pretendió asaltarla

la partida de Hadgi-Stavros, conocido por el nombre de Rey de las montañas. Los bandoleros, en número de tres o cuatrocientos, se arrojaron sobre la escolta con furor increíble. Pero las dos primeras compañías del 2.º batallón del 4.º de línea, a las órdenes del bravo comandante Nicolaidis, opusieron una resistencia heroica. Los salvajes agresores fueron rechazados a bayonetazos, dejando el campo de batalla sembrado de cadáveres. Dícese que Hadgi-Stavros se encuentra gravemente herido. Nuestras pérdidas son insignificantes.

»El mismo día, a la misma hora, las tropas de Su Majestad alcanzaban otra victoria a diez leguas de distancia. Hacia la sima del Parnés, a cuatro estadios de Castia, la 2.ª compañía del primer batallón de gendarmería deshizo la partida de Hadgi-Stavros. También allí, según el parte del bravo capitán Pericles, el Rey de las montañas ha debido recibir un balazo. Por desgracia, este éxito ha sido caramente pagado. Los bandoleros, protegidos por las rocas y los matorrales, han matado o herido gravemente a diez gendarmes. Un joven oficial de grandes esperanzas, el señor Spiro, recién salido de la Escuela de los Evélpides, ha encontrado en el campo de batalla una muerte gloriosa. En presencia de tan grandes desgracias, no es poco consuelo pensar que, allí como en todas partes, la ley ha sido mantenida.»

El periódico *La Caricatura* publicaba una litografía mal dibujada, en la cual reconocí, sin embargo, los retratos del capitán Pericles y del Rey de las

montañas. El ahijado y el padrino estaban estrechamente abrazados. Debajo del dibujo, el artista había escrito la leyenda siguiente:

«¡Cómo se baten!»

«Según parece, me dije a mí mismo, no soy el único iniciado, y el secreto de Pericles se parecerá pronto al secreto de Polichinela.»

Doblé los periódicos, y mientras esperaba la vuelta del Rey de las montañas, medité sobre la situación en que la señora Simons me había dejado. Cierto que era glorioso no deber mi libertad más que a mí mismo, y que era preferible salir de la prisión por un rasgo de valor que por una astucia de escolar. En un momento podía pasar a la situación de héroe y convertirme en un objeto de admiración para todas las señoritas de Europa. No cabía duda de que Mary-Ann se pondría a adorarme cuando me viese sano y salvo, después de una evasión peligrosa. Pero podía fallarme el pie en aquel formidable resbalón. Si me rompía un brazo o una pierna, ¿vería Mary-Ann con buenos ojos un héroe cojo o manco? Además, debía tener por seguro que me vigilarían noche y día. Mi plan, por ingenioso que fuera, no podía ejecutarse más que después de la muerte de mi guardián. Matar a un hombre no es asunto cualquiera, aun para un doctor. De palabra esto no es nada, sobre todo hablando a la mujer a quien se ama. Pero después de la marcha de Mary-Ann, yo no tenía ya la cabeza del revés. Me parecía menos

fácil procurarme un arma, y menos cómodo servirme de ella. Una puñalada es una operación quirúrgica que debe poner carne de gallina a un hombre de bien. ¿Qué le parece a usted, caballero? Yo pensaba que mi futura suegra había acaso obrado a la ligera con su yerno en perspectiva. No le costaba mucho enviarme quince mil francos de rescate, sin perjuicio de descontarlos más tarde de la dote de Mary-Ann. Quince mil francos serían para mí poca cosa el día del matrimonio: pero eran mucho para mí, dada la situación en que me hallaba, en vísperas de estrangular a un hombre y de bajar algunos centenares de metros por una escalera sin escalones. Llegué a maldecir a la señora Simons, tan cordialmente como la mayoría de los yernos maldicen a sus suegras en todos los países civilizados. Y como me quedaban maldiciones de sobra, envié también algunas a mi excelente amigo John Harris, que me abandonaba a mi suerte. Si él hubiese estado en mi sitio y yo en el suyo, me decía yo para mis adentros, no le hubiese dejado ocho largos días sin noticias. ¡Esto podía disculparse en Lobster, que era demasiado joven; en Giacomo, que era una fuerza ininteligente, y en el señor Mérinay, cuyo profundo egoísmo conocía yo! A los egoístas se les perdona fácilmente una traición, porque se ha adquirido el hábito de no contar con ellos. ¡Pero Harris, que había expuesto su vida para salvar una vieja negra de Boston! ¿No valía yo tanto como una negra? En buena justicia, y sin prejuicios aristocráticos, creía valer tanto, por lo menos, como dos o tres.

Hadgi-Stavros vino a cambiar el curso de mis ideas ofreciéndome un medio de evasión más sencillo y menos peligroso. No se necesitaban más que piernas, y, gracias a Dios, me encuentro bastante bien provisto en ese punto. El Rey me sorprendió en el momento en que bostezaba como el más humilde de los animales.

—¿Se aburre usted?—me dijo—. Es la lectura. Nunca he podido abrir un libro sin riesgo para mis mandíbulas. Veo con gusto que los doctores no resisten más que yo. Pero ¿por qué no emplea usted mejor el tiempo que le queda? Había usted venido aquí para recoger las plantas de la montaña: no parece que en estos ocho días se haya llenado su caja. ¿Quiere usted que le deje ir de paseo, bajo la vigilancia de dos hombres? Soy demasiado magnánimo para negarle este pequeño favor. Cada uno debe desempeñar su oficio en este bajo mundo. Para usted, las hierbas; para mí, el dinero. Dirá usted a los que le han enviado aquí: «¡He aquí unas hierbas cogidas en el reino de Hadgi-Stavros!» Si encontrase usted alguna que fuese bella y curiosa, y de la que no se hubiese hablado nunca en su país, habría que darle mi nombre, y llamarla Reina de las montañas.

—Positivamente—pensaba yo—, si me encontrase a una legua de aquí, entre dos bandidos, no sería difícil ganarles la delantera. El peligro doblaría mis fuerzas, no hay que dudarlo. Corre mejor el que tiene mayor interés en correr. ¿Por qué la liebre es el más vivo de todos los animales? Porque es el más amenazado.

Acepté el ofrecimiento del rey, y, sin perder momento, éste colocó dos centinelas de vista a mi lado. No se extendió en recomendaciones minuciosas. Les dijo sencillamente:

—Es un milord de quince mil francos; si lo dejais escaparse habrá que pagarlo o reemplazarlo.

Mis acólitos no parecían, ni mucho menos, estar inválidos; no tenían ni herida, ni contusión, ni desperfecto de ninguna clase; sus piernas eran de acero, y no había que esperar que sus pies se sintiesen incómodos en sus zapatos, porque gastaban una especie de alpargatas muy amplias que dejaban al descubierto el talón. Al pasarles revista advertí, no sin sentimiento, dos pistolas tan largas como fusiles de niños. Con todo, no perdí ánimo. A fuerza de estar con malas gentes, se me había hecho familiar el silbido de las balas. Ajusté la caja a la espalda, y me puse en marcha.

—¡Que se divierta usted!—me gritó el Rey.

—¡Adiós, señor!

—No. ¡Hasta la vista!

Llevé a mis compañeros en la dirección de Atenas; era ir ganando terreno al enemigo. Ellos no pusieron ningún inconveniente, y me permitieron ir por donde quería, Estos bandidos, mucho mejor educados que los gendarmes de Pericles, dejaban a mis movimientos toda la amplitud necesaria. No sentía a cada paso sus codos metérseme en los costados. Por su parte, ellos también herborizaban para la comida de la noche. En cuanto a mí, parecía muy metido en mi tarea; arrancaba a diestro y siniestro ma-

nojos de hierba, que no podía pedirse más; fingía escoger una brizna de hierba en la masa y la depositaba cuidadosamente en el fondo de mi caja, procurando no sobrecargarme: bastante era el peso que llevaba ya encima. En una carrera de caballos había yo notado que un admirable *jockey* había quedado vencido por llevar una sobrecarga de cinco kilos. Mi atención parecía fija en tierra; pero puede usted creerme que no había nada de eso. En tales circunstancias no es uno un botánico, sino un prisionero. Pellisson no se hubiese entretenido con las arañas si hubiese tenido tan sólo un clavo para aserrar sus barrotes. Acaso encontré aquel día plantas inéditas que hubiesen constituido la fortuna de un naturalista; pero me preocupaba tanto de ellas como de un alhelí amarillo. Estoy seguro de haber pasado junto a un pie admirable de *Boryana variabilis*; pesaba media libra con las raíces. No le concedí ni el honor de una mirada; yo no veía más que dos cosas: Atenas en el horizonte y los bandidos a mi lado. Espiaba los ojos de los dos granujas con la esperanza de que una feliz distracción me libertase de su vigilancia; pero lo mismo cuando se encontraban al alcance de mi mano, que cuando estaban a diez pasos de mi persona, ocupados en recoger su ensalada o en mirar el vuelo de los buitres, tenían siempre, por lo menos un ojo fijo en mis movimientos.

Se me ocurrió crearles una ocupación seria. Estábamos en un sendero bastante estrecho que se dirigía evidentemente a Atenas. Divisé a mi izquierda un espeso matorral de retama, que la solicitud de la

Providencia habían hecho crecer en la cima de una roca, y fingí sentir deseos de alcanzarlo como si fuese un tesoro. Escalé cinco o seis veces el talud escarpado que lo protegía. Tales fueron mis esfuerzos que uno de mis centinelas se compadeció de mi situación y se ofreció a servirme de escala. No hubo más remedio que aceptar sus servicios; pero, al alzarme sobre sus espaldas, le magullé tan terriblemente con un golpe de mis zapatos ferrados, que dió un grito de dolor y me dejó caer a tierra. Su compañero, que tenía interés en el éxito de mi empresa, le dijo:

—¡Espera!; voy a subir en lugar del señor; yo no tengo clavos en los zapatos.

Tan pronto dicho como hecho; se lanza, coge la planta por el tallo, la sacude, la arranca y da un grito. Yo iba ya corriendo sin mirar atrás. La estupefacción de ambos me dió diez buenos minutos de ventaja. Pero no perdieron tiempo en acusarse recíprocamente; pronto ví sus pasos que me seguían de lejos. Redoblé la velocidad; el camino era bueno, llano, liso, como hecho para mí. Iba disparado, con los brazos pegados al cuerpo, sin sentir las piedras que rodaban bajo mis talones, y sin mirar dónde ponía los pies. El espacio huía debajo de mí. Rocas y matorrales parecían correr en sentido inverso a los dos lados del camino; ligero, rápido, me parecía que mi cuerpo no tenía peso, que me habían nacido alas. Pero este ruido de cuatro pies fatigaba mis oídos. De repente se detuvieron y nada más escuché. ¿Se habrían cansado de perseguirme? Una pequeña

nube de polvo se levantó a diez pasos delante de mí. Algo más lejos, una mancha blanca se pega bruscamente a una roca gris. Dos detonaciones resuenan al mismo tiempo.

Los bandidos acababan de descargar sus pistolas; yo, a pesar del fuego enemigo, seguía corriendo. La persecución comienza de nuevo; oigo dos voces sofocadas que me gritan: «¡Párate! ¡Párate!» Pero yo no me paro. Pierdo el camino; continúo corriendo sin saber adónde voy. Un foso se presenta, ancho como un río; pero llevo demasiado ímpetu para medir las distancias. Salto: me he salvado. Mis tirantes se rompen: ¡estoy perdido!

¿Se ríe usted? ¡Quisiera verle correr sin tirantes, sosteniéndose con las dos manos la cintura del pantalón! Cinco minutos después, amigo mío, los bandidos me habían cogido. Me pusieron esposas en las manos y trabas en los pies, y dándome golpes con una vara me empujaron hacia el campamento de Hadgi-Stavros.

El Rey me recibió como si yo me hubiese declarado en quiebra y me hubiese llevado quince mil francos suyos.

— Caballero —me dijo—, tenía otra idea de usted. Creía conocer a los hombres; su cara me ha engañado. Nunca hubiese creído que fuera usted capaz de causarnos un perjuicio, sobre todo después de la conducta que he observado con usted. No le extrañe que tome en adelante medidas severas. Usted me fuerza a ello. Se le internará en su cuarto hasta nueva orden. Uno de mis oficiales le acompa-

ñará en su tienda. Esto no es todavía más que una precaución. En caso de reincidencia, tenga usted presente que se le castigará. Basilio, a ti te encomiendo la vigilancia del señor.

Basilio me saludó con su cortesía ordinaria.

«¡Ah! ¡Miserable!—pensé para mí—. ¡Tú eres el que arroja las criaturitas al fuego! ¡Tú eres el que ha insultado a Mary-Ann y el que ha querido apuñalarme el día de la Ascensión! ¡Pues bien!: prefiero entendérmelas contigo que con cualquier otro.»

No le referiré los tres días que pasé en mi cuarto en compañía de Basilio. Este tipo me proporcionó una dosis de aburrimiento que no quiero compartir con nadie. No me quería mal, y hasta sentía una cierta simpatía hacia mí. Creo que si me hubiese hecho prisionero por su cuenta, me hubiese soltado sin rescate. Mi rostro le había agradado desde la primera mirada. Le recordaba un hermano que había perdido por sentencia de los tribunales. Pero tales demostraciones de amistad me importunaban cien veces más que los malos tratamientos. No esperaba a que amaneciese para darme los buenos días; a la caída de la tarde no dejaba nunca de desearme prosperidades, cuya lista era larga. Me sacudía, en lo más profundo del sueño, para informarse si me había tapado bien. En la mesa me servía como un buen criado; a los postres me contaba historias o me suplicaba que se las contase yo. ¡Y siempre adelantando la garra para estrecharme la mano! Yo oponía a su buena voluntad una resistencia encarnizada. Aparte de que me parecía inútil incluir un que-

mador de niños en la lista de mis amigos, no tenia ningún interés en estrechar la mano de un hombre cuya muerte había decidido. Mi conciencia me permitia matarlo. ¿No me hallaba en el caso de legítima defensa? Pero me repugnaba matarlo a traición, y debia, por lo menos, ponerlo en guardia por mi actitud hostil y amenazadora. Al mismo tiempo que rechazaba sus oficiosidades, desdeñaba sus cortesías y procuraba sustraerme a sus atenciones, espiaba cuidadosamente la ocasión de escaparme; pero su amistad, más vigilante que el odio, no me perdía de vista un solo instante. Cuando me inclinaba sobre la cascada para grabar en mi memoria los accidentes del terreno, Basilio me arrancaba a mi contemplación con una solicitud maternal: «¡Cuidado! —decia, tirándome por los pies—. Si tuvieras la desgracia de caerte, me lo reprocharía toda la vida.» Cuando por la noche intentaba levantarme a escondidas, saltaba fuera de su cama para preguntarme si tenía necesidad de algo. Jamás hubo granuja más despierto. Daba vueltas a mi alrededor como una ardilla en una jaula.

Lo que, sobre todo, me exasperaba era su confianza en mí. Un día manifesté deseos de examinar sus armas, y él me puso su puñal en la mano. Era un puñal ruso, de acero damasquinado, de la fábrica de Tula. Saqué la hoja de la vaina, probé la punta en mi dedo, la dirigí sobre su pecho, eligiendo el sitio, entre la cuarta y la quinta costilla. El me dijo sonriendo: «No aprietes; me matarías.» Ciertamente, señor, apretando un poco le hubiese hecho justicia,

pero algo me detuvo el brazo. Es lástima que a las gentes honradas les cueste tanto trabajo matar a los asesinos, mientras a ellos les cuesta tan poco matar a las gentes honradas. Metí el puñal en su vaina. Basilio me tendió su pistola; pero yo me negué a tomarla, y le dije que mi curiosidad quedaba satisfecha. Armó el gatillo, me enseñó el cebo, apoyó el cañón en su cabeza, y me dijo: «Con nada, ya no tendrías vigilante.»

¡No tener vigilante! ¡Si era precisamente lo que yo quería! Pero la ocasión era demasiado favorable, y la idea de ser traidor me paralizaba. Si le hubiese matado en aquel momento, no hubiese podido sostener su última mirada. Mejor era dar el golpe por la noche. Por desgracia, en vez de ocultar sus armas, las colocaba ostensiblemente entre su lecho y el mío. Acabé por encontrar un medio de huír sin tener que despertarle ni degollarle. Esta idea se me ocurrió el domingo 11 de mayo, a las seis. El día de la Ascensión había yo notado que a Basilio le gustaba beber y que resistía mal el vino. Le invité a comer conmigo. Esta muestra de amistad se le subió a la cabeza; el vino de Egina hizo lo demás. Hadgi-Stavros, que no me había vuelto a honrar con su visita desde que perdí su estimación, se conducía aún de modo generoso. Mi mesa estaba mejor servida que la suya. Me hubiese podido beber un pellejo de vino y un tonel de rhaki. Basilio, admitido a participar de estas magnificencias, comenzó la comida con una humildad conmovedora. Se mantenía alejado tres pies de la mesa, como un labriego invitado a casa de su se-

ñor. Poco a poco fué el vino suprimiendo las distancias. A las ocho de la noche, mi vigilante me explicaba su carácter. A las nueve, me contaba, balbuciendo, las aventuras de su juventud, y una serie de hazañas que hubiesen puesto los pelos de punta a un juez de instrucción. A las diez, cayó en la filantropía: este corazón, templado como el acero, se fundía en el rhaki como la perla de Cleopatra en el vinagre. Me juró que se había hecho bandolero por amor a la humanidad; que quería hacer en diez años una fortuna, fundar un hospital con sus economías y retirarse en seguida a un convento del Monte Athos. Prometió que no me olvidaría en sus oraciones. Aproveché esta buena disposición de ánimo para ingerirle una enorme taza de rhaki. Hubiera podido ofrecerle pez inflamada: era demasiado amigo mío para negarme nada. Pronto perdió la voz; su cabeza se inclinaba de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con la regularidad de un balancín; me tendió la mano, y tropezó con un resto de asado, lo apretó cordialmente y se durmió con el sueño de las esfinges de Egipto, a quienes no ha despertado el cañón francés.

No me quedaba un instante que perder: los minutos eran oro. Cogí su pistola y la arrojé al barranco. Me apoderé del puñal, e iba a tirarlo en la misma dirección, cuando reflexioné que podía servirme para cortar los terrones de césped. Mi grueso reloj señalaba las once. Apagué las dos hogueras de leña resinosa que alumbraban nuestra mesa: la luz podía llamar la atención del Rey. El tiempo era hermoso.

Nada de luna, pero una profusion de estrellas: era la noche que me convenía. El césped, cortado en largos trozos, podía ser levantado como si fuese una pieza de paño. Al cabo de una hora mis materiales estaban dispuestos. Cuando los llevaba a la fuente, le di a Basilio con el pie. Se levantó pesadamente y me preguntó, por costumbre, si necesitaba algo. Yo dejé caer mi carga, me senté al lado del borracho y le supliqué que bebiese otra copa a mi salud.

— Sí — dijo —, tengo sed.

Le llené, por última vez, la copa de cobre. El bebió la mitad, se derramó el resto por la barbilla y el cuello, intentó levantarse, cayó de bruces extendió los brazos y no se volvió a mover. Corrí a mi dique, y, a pesar de ser novicio, conseguí detener sólidamente el arroyo en cuarenta y cinco minutos. Era la una menos cuarto. Al ruido de la cascada sucedió un silencio profundo. Sentí miedo. Reflexioné que el Rey debía tener el sueño ligero, como todos los viejos, y que probablemente le despertaría aquel silencio inusitado. En el tumulto de ideas que agitaba mi espíritu, recordé una escena de *El barbero de Sevilla*, donde Bartolo se despierta en cuanto deja de escuchar la música. Me deslicé a lo largo de los árboles hasta la escalera, y recorrí con los ojos el gabinete de Hadgi-Stavros. El Rey descansaba apaciblemente al lado de su chibudgi. Me deslicé hasta a veinte pasos de su abeto, escuché atentamente: todo dormía. Volví a mi dique, pasando por un charco de agua que me llegaba ya a los tobillos, y me incliné sobre el abismo.

La falda de la montaña brillaba imperceptiblemente. De trecho en trecho notábanse algunas cavidades donde el agua había quedado. Tomé nota de ellas: eran otros tantos sitios donde podía poner e pie. Volví a mi tienda, cogí mi caja, que estaba colgada encima de mi lecho, y me la colgué a la espalda. Al pasar por el sitio donde habíamos comido, recogí la cuarta parte de un panecillo y un pedazo de carne, no mojados todavía por el agua. Guardé estas provisiones en mi caja para mi desayuno del día siguiente. El dique resistía, la brisa debía de haber secado mi camino: eran cerca de las dos. Hubiese querido llevarme el puñal de Basilio por si tenía un mal encuentro. Pero estaba debajo del agua, y no perdí el tiempo en buscarlo. Me quité los zapatos, los até con los cordones y los colgué de las correas de la caja. Finalmente, después de haber pensado en todo, de haber echado una última ojeada a mis trabajos hidráulicos, de haber evocado los recuerdos de la casa paterna y enviado un beso en dirección de Atenas y de Mary-Ann, eché una pierna por encima del parapeto, cogí con las dos manos un arbusto que colgaba sobre el abismo y me puse en camino, encomendándome a Dios.

La tarea era ruda, más ruda de lo que había supuesto desde arriba. La roca, mal secada, me producía una sensación de frío húmedo, como el contacto de una serpiente. Había calculado mal las distancias, y los puntos de apoyo eran mucho más escasos de lo que esperaba. Dos veces me equivoqué de camino, inclinándome hacia la izquierda. Fué preciso

desandar lo andado, a través de dificultades increíbles. La esperanza me abandonó a menudo, pero no la voluntad. En una sombra me pareció ver un saliente y perdí pie, cayendo de quince o veinte pies de altura, apretando mis manos y todo mi cuerpo al costado de la montaña, sin encontrar dónde agarrarme. Una raíz de higuera me prendió por la manga de mi gabán: aquí tiene usted las señales. Un poco más allá, un pájaro, escondido en un agujero, surgió tan bruscamente por entre mis piernas, que por poco si el miedo no me hace caer de espaldas. Andaba con los pies y con las manos, sobre todo con las manos. Tenía los brazos deshechos, y sentía temblar todos los tendones como las cuerdas de un arpa. Mis uñas estaban tan cruelmente doloridas, que ya no las sentía. Acaso hubiese tenido más fuerza, de haber podido medir el camino que me quedaba; pero en cuanto volvía la cabeza se apoderaba de mí el vértigo y me sentía arrastrado a la inercia. Para sostener mi valor, me exhortaba a mí mismo, me hablaba alto con los dientes apretados. Me decía: «¡Un paso más por mi padre! ¡Un paso más por Mary-Ann! ¡Un paso más para confusión de los bandidos y la rabia de Hadgi-Stavros.»

Al fin, mis pies se apoyaron en una plataforma más amplia. Me pareció que el suelo había cambiado de color. Plegué las piernas, me senté y volví tímidamente la cabeza. No estaba más que a diez pasos del arroyo: había alcanzado las rocas rojas. Una superficie plana, con pequeños agujeros donde el agua se conservaba todavía, me permitió tomar

aliento y descansar un poco. Saqué mi reloj: no eran más que las dos y media. Yo hubiera creído que el viaje había durado tres noches. Me palpé brazos y piernas para ver si no estaba descabalado: en esta clase de expediciones se sabe con lo que se sale, pero no con lo que se llega. Había tenido suerte: algunas contusiones y dos o tres rozaduras, a esto se reducía mi deterioro. Quien había sufrido más era mi abrigo. Levanté los ojos, y todavía no para dar gracias al cielo, sino para asegurarme de que nada ocurría en mi domicilio. No oí más que algunas gotas de agua que se filtraban a través del dique. Todo iba bien; mi retaguardia estaba asegurada y sabía hacia dónde caía Atenas: ¡adiós, pues, Rey de las montañas!

Iba a saltar al fondo del barranco, cuando una forma blancuzca se levantó delante de mí y escuché los más furiosos ladridos que jamás han despertado los ecos a hora semejante. ¡Ay, señor!, no había contado con los perros de mi carcelero. Estos enemigos del hombre rondaban a todas horas alrededor del campamento, y uno de ellos me había olido. El furor y el odio que me inspiró su encuentro no puede describirse: no se detesta hasta este punto a un ser irracional. Hubiese preferido encontrarme cara a cara con un lobo, un tigre o un oso blanco, nobles fieras que me hubieran comido sin decir una palabra; pero que no me hubiesen denunciado. Los animales feroces salen de caza para sí mismos; pero ¿qué pensar de este horrible perro, que iba a devorarme ruidosamente para adular a Hadgi Stavros?

Lo acribillé a injurias, le arrojé los nombres más odiosos; pero todo en vano: hablaba más alto que yo. Cambié de tono, probé con buenas palabras, le interpelé dulcemente en griego, en la lengua de sus padres: él no sabía más que una respuesta a todas mis palabras, y su respuesta estremecía la montaña. Se me ocurrió callarme; él se calló. Me tumbé entre los charcos de agua; él se extendió al pie de la roca gruñendo entre dientes. Fingí dormir; él se durmió. Me dejé deslizar insensiblemente hacia el arroyo; él se levantó de un salto, y apenas tuve el tiempo justo de volver a encaramarme en mi pedestal. Mi sombrero quedó entre las manos o, más bien, entre los dientes del enemigo. ¡Un instante después no era más que una mermelada, una papilla de sombrero! ¡Pobre sombrero! Le compadecía; me ponía en su lugar. Si hubiese podido salir del negocio sólo mediante algunos mordiscos, no me hubiera importado mucho; le hubiera concedido al perro su parte. ¡Pero estos monstruos no se contentan con morder a las gentes, sino que se las comen!

Se me ocurrió que acaso tuviese hambre; que si conseguía hartarle me mordería probablemente aún; pero que no me comería. Tenía provisiones, y las sacrifiqué; lo único que sentía es no tener cien veces más. Le lancé la mitad del pan y se lo tragó como si fuese un abismo: imagínese usted un guijarro que cae en un pozo. Yo miraba triste lo poco que me quedaba que ofrecerle, cuando reconocí en el fondo de la caja un paquete blanco que me sugirió algunas ideas. Era una pequeña provisión de arsénico

destinada a mis preparaciones zoológicas. Me servía de ella para disecar los pájaros; pero ninguna ley me prohibía deslizar algunos gramos en la envoltura de un perro. Mi interlocutor, lleno de apetito, no deseaba otra cosa que proseguir su comida. «¡Espera—le dije—, vóy a servirte un plato a mi gusto!...» El paquete contenía unos treinta y cinco gramos de un bonito polvo blanco y brillante. Vertí cinco o seis en un pequeño depósito de agua clara, y coloqué el resto en mi bolsillo. Desleí cuidadosamente la parte del animal; esperé que el ácido arsenioso estuviese bien disuelto; introduje en la solución un pedazo de pan, que la absorbió toda como si fuese una esponja. El perro se lanzó con buen apetito y se tragó su muerte de un bocado.

Pero ¿por qué no me había yo provisto de un poco de estricnina o de cualquier otro buen veneno más fulminante que el arsénico?

Eran más de las tres, y los ensayos de mi invención se hicieron esperar cruelmente. Hacia la media, el perro se puso a aullar con todas sus fuerzas. Yo no iba ganando mucho con ello: ladridos y aullidos, gritos de furor o gritos de angustia, iban todos al mismo punto; es decir, a los oídos de Hadgi Stavros. Pronto el animal se retorció en convulsiones horribles; echaba espuma por la boca; tenía náuseas, y hacía esfuerzos violentos para expulsar el veneno que le devoraba. Era un espectáculo muy grato para mí; yo saboreaba golosamente el placer de los dioses; pero sólo la muerte del enemigo podía salvarme, y la muerte parecía hacerse rogar. Espe-

raba que, vencido por el dolor, acabaría por dejarme pasar; pero se encarnizaba contra mí, y me enseñaba su boca, babosa y sanguinolenta, como para reprocharme mis presentes y decirme que no moriría sin venganza. Le lancé mi pañuelo de bolsillo, y lo desgarró tan vigorosamente como mi sombrero. El cielo comenzaba a aclararse, y yo sospechaba que había cometido un asesinato inútil. Una hora más, y los bandidos estarían encima de mí. Levanté la cabeza hacia el cuarto maldito que había abandonado sin pensamiento de volver, y al cual el poder de un perro iba a volverme. Una catarata formidable me arrojó de bruces contra el suelo.

Terrones de césped, guijarros, fragmentos de roca, rodaron en torno mío con un torrente de agua glacial. El dique se había roto, y el lago entero se vaciaba sobre mi cabeza. Un temblor se apoderó de mí: cada ola se llevaba al pasar algunos grados de mi calor animal, y mi sangre se iba poniendo tan fría como la sangre de un pez. Echo una mirada sobre el perro: continuaba al pie de mi roca luchando contra la muerte, contra la corriente, contra todo, con la boca abierta y los ojos fijos en mí. Era preciso acabar de una vez. Desaté mi caja, la cogí por las dos correas y golpeé con tal furor aquella repugnante cabeza, que el enemigo me abandonó el campo de batalla. El torrente le cogió de lado, le hizo dar dos o tres vueltas sobre sí mismo, y le arrastró no sé adónde.

Salto entonces al agua: me llegaba hasta medio cuerpo; me agarro a las rocas de la orilla; salgo de

la corriente; gano la orilla; me sacudo y grito: «¡Hurra por Mary-Ann!» Cuatro bandidos salen de la tierra y me cogen por el cuello, diciendo:

— ¡Ya estás aquí, asesino! ¡Venid todos! ¡Ya ha caído en nuestras manos! ¡El Rey quedará contento! ¡Basilio será vengado!

Parece que, sin saberlo, había ahogado a mi amigo Basilio.

En aquel tiempo yo no había matado todavía hombres: Basilio era el primero. Después he derribado bastantes defendiéndome, y únicamente para salvar mi vida; pero Basilio es el único que me ha dejado remordimientos, aunque su fin fuese el resultado de una imprudencia bastante inocente. ¡Usted sabe lo que es el primer paso! Ningún asesino descubierto por la policía, y llevado de puesto en puesto hasta el teatro de su crimen, bajó la cabeza más humildemente que yo. No me atrevía a levantar los ojos frente a las buenas personas que me habían detenido; no me sentía con fuerzas para sostener sus miradas acusadoras; presentía, temblando, una prueba temible; estaba seguro de que comparecería delante de mi juez, y que me pondrían en presencia de mi víctima. ¿Cómo afrontar las cejas del Rey de las montañas después de lo que había hecho? ¿Cómo ver de nuevo, sin morir de vergüenza, el cuerpo inanimado del infeliz Basilio? Más de una vez se me doblaron las rodillas, y me hubiese quedado por el camino sin los puntapiés que me escoltaban por detrás.

Atravesé el campamento desierto, el gabinete del

Rey, ocupado por algunos heridos, y bajé o, más bien, caí hasta el pie de la escalera de mi cuarto. Las aguas se habían retirado, dejando manchas de fango en todos los muros y en todos los árboles. Un último charco quedaba todavía en el sitio de donde había arrancado el césped. Los bandidos, el Rey y el monje se hallaban de pie, en círculo, alrededor de un objeto gris y fangoso, cuya vista me puso los pelos de punta: era Basilio. ¡Que el cielo le libre a usted, caballero, de ver nunca un cadáver de su mano! El agua y el barro, al escurrirse, habían depositado una capa a su alrededor. ¿Ha visto usted alguna vez una mosca grande que lleva tres o cuatro días cogida en una tela de araña? La confeccionadora de las redes, viendo que no puede deshacerse de semejante huésped, lo envuelve en una madeja de hilos grisáceos, y los cambia en una masa informe y difícil de conocer: tal era Basilio algunas horas después de haber cenado conmigo. Le encontré a diez pasos del lugar en que me había despedido de él. No sé si los bandidos le habían cambiado de sitio, o si él mismo se había movido en las convulsiones de la agonía; sin embargo, me inclino a creer que su muerte había sido dulce. Lleno de vino como se hallaba, ha debido sucumbir sin lucha, de alguna buena congestión cerebral.

Un murmullo de mal agüero saludó mi llegada. Hadgi Stavros, pálido y con la frente crispada, salió a mi encuentro, me cogió por la muñeca izquierda, y tiró de mí tan violentamente, que por poco si no me desarticula el brazo. Me arrojó en medio del

círculo con tal viveza, que estuve a punto de poner el pie encima de mi víctima; me eché atrás vivamente.

— ¡Mire!—me gritó con voz de trueno—; ¡mire lo que ha hecho! ¡Alégrese usted de su obra! ¡Hártese usted de contemplar su crimen! ¡Desgraciado! ¿Pero adónde va ir usted a parar? ¿Quién me hubiese dicho el día en que le recibí que abría mis puertas a un asesino?

Balbucí algunas excusas; intenté demostrar al juez que sólo era culpable de mi imprudencia. Me acusé sinceramente de haber embriagado a mi guardián para escapar a su vigilancia y poder huir sin obstáculo de mi prisión; pero me defendí del crimen de asesinato. ¿Era culpa mía si la crecida de las aguas lo había ahogado una hora después de mi partida? La prueba de no haberle querido hacer ningún daño es que no le había dado ni una sola puñalada cuando estaba borracho perdido, y sus armas se hallaban entre mis manos. Podían lavar su cuerpo y convencerse de que estaba sin heridas.

—¡Al menos—replicó el Rey—, confiese que su imprudencia es muy egoísta y culpable! Nadie amenazaba la vida de usted; no se le retenía aquí más que por una suma de dinero, y se ha fugado usted por avaricia; ha pensado usted economizarse algunos escudos, ¡y no se ha ocupado de este pobre miserable, a quien dejaba morirse detrás de usted! ¡No se ha preocupado usted de mí, a quien privaba de un auxiliar indispensable! ¿Y qué día ha escogido usted para traicionarnos? ¡El día en que todas las desgra-

cias nos asaltan a la vez: en que acabo de sufrir una derrota; en que he perdido mis mejores soldados; en que Sófocles está herido; en que el corfiota está moribundo; en que el joven Spiro, con quien contaba, ha perdido la vida; en que todos mis hombres están cansados y sin ánimos! ¡En este momento ha tenido usted el valor de arrebatarme mi Basilio! ¿Es que carece usted de sentimientos humanos? ¿No era cien veces mejor pagar honradamente su rescate, como conviene a un buen prisionero, que autorizar a que se diga que ha sacrificado usted la vida de un hombre por quince mil francos?

—¡Vaya una cosa!—exclamé yo a mi vez—; me parece que ha matado usted a bastantes más y por menos.

Él replicó con dignidad:

—Es mi oficio, caballero; usted no estaba en el mismo caso. Yo soy bandido, y usted es doctor. Yo soy griego, y usted es alemán.

Nada tenía que responder a esto. El temblor de todas las fibras de mi corazón me hacia sentir claramente que no habia nacido ni estaba educado para la profesión de matador de hombres. El Rey, alentado por mi silencio, elevó la voz y prosiguió de esta manera:

—¿Sabe usted, desgraciado joven, quién era la criatura excelente cuya muerte ha causado usted? Descendía de esos heroicos bandidos de Suli, que han sostenido tan crudas guerras por la religión y por la patria contra Alí de Tebelen, bajá de Janina. Desde hace cuatro generaciones, todos sus antecesores

han sido ahorcados o decapitados; ni uno ha muerto en la cama. Todavía no hace seis años, pereció su propio hermano en el Epiro a consecuencia de una sentencia de muerte: había asesinado a un musulmán. La devoción y el valor son hereditarios en su familia. Nunca ha dejado Basilio de cumplir sus deberes religiosos. Daba a las iglesias, daba a los pobres. El día de Pascua encendía un cirio más grueso que todos los demás. Se hubiera dejado matar antes que violar la ley del ayuno o comer carne en día de abstinencia. Estaba haciendo economías para retirarse a un convento del monte Athos. ¿Lo sabía usted?

Confesé humildemente que lo sabía.

—¿Sabía usted que era el más resuelto de mis compañeros? No quiero disminuir el mérito personal de los que me escuchan; pero Basilio era de una abnegación ciega, de una obediencia intrépida, de un celo a prueba de todas las circunstancias. Ninguna empresa era demasiado dura para su valor; ninguna ejecución repugaba a su fidelidad. Hubiera degollado a todo el reino si se lo hubiese mandado. Habría arrancado un ojo a su mejor amigo a una señal de mi dedo meñique. ¡Y lo ha matado usted! ¡Pobre Basilio! Cuando tenga que quemar una aldea, que poner sobre ascuas a un avaro, que cortar una mujer en pedazos, que desollar vivo un niño, ¿quién te reemplazará?

Todos los bandidos, electrizados por esta oración fúnebre, exclamaron unánimemente:

—¡Nosotros! ¡Nosotros!

Los unos tendían sus brazos hacia el rey, los otros

desenvainaban sus sables, los más celosos me apuntaron con sus pistolas. Hadgi-Stavros puso un freno a su entusiasmo: me protegió con su cuerpo como una muralla, y prosiguió su discurso en estos términos:

—Consuélate, Basilio; no quedarás sin venganza. Si sólo escuchase mi dolor, ofrecería a tus manes la cabeza del asesino; pero vale quince mil francos, y esta idea me contiene. Tú mismo, si pudieses usar de la palabra como en nuestros consejos, me suplicarías que preservase sus días y rechazarías una venganza tan costosa. No son las circunstancias en que tu muerte nos ha dejado propias para hacer locuras y para tirar el dinero por la ventana.

Se detuvo un momento; yo respiré.

—Pero—continuó el Rey—yo sabré conciliar el interés con la justicia. Castigaré al culpable sin arriesgar el capital. Su escarmiento será el más bello adorno de tus funerales, y desde la elevada mansión de los palíkaros, adonde tu alma ha volado, contemplarás con gozo un suplicio expiatorio que no nos costará un céntimo.

Esta peroración entusiasmó al auditorio. Todo el mundo quedó encantado, excepto yo. Me devanaba los sesos procurando adivinar lo que el Rey me reservaba, y me sentía tan poco seguro, que mis dientes castañeteaban como para romperse. Ciertamente, debía considerarme afortunado de salvar la vida, y la conservación de mi cabeza no me parecía una ventaja insignificante. Pero conocía la imaginación inventiva de los helenos de camino real. Sin darme la

muerte, podia Hadgi-Stavros infligirme un castigo que me hiciese aborrecer la vida. El viejo malvado se negó a decirme qué suplicio me preparaba. Hasta tal punto no se compadeció de mis angustias, que me obligó a presenciar los funerales de su teniente.

El cuerpo fué despojado de sus vestiduras, transportado junto a la fuente, y lavado en el agua corriente. Las facciones de Basilio apenas habian cambiado; su boca, entreabierta, conservaba todavía la sonrisa del borracho; en sus ojos abiertos se mantenía una mirada estúpida. Los miembros no habían perdido su flexibilidad; la rigidez cadavérica se hace esperar largo tiempo en los individuos que mueren por accidente.

El cafedgi del Rey y su porta-chibuque procedieron a vestir al muerto. Hadgi-Stavros corrió con los gastos en calidad de heredero. Basilio no tenia familia, y todos sus bienes le correspondian al Rey. Revistieron al cuerpo de una camisa fina, de una falda de hermoso percal y de una chaqueta bordada de plata. Encerraron sus cabellos húmedos en un bonete casi nuevo. Ajustaron a sus piernas, que no debian correr más, polainas de seda roja. Le calzaron los pies con babuchas de piel de Rusia. Nunca en su vida habia estado tan guapo y tan limpio el pobre Basilio. Pasaron sus labios con carmín; le pintaron con blanco y rojo, como si fuese un joven galán que se dispone a entrar en escena. Durante toda la operación, la orquesta de los bandidos ejecutaba un aire lúgubre que ha debido escuchar usted más de una vez en las calles de Atenas. Me felicito de no

haber muerto en Grecia, pues es una música abominable, y nunca me consolaría de haber sido enterrado a los acordes de esta música.

Cuatro bandidos se pusieron a cavar una fosa en medio del cuarto, en el lugar en que había estado emplazada la tienda de la señora Simons, y en el sitio donde Mary-Ann había dormido. Otros dos corrieron al almacén a buscar cirios, que distribuyeron a la concurrencia. Yo recibí uno como los demás. El monje entonaba el oficio de difuntos. Hadgi-Stavros salmodiaba el responso con una voz firme que me removía hasta el fondo del alma. Corría un poco de viento, y la cera de mi cirio caía sobre mi mano en lluvia ardiente; pero, ¡ay!, era bien poca cosa al lado de lo que me esperaba. Me hubiese abonado con gusto a aquel dolor si la ceremonia hubiese podido no acabar nunca.

Acabó, sin embargo. Pronunciada la última oración, el Rey se acercó solemnemente a las parihuelas donde estaba depositado el cadáver y le besó en la boca. Los bandidos, uno a uno, siguieron su ejemplo. Me estremecía a la idea de que me llegase mi vez. Me escondí detrás de los que habían ya pasado; pero el Rey me vió y me dijo:

—Ahora le toca a usted. ¡Vaya usted! ¡Bien le debe usted esto!

¿Era esta la expiación con que me había amenazado? Un hombre justo se hubiese contentado con menos. Le juro a usted, caballero, que no es un juego de niños besar los labios de un cadáver, sobre todo cuando se reprocha uno el haberlo matado.

Avancé hacia el féretro; contemplé frente a frente este rostro, cuyos ojos abiertos parecían burlarse de mi confusión; incliné la cabeza y rocé ligeramente los labios. Un bandido jocoso me empujó por la nuca. Mi boca se aplastó contra la boca fría; sentí el contacto de sus dientes de hielo y me levanté transido de espanto, guardando en mis labios no sé qué sabor de muerte que ahora, en el momento de hablarle, me aprieta todavía la garganta. Las mujeres son muy dichosas: tienen el recurso de desmayarse.

Entonces bajaron a tierra el cadáver. Le arrojaron un puñado de flores, un pan, una manzana y algunas gotas de vino de Egina: las cosas de que menos necesidad tenía. La fosa quedó cerrada más pronto de lo que yo hubiese querido. Un bandido hizo observar que hacían falta dos palos para una cruz. Hadgi-Stavros le respondió:

—Está tranquilo; pondremos los palos del milord.

Ya puede usted imaginarse cómo me resonaba el corazón en el pecho. ¿Qué palos eran aquellos? ¿Qué había de común entre los palos y yo?

El Rey hizo una señal a su chibudgi, que corrió a las oficinas y volvió con dos largas varas de laurel de Apolo. Hadgi-Stavros cogió las parihuelas fúnebres y las llevó sobre la tumba. Las apoyó en la tierra recién removida, las hizo levantar por un extremo, mientras con el otro tocaba en el suelo, y me dijo sonriente:

—Estoy trabajando para usted. Haga usted el favor de descalzarse.

Debió leer en mis ojos una interrogación llena de

angustia y de espanto, pues respondió a la pregunta que yo no osaba dirigirle:

—No soy malo, y he detestado siempre los rigores inútiles. Por eso quiero imponerle un castigo que nos aproveche, dispensándonos de vigilarle en adelante. Desde hace algunos días está usted rabioso por evadirse. Espero que, cuando haya recibido veinte palos sobre las plantas de los pies, no tendrá usted necesidad de vigilante, y su afición a los viajes se calmará por algún tiempo. Es un suplicio que conozco: los turcos me lo han hecho sufrîr en mi juventud, y sé por experiencia que no mata. Se sufre mucho; gritará usted, se lo advierto; Basilio le escuchará desde el fondo de su tumba, y quedará contento de nosotros.

A este anuncio, mi primera idea fué usar de mis piernas, mientras podía aún disponer libremente de ellas. Pero mi voluntad estaba, sin duda, muy enferma, pues me fué imposible poner un pie delante del otro. Hadgi-Stavros me levantó en alto con tanta ligereza como cogemos un insecto en un camino. Me sentí atar y descalzar antes que un pensamiento salido de mi cerebro tuviese tiempo de llegar a la extremidad de mis miembros. No sé ni sobre qué apoyaron mis pies ni cómo impidieron que me los llevase a la cabeza al primer palo. Vi que las dos varas daban vueltas delante de mí: la una a la derecha, y la otra a la izquierda; cerré los ojos, y esperé. No esperé, de seguro, la décima parte de un segundo, y, sin embargo, en tan breve espacio tuve tiempo de enviar una bendición a mi padre, un beso a

Mary-Ann y más de cien mil imprecaciones para que la señora Simons y John Harris se las repartieran.

No me desmayé un solo instante; es una cualidad de que carezco, ya se lo he dicho a usted. De modo que no se perdió nada. Sentí todos los palos, uno después de otro. El primero fué tan furioso, que creí que nada les quedaría a los sucesivos. Me cogió por el medio de la planta de los pies, bajo esa pequeña bóveda elástica que precede al talón y que soporta el cuerpo del hombre.

No fué el pie lo que me dolió esta vez; pero creí que los huesos de mis pobres piernas iban a saltar en astillas. El segundo me alcanzó más bajo, precisamente bajo los talones; me dió una sacudida profunda, violenta, que hizo estremecerse toda la columna vertebral y llenó de un tumulto espantoso mi cerebro palpitante y mi cráneo, pronto a estallar. El tercero cayó recto sobre los dedos y produjo una sensación aguda y lancinante que me estremeció toda la parte anterior del cuerpo y me hizo creer un momento que la extremidad del palo había venido a levantarme la punta de la nariz. En este momento, me parece, fué cuando brotó la sangre por primera vez. Los golpes se fueron sucediendo en el mismo orden y en los mismos sitios, a intervalos iguales. Tuve bastante valor para callarme a los dos primeros; grité al tercero; aullé al cuarto; gemí al quinto y a los siguientes. Al décimo, la carne misma no tenía ya la fuerza necesaria para quejarse: me callé. Pero el anonadamiento de mi vigor físico no disminuyó en nada la nitidez de mis percepciones. Hu-

biera sido incapaz de levantar los párpados, y, sin embargo, el más ligero ruido llegaba con precisión exagerada a mis oidos. No perdí una palabra de lo que se decía a mi alrededor. Es una observación de la que me acordaré más tarde si practico la medicina. Los doctores no tienen escrúpulo en condenar a un enfermo a cuatro pasos de su cama, sin pensar que el pobre infeliz tiene acaso todavía bastante oido para escucharles. Oí a un joven bandido que decía al Rey:

—Está muerto. ¿Para qué fatigar a dos hombres sin utilidad?

Hadgi-Stavros respondió:

—No temas nada; yo he recibido sesenta seguidos, y dos días después danzaba la romaica.

—¿Cómo te arreglaste?

—Usé la pomada de un renegado italiano llamado Luidgi-Bey... ¿En dónde estamos? ¿Cuántos palos van?

—Diez y siete.

—Otros tres más, hijos míos; y cuidad los últimos.

En vano el palo se esforzó por hacerse sentir: los últimos golpes caían sobre materia ensangrentada, pero insensible. El dolor me había casi paralizado. Me levantaron de la camilla, desataron las cuerdas, fajaron mis pies en compresas de agua fresca, y, como yo sentía una sed de herido, me hicieron beber un gran vaso de vino. Con la fuerza, la cólera se apoderó de mí. No se si a usted le ocurre como a mí; pero nada conozco tan humillante como un castigo físico. No soporto que el soberano del mundo

pueda convertirse por un instante en esclavo de un vil palo. Haber nacido en el siglo XIX, manejar el vapor y la electricidad, poseer una buena mitad de los secretos de la naturaleza, conocer a fondo cuanto la ciencia ha inventado para el bienestar y la seguridad del hombre, saber cómo se cura la fiebre, cómo se previene la viruela, cómo se deshace la piedra en la vejiga, y no poder defenderse de un palo, ¡es demasiado fuerte! Si hubiese sido soldado y me hubieran sometido a los castigos corporales, hubiese inevitablemente matado a mis jefes.

Cuando me vi sentado en la tierra fangosa, con los pies encadenados por el dolor, con las manos muertas; cuando miré en torno mio a los hombres que me habian golpeado, al que había dado la orden de golpearme y a los que habían visto cómo era golpeado, la cólera, la vergüenza, el sentimiento de la dignidad ultrajada, de la justicia violada, de la inteligencia tratada bárbaramente, un sentimiento de odio, de rebelión y de venganza exaltó mi cuerpo debilitado. Lo olvidé todo: cálculo, interés, prudencia, porvenir; levanté la compuerta a todas las verdades que me ahogaban; un torrente de injurias quemantes subió recto a mis labios, mientras el derrame de la bilis me cubría de espuma amarilla hasta lo blanco de mis ojos. Ciertamente, yo no soy orador, y mis estudios solitarios no me han ejercitado en el manejo de la palabra; pero la indignación, que ha hecho poetas, me prestó por un cuarto de hora la elocuencia salvaje de aquellos prisioneros cántabros que entregaban el alma con injurias y

escupían su último suspiro al rostro de los romanos vencedores. Todo lo que puede ultrajar a un hombre en su orgullo, en su ternura y en sus sentimientos más queridos, se lo dije al Rey de las montañas. Le puse en el número de los animales inmundos, y le negué hasta la denominación de hombre. Le insulté en su madre, y en su mujer, y en su hija, y en toda su posteridad. Quisiera repetirle a usted textualmente todo lo que le obligué a escuchar; pero me faltan las palabras ahora que estoy tranquilo. Entonces inventé vocablos nuevos de todas clases, que no estaban en el diccionario, y, sin embargo, eran comprendidos, pues el auditorio de presidiarios aullaba bajo mis palabras, como una jauría de perros bajo el látigo del que la conduce. Pero en vano vigilaba el rostro del viejo palikaro, en vano espiaba todos los músculos de su cara y observaba ávidamente todas las arrugas de su frente: no sorprendí la huella de una emoción. Hadgi-Stavros no pestañeaba más que un busto de mármol. Respondía a todos mis ultrajes con la insolencia del desprecio. Su actitud me exasperó hasta la locura. Por un instante se apoderó de mí el delirio. Una nube roja como la sangre pasó por delante de mis ojos. Me levanto bruscamente sobre mis pies llagados, veo una pistola en el cinturón de un bandido, la arranco, la armo, apunto al rey a boca de jarro, sale el disparo y yo caigo de espaldas murmurando:

—¡Estoy vengado!

El mismo fué quien me levantó. Yo le contemplé con estupefacción tan profunda, como si lo hubiese

visto salir de los infiernos. No parecía conmovido y sonreía tranquilamente como un inmortal. Y, sin embargo, caballero, mi puntería no había fallado. Mi bala le había herido en la frente, un centímetro por encima de la ceja izquierda: una huella sangrienta lo atestiguaba. Pero, bien porque el arma estuviese mal cargada, bien porque la pólvora fuese de mala calidad, ya más bien por haber resbalado el proyectil sobre el hueso del cráneo, ¡mi pistoletazo no le hizo más que una desolladura!

El monstruo invulnerable me sentó suavemente en tierra, se inclinó hacia mí, me tiró de la oreja y me dijo:

—¿Por qué intenta usted lo imposible, joven? Ya le había advertido que tenía la cabeza a prueba de balas, y usted sabe que no miento nunca. ¿No le han contado a usted también que Ibrahim me había mandado fusilar por siete egipcios y que se había quedado sin mi pellejo? ¡Supongo que no tendrá usted la pretensión de ser más fuerte que siete egipcios! Pero ¿sabe usted que tiene la mano ligera para ser un hombre del Norte? Es usted muy vivo. ¡Caramba! Si mi madre, de quien tan ligeramente ha hablado usted hace un momento, no me hubiese construído con solidez, era hombre perdido. Cualquier otro en mi lugar hubiese muerto sin decir estaboca es mía. Por mi parte, estas cosas me rejuvenecen. Me acuerdo de mis buenos tiempos. A su edad exponía yo la vida cuatro veces al día, y eso no me impedía hacer mejor las digestiones. Vamos, no le guardo a usted rencor, le perdono su movi-

miento de vivacidad. Pero como todos mis súbditos no están a prueba de bala, y podría usted dejarse llevar a alguna nueva imprudencia, aplicaremos a sus manos el mismo tratamiento que a sus pies. Nada impediría que comenzásemos inmediatamente; sin embargo, esperaré hasta mañana, en interés de su salud. Ya ve usted que el palo es un arma cortés que no mata a nadie; usted mismo acaba de probar que un hombre apaleado vale por dos. La ceremonia de mañana le dará a usted ocupación. Los prisioneros no saben en qué pasar el tiempo. La ociosidad es quien le ha dado a usted malos consejos. Por lo demás, esté usted tranquilo: en cuanto llegue su rescate, curaré sus llagas. Todavía me queda bálsamo de Luidgi-Bey. Al cabo de dos días no se conocerá nada, y podrá usted danzar en el baile de palacio sin que sus amigas sepan que van en los brazos de un caballero apaleado.

Yo no soy un griego, y las injurias me hieren tan vivamente como los golpes. Le enseñé el puño al viejo malvado y le grité con todas mis fuerzas:

—¡No, miserable, mi rescate no será pagado jamás! ¡No! ¡No he pedido dinero a nadie! De mí no tendrás más que la cabeza, que no te servirá de nada. Cógela inmediatamente si te da la gana. Sería mejor para mí y para ti también. Me ahorrarás dos semanas de torturas y la repugnancia de verte, que es la peor de todas. Economizarás lo que gastes en alimentarme durante quince días. ¡No dejes de hacerlo; es el único beneficio que puedes obtener de mí!

Sonrió, encogióse de hombros y dijo:

—¡Ta, ta, ta, ta! ¡Qué jóvenes! ¡Extremados en todo! Echan la soga tras el caldero. Si le escuchase, me habría de arrepentir dentro de ocho días y usted también. Las inglesas pagarán, estoy seguro. Conozco todavía a las mujeres, aunque haga mucho tiempo que vivo retirado. ¿Qué se diría si hoy le matase a usted y mañana llegase el rescate? Correría la voz de que he faltado a mi palabra, y mis prisioneros futuros se dejarían degollar como corderos sin pedir un céntimo a sus parientes. ¡No hay que estropear el oficio!

—¡Ah! Crees tú, hombre habilidoso, que las inglesas te han pagado. ¡Sí, te han pagado como mereces!

—Es usted muy bondadoso.

—¡Su rescate te costará ochenta mil francos, ¿entiendes? ¡Ochenta mil francos fuera de tu bolsillo!

—¡No diga usted esas cosas! Parece como si le hubiesen dado los palos en la cabeza.

—Digo la verdad. ¿Te acuerdas del nombre de tus prisioneras?

—No, pero lo tengo por escrito.

—Voy a refrescar tu memoria. La señora de edad se llamaba Simons.

—¿Y qué?

—Asociada de la casa Barley, de Londres.

—¿Mi banquero?

—Justamente.

—¿Cómo sabes el nombre de mi banquero?

—¿Por qué has dictado tu correspondencia delante de mí?

—Después de todo, ¿qué me importa? No pueden

robarme; no son griegos, son ingleses; los tribunales... Les pondré pleito.

—Y lo perderás. Tienen un recibo.

—Es verdad. Pero ¿por qué fatalidad les he dado un recibo?

—¡Porque yo te lo he aconsejado, pobre hombre!

—¡Miserable! ¡Perro mal bautizado! ¡Cismático del infierno! ¡Me has arruinado! ¡Me has hecho traición! ¡Me has robado! ¡Ochenta mil francos! ¡Yo soy responsable! ¡Si al menos los Barley fueran banqueros de la Compañía! No perdería más que mi parte. Pero no tienen más que mis capitales; lo perderé todo. ¿Estás seguro, por lo menos, de que esta señora está asociada a la casa Barley?

—Tan seguro como de morir hoy.

—No, hasta mañana no morirás. No has sufrido bastante. Se hará daño por valor de ochenta mil francos. ¿Qué suplicio inventar? ¡Ochenta mil francos! Ochenta mil muertes serían pocas. ¿Qué hice a aquel traidor que me robó cuarenta mil? Bah, ¡un juego de niños, una broma! ¡No ha estado aullando ni dos horas! Inventaré algo mejor. Pero ¿y si hubiese dos casas del mismo nombre?

—¡Cavendish-Square, 31!

—Sí, allí es. ¡Imbécil! ¿Por qué no advertirme en vez de hacerme traición? Les hubiera pedido doble. Hubieran pagado: tienen recursos para ello. No les hubiera dado recibo: jamás los daré... ¡No! ¡No! ¡Es la última vez!... He recibido cien mil francos de la señora Simons: ¡qué frase tan estúpida! ¿Soy yo quien ha dictado esto?... ¡Pero ahora me acuerdo!

¡No he firmado!... Sí, pero mi sello vale por una firma: tienen numerosas cartas mías. ¿Por qué me pediste ese recibo? ¿Qué esperabas de esas mujeres? Los quince mil francos de tu rescate... ¡Por todas partes el egoísmo! Te hubieses debido franquear conmigo. Y te hubiese soltado de balde, te hubiese pagado encima. Si, como dices, eres pobre, debes saber lo bueno que es el dinero. ¿Te puedes tú solamente imaginar una suma de ochenta mil francos? ¿Sabes qué masa forma esto en una habitación; cuántas piezas de oro representa? ¿Y cuánto dinero puede ganarse en los negocios con ochenta mil francos? ¡Es una fortuna, desgraciado! ¡Me has robado una fortuna! Has despojado a mi hija, la única criatura a quien amo en el mundo. Para ella es para quien trabajo. Y, si tú conoces mis negocios, debes saber que corro por la montaña durante todo un año para ganar cuarenta mil francos. Me has sustraído dos años de mi vida: ¡es como si hubiese dormido durante dos años!

¡Al fin había encontrado yo la cuerda sensible! El viejo palikaro estaba herido en el corazón. Sabía que mi suerte estaba echada, no esperaba perdón, y, sin embargo, experimentaba un placer amargo en trastornar aquella máscara impasible y aquel rostro de piedra. Me gustaba seguir en los surcos de su cara el movimiento convulsivo de la pasión, como el náufrago perdido en un mar furibundo admira de lejos la ola que debe tragárselo. Yo era como una caña que piensa, a quien el universo brutal aplasta con su masa, y que se con-

suela al morir con la conciencia altiva de su superioridad. Me decía con orgullo: «Pereceré en las torturas, pero soy dueño de mi dueño y verdugo de mi verdugo.»

VII

John Harris

El Rey contemplaba su venganza como un hombre que lleva tres días en ayunas contempla una buena comida. Iba examinando uno por uno todos los platos; quiero decir, todos los suplicios; se pasaba la lengua por los labios secos, pero no sabía por dónde comenzar ni qué escoger. Hubiérase dicho que el exceso de hambre le quitaba el apetito. Se golpeaba la cabeza como para que de ella le brotase algo; pero las ideas salían tan rápidas y tan apretadas, que era difícil coger una al paso.

— Hablad vosotros — gritó a sus súbditos —. Aconsejadme. ¿Para qué serviréis si no sois capaces de indicarme algo? ¿Esperaré que el corfiota haya vuelto, o que Basilio eleve su voz desde el fondo de su tumba? ¡Encontradme, animales, un suplicio de ochenta mil francos!

El joven chibudgi dijo a su amo:

— Se me ocurre una idea. Tienes un oficial muer-

to, otro ausente y un tercero herido. Saca sus plazas a concurso. Prométenos que quienes sepan vengarte mejor sucederán a Sófocles, al corfiota y a Basilio.

Hadgi-Stavros sonrió complacido a esta ocurrencia. Acarició la barbilla del muchacho y le dijo:

— ¡Eres ambicioso, pequeño! ¡Está bien! La ambición es el acicate del valor. ¡Aceptado el concurso! Es una idea moderna, una idea de Europa; me gusta. Para recompensarte, darás tu parecer el primero, y si encuentras algo bueno, Basilio no tendrá otro sucesor que tú.

— Quisiera — dijo el muchaeho — arrancarle algunos dientes al milord, ponerle un bocado en la boca y hacerle correr embridado hasta que cayese de cansancio.

—Tiene los pies demasiado malos; caería al segundo paso. ¡A ver vosotros! Tamburis, Mustakas, Colzida, Milotis; hablad, os escucho.

— Yo — dijo Colzida — le rompería huevos hirviendo bajo los sobacos. Ya probé esto en una mujer de Megara, y he pasado un buen rato.

— Yo — dijo Tamburis — lo tumbaría en tierra con un pedrusco de quinientas libras sobre el pecho. Se saca la lengua y se escupe sangre; resulta bastante divertido.

— Yo — dijo Milotis — le echaría vinagre en las narices y le clavaría espinas debajo de todas las uñas. Se estornuda que es un encanto y no se sabe dónde meter las manos.

Mustakas era uno de los cocineros de la banda.

Propuso hacerme cocer a fuego lento. El rostro del Rey se iluminó.

El monje asistía a la conferencia y dejaba que hablasen sin dar su parecer. Sin embargo, se apiadó de mí hasta donde lo permitía su sensibilidad, y vino en mi auxilio hasta donde lo permitía su inteligencia.

— Mustakas — dijo — es demasiado malo. Se puede muy bien torturar al señor sin quemarle vivo. Si lo alimentaseis con carne salada, sin permitirle beber, duraría mucho tiempo, sufriría mucho, y el Rey satisfaría su venganza sin incurrir en la de Dios. Es un consejo desinteresado que os doy; nada va a reportarme; pero quisiera que todo el mundo quedase contento puesto que el monasterio ha cobrado el diezmo.

— ¡Oídme! — interrumpió el cafedgi —. Buen viejo, tengo una idea mejor que la tuya. Condeno al señor a morir de hambre. Los demás pueden hacerle todo el daño que gusten; no seré yo quien lo impida. Pero me pondré de centinela delante de su boca y cuidaré de que no entre ni una gota de agua ni una migaja de pan. Las fatigas redoblarán su hambre, las heridas encenderán su sed, y todo el trabajo de los demás resultará al cabo en provecho mío. ¿Qué dices tú, señor? ¿Está bien pensado y me darás la sucesión de Basilio?

— ¡Idos todos al diablo! — dijo el Rey. ¡Razonaríais con menos tranquilidad si el infame os hubiese robado ochenta mil francos! Llevadle al campamento y divertíos con él. ¡Pero pobre del torpe que

lo mate por imprudencia! Este hombre no debe morir más que a mis manos. Aspiro a que me reembolse en placer lo que me ha cogido en dinero. Verterá gota a gota la sangre de sus venas como un mal deudor que va pagando poco a poco.

No puede usted imaginarse, caballero, qué garfios siguen sujetando a la vida al hombre más desgraciado. Ciertamente, yo tenia hambre de morir, y lo que podia ocurrirme más favorable era acabar de un solo golpe. Sin embargo, algo se regocijó en mí al escuchar esta amenaza de Hadgi Stavros. Bendije la prolongación de mi suplicio. Un instinto de esperanza se agitaba en el fondo de mi corazón. Si un alma caritativa se hubiese ofrecido a saltarme la tapa de los sesos, lo hubiera pensado.

Cuatro bandidos me cogieron por la cabeza y por las piernas, y en medio de mis gritos me llevaron como un paquete a través del gabinete del Rey. Mi voz despertó a Sófocles, tendido sobre su miserable lecho. Llamó a sus compañeros, se hizo referir las noticias y pidió verme de cerca. Era un capricho de enfermo. Me echaron por tierra a su lado.

—Milord—me dijo—, muy abatidos estamos los dos; pero apuesto a que me levantaré antes que usted. Parece que ya están pensando en darme un sucesor. ¡Qué injustos son los hombres! ¡Mi puesto sacado a concurso! Pues bien, quiero concurrir también, y ponerme entre los demás. Usted declarará en mi favor y con sus gemidos hará ver que Sófocles no está muerto. Le atarán a usted por las cuatro extremidades, y yo me encargo de atormentarle con una sola

mano tan gallardamente como el más sano de estos señores.

Para dar gusto al miserable, me ataron los brazos. Hizo que lo volvieran hacia mí, y comenzó a arrancarme los cabellos, uno a uno, con la paciencia y la regularidad de una depiladora de profesión. Cuando vi a qué se reducía este nuevo suplicio, creí que el herido, apiadado de mi miseria y enternecido por sus propios sufrimientos, había querido sustraerme a sus compañeros y concederme una hora de respiro. La extracción de un cabello no es tan dolorosa, ni mucho menos, como la picadura de un alfiler. Los veinte primeros se marcharon uno tras otro sin que yo sintiese mucha pena, y les deseé cordialmente buen viaje Pero pronto fué preciso cambiar de nota. El cuero cabelludo, irritado por una multitud de lesiones imperceptibles, se inflamó. Una picazón sorda, después un poco más viva, por último intolerable, me corrió a lo largo de la cabeza. Quise llevarme a ella las manos; comprendí con qué intención me las había hecho atar el infame. La impaciencia acrecentó el daño; toda mi sangre afluyó a la cabeza. Cada vez que la mano de Sófocles se acercaba a mi cabellera, un estremecimiento doloroso se extendía por todo mi cuerpo. Mil picazones inexplicables me atormentaban los brazos y las piernas. El sistema nervioso, exasperado por todos los puntos, me envolvía en una red más dolorosa que la túnica de Deyanira. Me revolcaba en tierra, gritaba, pedía perdón, echaba de menos los palos sobre la planta de los pies. El verdugo tuvo

piedad de mí cuando se le agotaron las fuerzas. Al sentir su vista turbada, su cabeza rendida y sus brazos fatigados, hizo un último esfuerzo, hundió su mano en mis cabellos, los cogió en un puñado y se dejó caer otra vez sobre su lecho, arrancándome un grito de desesperación.

—Ven conmigo—dijo Mustakas—. Al lado del fuego decidirás si valgo tanto como Sófocles y si merezco ser teniente.

Me levantó como una pluma y me llevó al campamento, delante de una pila de leña resinosa y de maleza amontonada. Desató las cuerdas, me fué despojando de toda mi ropa hasta dejarme sin camisa y cubierto sólo por un pantalón.

— Tú serás mi pinche —dijo —. Vamos a encender la lumbre y a preparar juntos la comida del Rey.

Encendió la hoguera y me tumbó en tierra, de espaldas, a dos pies de una montaña de llamas. La leña chisporroteaba; las chispas caían como granizo a mi alrededor. El calor era insoportable. Me arrastré con las manos a alguna distancia; pero él volvió con una sartén y me empujó con el pie hasta el sitio en que me había colocado.

— Mira bien — me dijo —, y aprovecha mis lecciones. Aquí tienes la asadura de tres corderos; hay para alimentar á veinte hombres. El Rey elegirá los pedazos más delicados; el resto se lo distribuirá a sus amigos. Por el momento no estás tú entre ellos, y si gustas de mi cocina será sólo con los ojos.

Pronto oí cómo se freía la carne, y este ruido me recordó que estaba en ayunas desde la víspera. Mi

estómago se colocó entre mis verdugos, y conté con un enemigo más. Mustakas me ponía la sartén muy cerca; hacía lucir a mi vista el color apetitoso de la carne; removía bajo mis narices los perfumes incitantes del cordero asado. De repente se dió cuenta de que se le había olvidado sazonarlo, y corrió en busca de sal y pimienta, dejando la sartén a mi buena voluntad. La primera idea que se me ocurrió fué sustraer algún pedazo de carne; pero los bandidos no estaban a más de diez pasos y me hubieran detenido a tiempo. «¡Si al menos — pensé para mí — tuviese todavía mi paquete de arsénico!» ¿Qué se había hecho de él? No lo había vuelto a poner en mi caja. Hundí mi mano en mis dos bolsillos, y saqué un papel sucio y un puñado de aquel polvo bienhechor, que debía salvarme acaso o, por lo menos, vengarme.

Mastakas volvió en el momento en que yo tenía la mano abierta encima de la sartén. Me cogió por el brazo, me clavó una mirada hasta el fondo de los ojos y me dijo con voz amenazadora:

— Sé lo que has hecho.

Mi brazo cayó desmadejado. El cocinero prosiguió:

— Sí; has echado algo en la comida del Rey.

— ¿Qué?

— Un conjuro. Pero no importa. Pobre señor, Hadgi-Stavros es mucho más brujo que tú. Voy a servirle su comida. Yo tendré mi parte, y tú no lo catarás.

— Buen provecho te haga.

Me dejó delante del fuego, recomendándome a una docena de bandidos, que comían pan moreno con aceitunas amargas. Estos espartanos me hicieron compañía durante una hora o dos. Atizaban el fuego con tanta atención como si estuviesen cuidando a un enfermo. Si alguna vez procuraba yo arrastrarme un poco más lejos de mi suplicio, gritaban:

— ¡Ten cuidado; vas a resfriarte!

Y me empujaban hacia la llama, dándome fuertes golpes con palos encendidos. Mi espalda estaba cubierta de manchas rojas; mi piel se levantaba en ampollas abrasadoras; mis pestañas se encrespaban con el calor del fuego, y mis cabellos exhalaban un olor de cuerno quemado que apestaba; y, sin embargo, me frotaba las manos, al pensar que el rey comería mi guiso, y que en el Parnés ocurriría algo nuevo antes de que terminase el día.

Pronto los convidados de Hadgi-Stavros volvieron a aparecer en el campo con el estómago lleno, la mirada viva y el rostro animado. «¡Alegraos ahora —pensaba yo—; vuestro gozo y vuestra salud caerán como una careta y maldeciréis sinceramente cada bocado del festín que os he sazonado!» La célebre Locusta ha debido pasar en su vida muy buenos cuartos de hora. Cuando se tiene alguna razón para odiar a los hombres, es bastante agradable ver a una criatura vigorosa que va, viene, ríe, canta, llevando en el tubo intestinal una semilla de muerte que debe crecer y devorarla. Es, poco más o menos, el mismo placer que experimenta un buen doctor a la vista de un moribundo cuando sabe cómo lo

puede volver a la vida. Locusta practicaba la medicina en sentido inverso, y yo también.

Un tumulto singular interrumpió mis reflexiones, inspiradas por el odio. Los perros ladraron a coro, y sobre la esplanada apareció un mensajero sin aliento, con toda la jauría persiguiéndole de cerca. Era Dimitri, el hijo de Cristódulo. Algunas piedras lanzadas por los bandidos lo libraron de su escolta. De todo lo lejos que pudo, gritó:

— ¡El Rey! ¡Tengo que hablar con el Rey!

Cuando estuvo a veinte pasos de nosotros, yo le llamé con voz doliente. Se quedó espantado al ver cómo me hallaba, y gritó:

— ¡Imprudentes! ¡Pobre muchacho!

— Amigo Dimitri — le dije —, ¿de dónde vienes? ¿Será pagado mi rescate?

— ¡De rescate se trata! No tema usted nada, traigo buenas noticias. ¡Buenas para usted; desdichadas para mí, para él, para ella, para todo el mundo! Es preciso que vea a Hadgi-Stavros. No hay un minuto que perder. Hasta mi vuelta no sufra usted que se le haga ningún daño: ¡ella moriría! ¿Lo entendéis vosotros? No toquéis al señor. Vuestra vida va en ello. El Rey os haría cortar en pedazos. ¡Llevadme ante el Rey!

El mundo está hecho de manera que todo hombre que habla como amo y señor está casi seguro de ser obedecido. Había tanta autoridad en la voz de este criado, y su pasión se expresaba en tono tan imperioso, que mis centinelas, asombrados y confusos, se olvidaron de retenerme junto al fuego. Yo me arras-

tré a alguna distancia, y sobre la roca fría di un descanso delicioso a mi cuerpo, hasta la llegada de Hadgi-Stavros.

Este no parecía menos conmovido ni menos agitado que Dimitri. Me tomó en brazos como a un niño enfermo, y me llevó de un tirón hasta el fondo del cuarto fatal donde Basilio estaba sepultado. Me colocó sobre su propia alfombra con precauciones maternales; dió dos pasos atrás, me miró con una curiosa mezcla de odio y de piedad, y dijo a Dimitri:

— Hijo mío, es la primera vez que habré dejado tal crimen impune. Ha matado a Basilio, pero esto no es nada. Ha querido asesinarme a mí mismo: se lo perdono. ¡Pero el canalla me ha robado! ¡Ochenta mil francos menos en la dote de Fotini! Buscaba yo un suplicio que igualase a su crimen. ¡Oh! Tenlo por seguro: ¡lo hubiera encontrado!... ¡Qué desdichado soy! ¿Por qué no he reprimido mi cólera? Le he tratado muy duramente. Ella lo pagará. Si ella recibiese veinte palos en sus piececitos, no la volvería a ver. A los hombres esto no los mata; pero ¡una mujer! ¡Una niña de quince años!

Hizo desalojar la sala a todos los bandidos que se apretaban en torno nuestro Quitó suavemente los trapos ensangrentados que envolvían mis heridas. Mandó a su chibudgi en busca del bálsamo de Luidgi Bey. Se sentó delante de mí en la tierra húmeda, cogió mis pies entre sus manos y contempló mis heridas. Cosa increíble: tenía lágrimas en los ojos.

— ¡Pobre muchacho! — dijo —. Debe usted de su-

frir mucho. Perdóneme. Soy un viejo brutal, un lobo montaraz, un palikaro Pero ya ve usted que mi corazón es bueno, puesto que siento lo que he hecho. Soy más desgraciado que usted, porque usted tiene los ojos secos; yo estoy llorando. Voy a ponerle en libertad sin perder un minuto; pero no: usted no puede marcharse en este estado. Primero voy a curarle. El bálsamo es maravilloso; le cuidaré a usted como a un hijo; la salud volverá pronto. Es preciso que mañana pueda usted andar. *Ella* no puede permanecer un día más entre las manos de su amigo.

»¡Le suplico, por Dios, que no cuente a nadie nuestra riña de hoy! Usted sabe que yo no le odiaba; a menudo se lo he dicho: sentía simpatía por usted; le otorgaba mi confianza. Mis secretos más íntimos usted los conocía. Acuérdese de que hemos sido dos amigos hasta la muerte de Basilio. Un instante de cólera no debe hacerle olvidar doce días de buenos tratamientos. Usted no querrá destrozar mi corazón de padre. Usted es un buen muchacho; su amigo será, sin duda, tan bueno como usted.»

— Pero ¿de quién se trata? — exclamé.

— ¿De quién? ¡De ese maldito Harris! ¡De ese americano del infierno! ¡De ese pirata maldito! ¡De ese ladrón de niños! ¡De ese asesino de muchachas! ¡Ese canalla que yo quisiera tener contigo para deshaceros a los dos entre mis manos, frotaros el uno contra el otro y arrojaros en polvo al viento de mis montañas! Vosotros, los europeos, sois todos los mismos: una raza de traidores que no osáis atacar a los

hombres, y sólo tenéis valor con los niños. ¡Lee lo que me ha escrito, y dime si hay tormentos bastante crueles para castigar un crimen como el suyo!

Me arrojó brutalmente una carta estrujada. Reconocí la escritura al primer golpe de vista, y leí:

«Domingo 11 de mayo, a bordo del *Fancy*, rada de Salamina.

»Hadgi-Stavros: Fotini está a bordo de mi buque, guardada por cuatro cañones americanos. La tendré en rehenes mientras Hermann Schultz siga prisionero. Como trates a mi amigo, así trataré a tu hija. Pagará pelo por pelo, diente por diente, cabeza por cabeza. Respóndeme sin tardanza; de otro modo, iré a verte.

JOHN HARRIS.»

Al leer esto, me fué imposible contener mi alegría.

— ¡Este buen Harris! — exclamé en voz alta—. ¡Y yo que le acusaba! Pero explícame, Dimitri, por qué no me ha socorrido antes.

— Estaba ausente, señor Hermann, persiguiendo a los piratas. Volvió ayer mañana, desgraciadamente para nosotros. ¿Por qué no se habrá quedado por el camino?

—¡Admirable Harris! ¡No ha perdido un solo día! Pero ¿cómo ha dado con la hija de este viejo perverso?

—En nuestra casa, señor Hermann. Usted la conoce; es Fotini. Más de una vez ha comido con ella.

—¡Ah! ¡Aquella colegiala de nariz chata que sus-

piraba por John Harris era la hija del Rey de las montañas!

Deduje por lo bajo que el rapto se habia verificado sin violencia.

El chibudgi volvió con un paquete de tela y un frasco lleno de una pomada amarillenta. El rey curó mis dos pies como practicante experimentado, e inmediatamente senti cierto alivio. Hadgi Stavros constituia en este momento una bonita materia de estudio psicológico. Habia tanta brutalidad en sus ojos como delicadeza en sus manos. Tan suavemente arrollaba las bandas alrededor de mi pie, que apenas lo sentia; pero su mirada decia claramente: «¡Con qué gusto apretaria una cuerda alrededor de tu cuello!» Clavaba los alfileres con tanta destreza como una mujer; ¡pero con qué ganas no me hubiese plantado su puñal en medio del cuerpo!

Cuando el vendaje quedó colocado, extendió el puño hacia el mar, y dijo con un rugido salvaje:

—¡No soy ya Rey, puesto que no puedo satisfacer mi cólera! ¡Yo, que siempre he mandado, obedezco a una amenaza! ¡El que hace temblar a un millón de hombres, tiene miedo! Se gloriarán de esto; lo contarán a todo el mundo. ¿Cómo imponer silencio a estos europeos charlatanes? Hablarán de ello en los periódicos, acaso en libros. ¡Bien hecho! ¿Por qué me he casado? ¿Acaso un hombre como yo deberia tener hijos? Yo he nacido para machacar soldados, no para mecer niñitos. El trueno no tiene hijos; el cañón no tiene hijos. Si los tuviesen, nadie temeria al trueno, y las granadas se quedarian por el cami-

no. ¡Bien debe de reírse de mí ese John Harris! ¿Y si le declarase la guerra? ¿Si tomase su buque al abordaje? ¡Cuando yo era pirata he atacado a muchos otros, y veinte cañones me tenían sin cuidado! Pero mi hija no estaba a bordo. ¡Querida mía! ¿Luego la conocía usted, señor Hermann? ¿Por qué no me dijo usted que vivía en casa de Cristódulo? No le hubiese pedido nada; le hubiese soltado en seguida por amor de Fotini. Precisamente quiero que aprenda su lengua. Un día u otro será princesa en Alemania. ¿No es cierto que haría una bonita princesa? ¡Pero ahora caigo! Puesto que usted la conoce, prohibirá a su amigo que le haga ningún daño. ¿Tendría usted valor para ver caer una lágrima de sus queridos ojos? La pobre inocente nada le ha hecho a usted. Si alguien debe expiar sus sufrimientos, soy yo. Dígale al señor John Harris que se ha llagado los pies por los caminos; ¡después, puede usted hacerme todo el daño que quiera!

Dimitri detuvo este chorro de palabras.

—Es muy lamentable—dijo—que el señor Hermann esté herido. Fotini no está segura en medio de estos heréticos, y yo conozco al señor Harris: es capaz de todo.

El Rey frunció el entrecejo. Las sospechas del enamorado encontraron pronto acogida en el corazón del padre.

—Márchese usted—me dijo—; yo le llevaré sobre mí, si es preciso, hasta el pie de la montaña; usted esperará en alguna aldea un caballo, un coche, una litera; yo proporcionaré cuanto sea preciso.

Pero hágale saber desde hoy mismo que está usted libre, y júreme por la vida de su madre que no hablará a nadie del daño que le he hecho.

Yo no sabía bien cómo soportaría las fatigas del transporte; pero todo me parecía preferible a permanecer con mis verdugos. Temía que entre mi y la libertad no viniese a elevarse un nuevo obstáculo. Le dije al Rey:

—Vamos. Juro por lo más sagrado que no tocarán a un cabello de tu hija.

El me levantó en sus brazos, me echó a sus espaldas y subió la escalera de su gabinete. La partida entera le salió al paso y nos interceptó el camino. Mustakas, lívido como un colérico, le dijo:

—¿Adónde vas? El alemán ha hecho un conjuro a la fritada. Todos estamos sufriendo como condenados del infierno. Vamos a perecer por su culpa, y queremos que él muera antes que nosotros.

Estas palabras me despeñaron desde la cumbre de mis esperanzas. La llegada de Dimitri, la intervención providencial de John Harris, el cambio de Hadgi-Stavros, la humillación de aquella cabeza soberbia a los pies de su prisionero, tantos acontecimientos amontonados en un cuarto de hora, me habían turbado el cerebro: olvidaba el pasado y me lanzaba en loca carrera hacia el porvenir.

Al ver a Mustakas, el veneno volvió a mi memoria. Sentí que cada minuto iba a precipitar un suceso terrible. Me agarré al Rey de las montañas, anudé mis brazos en torno de su cuello, le conjuré a que me llevase sin tardanza.

—Te va la gloria en ello —le dije—. ¡Prueba a estos rabiosos que eres el Rey! No respondas: las palabras son inútiles. Pasemos por encima de ellos. Tú mismo no sabes el interés que tienes en salvarme. Tu hija ama a John Harris; estoy seguro de ello: me lo ha confesado.

—¡Espera! — me respondió —. Primero pasaremos; después, hablaremos.

Me colocó suavemente en tierra y corrió con los puños cerrados contra los bandidos.

—¡Estáis locos!—gritó—. El primero que toque al milord tendrá que habérselas conmigo. ¿Qué conjuro es ese que decís que ha echado? Yo he comido con vosotros, ¿y estoy acaso malo? Dejadle salid de aquí; es un hombre honrado; es amigo mío.

De repente su rostro cambió y sus piernas se plegaron bajo el peso del cuerpo. Se sentó a mi lado, se inclinó a mi oído, y me dijo con más dolor que cólera:

—¡Imprudente! ¿Por qué no me advirtió usted que nos había envenenado?

Cogí la mano del rey: estaba fría. Sus facciones se hallaban descompuestas; su rostro de mármol había tomado un color terroso. Al ver esto, me abandonaron por completo las fuerzas y me sentí morir. Nada más tenía que esperar en el mundo: ¿no me había condenado yo mismo, al matar al único hombre que tenía interés en salvarme? Dejé caer la cabeza sobre mi pecho y permanecí inerte junto al anciano lívido y helado.

Ya Mustakas y algunos otros tendían las manos

para apoderarse de mí y hacerme compartir los dolores de su agonía. Hadgi-Stavros carecía de fuerza para defenderme. De cuando en cuando, un hipo formidable sacudía aquel gran cuerpo, como el hacha del leñador sacude un roble centenario. Los bandoleros estaban persuadidos de que se hallaba en las últimas y de que el viejo invencible iba, al fin, a caer vencido por la muerte. Todos los lazos que les unían a su jefe, lazos de interés, de temor, de esperanza y de agradecimiento, se rompieron como hilos de araña. Los griegos son la nación más indócil de la tierra. Su vanidad, movediza e intemperante, se somete algunas veces, pero como un resorte pronto a saltar de nuevo. Saben, cuando la necesidad obliga, apoyarse en el más fuerte, o deslizarse discretamente detrás del más hábil; pero nunca perdonan al amo que les presta protección y riqueza. Desde hace más de treinta siglos, este pueblo está compuesto de unidades egoístas y celosas, unidas por la necesidad, pero que ninguna fuerza humana podría fundir en un todo.

Hadgi-Stavros aprendió a su costa que no se manda impunemente a sesenta griegos. Su autoridad no sobrevivió un minuto a su vigor moral y a su fuerza física. Sin hablar de los enfermos, que nos enseñaban el puño echándonos en cara sus sufrimientos, los hombres sanos formaban un grupo frente a su rey legítimo, alrededor de un campesino grueso y brutal llamado Colzida. Era el más hablador y desvergonzado de la partida, un patán imprudente, sin talento y sin valor, de esos que se esconden du-

rante la acción y llevan la bandera después de la victoria; pero en casos semejantes la fortuna se declara por los sinvergüenzas y los habladores. Colzida, orgulloso de sus pulmones, lanzaba injurias a paletadas sobre el cuerpo de Hadgi-Stavros, como un sepulturero arroja la tierra sobre el féretro de un muerto.

— ¡Hola, hombre hábil, general invencible, Rey todopoderoso, mortal invulnerable! ¿No habías robado tú gloria y habíamos tenido buen olfato en fiarnos de ti? ¿Qué hemos ganado en compañía tuya? ¿De qué nos has servido? ¡Nos has dado cincuenta y cuatro miserables francos todos los meses, una paga de mercenario! Nos has alimentado con pan negro y queso rancio, que los perros hubiesen rechazado, mientras tú te formabas una fortuna y enviabas buques cargados de oro a todos los Bancos extranjeros. ¿Qué nos han producido nuestras victorias y toda esa brava sangre que hemos derramado en la montaña? Nada. ¡Todo lo guardabas para ti: botín, despojos y rescate de los prisioneros! Bien es verdad que nos dejabas los bayonetazos; es el único provecho en que no te has llamado a la parte. Desde hace dos años que estoy contigo he recibido catorce heridas en la espalda, y tú no puedes enseñarnos una sola cicatriz. ¡Y si al menos hubieses sabido conducirnos! ¡Si hubieses elegido buenas ocasiones en que se arriesga poco y se gana mucho! ¡Pero has hecho que la tropa nos dé una paliza; has sido el verdugo de nuestros compañeros; nos has metido en la boca del lobo! ¡Es que, sin duda, tienes prisa por

acabar de una vez y retirarte! ¡Estás tan impaciente por vernos a todos enterrados junto a Basilio, que nos entregas a este maldito milord, que ha echado un conjuro sobre nuestros más bravos camaradas! Pero no esperes escapar a nuestra venganza. Ya sé por qué quieres que se vaya: porque ha pagado su rescate. Pero ¿qué piensas hacer con este dinero? ¿Te lo vas a llevar al otro mundo? Tú estás muy enfermo, pobre Hadgi-Stavros. El milord no te ha exceptuado: ¡vas a morir, y con razón! Amigos mios, somos amos de nosotros mismos. No obedeceremos a nadie, haremos lo que nos dé la gana, comeremos de lo mejor, beberemos todo el vino de Egina, quemaremos bosques enteros para asar rebaños enteros, ¡pondremos a saco el reino, tomaremos Atenas y acamparemos en los jardines de palacio! No tendréis más que dejaros conducir; conozco los sitios favorables. Principiemos por echar al viejo al barranco con su querido milord; después os diré lo que tenemos que hacer.

La elocuencia de Colzida estuvo muy cerca de costarnos el pellejo, pues el auditorio aplaudió. Los viejos compañeros de Hadgi-Stavros, diez o doce palikaros fieles que hubieran podido acudir en su ayuda, habían comido las sobras de su mesa, y se retorcían presa de dolores. Pero un orador popular no se eleva al poder sin despertar los celos de otros. Cuando pareció demostrado que Colzida se alzaría con el mando de la partida, Tamburis y algunos otros ambiciosos dieron media vuelta y se colocaron a nuestro lado. Puestos a elegir capitán, preferían el

que sabía conducirles, a ese hablador jactancioso cuya nulidad les repugnaba. Presentían, además, que al rey no le quedaba mucho tiempo de vida y que elegiría su sucesor entre los fieles que quedasen en torno suyo, y esto no era cosa indiferente. Podía tenerse por seguro que quienes prestaban el dinero preferirían ratificar la designación de Hadgi-Stavros que una elección revolucionaria. Ocho o diez voces se elevaron en favor nuestro. Nuestro, porque ambos no éramos más que uno. Yo me agarraba al Rey de las montañas y éste me había echado el brazo alrededor del cuello. Tamburis y los suyos se pusieron de acuerdo en cuatro palabras; se improvisó un plan de defensa; tres hombres aprovecharon la confusión para correr con Dimitri al arsenal de la partida, aprovisionarse de armas y cartuchos y dejar al través del camino un largo reguero de pólvora. En seguida volvieron discretamente a mezclarse con la multitud. Los dos partidos se iban dibujando de minuto en minuto; las injurias volaban de un grupo al otro. Nuestros defensores, adosados al cuarto de Mary-Ann, guardaban la escalera, nos formaban una muralla con sus cuerpos y arrojaban al enemigo dentro del gabinete del Rey. En lo más fuerte del forcejeo, sonó un pistoletazo. Una cinta corrió por el polvo y se oyó saltar las rocas con un estruendo espantoso. Colzida y los suyos, sorprendidos por la detonación, corrieron en masa al arsenal. Tamburis no pierde un minuto: coge a Hadgi-Stavros, baja la escalera en dos zancadas, le deposita en lugar seguro, vuelve a mí, me levanta y me echa a los pies

del Rey. Nuestros amigos se atrincheran en el cuarto, cortan los árboles, hacen una barricada delante de la escalera y organizan la defensa antes de que Colzida volviese de su paseo y su sorpresa.

Entonces nos contamos. Nuestro ejército se componía del Rey, de sus dos criados, de Tamburis con ocho bandidos, de Dimitri y de mí; en total, catorce hombres, de los cuales, tres fuera de combate. El cafedgi se había envenenado con su amo y principiaba a sentir los primeros ataques del mal. Pero teníamos dos fusiles por persona y cartuchos a discreción, mientras nuestros enemigos no tenían más armas y municiones que las que llevaban encima; en cambio, tenían la ventaja del número y del terreno. No sabíamos exactamente con cuántos hombres sanos contaban, pero había que calcular entre veinticinco y treinta asaltantes. No tengo necesidad de describirle la plaza sitiada: la conoce usted desde hace tiempo. Pero puede usted creer que el aspecto de aquellos lugares había cambiado bastante desde el día en que almorcé allí por vez primera, vigilado por el corfiota, entre la señora Simons y Mary-Ann. Nuestros hermosos árboles habían sido descuajados y el ruiseñor estaba lejos. Lo que le importa a usted saber es que estábamos defendidos a derecha y a izquierda por rocas inaccesibles, hasta para el enemigo. Este nos atacaba desde arriba por el gabinete del Rey y nos vigilaba abajo en el barranco. Por un lado su fuego nos dominaba; por el otro, nosotros dominábamos a sus centinelas, pero a tan gran distancia, que era gastar la pólvora en vano

Si Colzida y sus compañeros hubieran tenido la menor noción de la guerra, estábamos perdidos. Hubieran tomado la barricada, entrando a viva fuerza, y nos hubieran acorralado contra el muro o arrojado por el barranco. Pero al imbécil, que tenía más de dos hombres contra uno, se le ocurrió economizar las municiones y desplegar en guerrilla a veinte torpes que no sabían tirar. Los nuestros no eran mucho más hábiles. Pero mejor mandados y más prudentes, rompieron muy bien cinco cabezas antes de venir la noche. Los combatientes se conocían todos por sus nombres y se interpelaban de lejos a la manera de los héroes homéricos. El uno intentaba convertir al otro apuntándole, el otro respondía con una bala y un razonamiento. El combate no era más que una discusión armada donde de cuando en cuando la pólvora pronunciaba su palabra decisiva.

Por mi parte, tendido en un rincón resguardado de las balas, intentaba deshacer mi obra fatal y volver a la vida al pobre Rey de las montañas, que sufría cruelmente y se quejaba de una sed ardiente y de un vivo dolor en el epigastrio. Sus manos y sus pies helados se contraían con violencia. El pulso era débil; la respiración, ahogada. Su estómago parecía luchar contra un verdugo interior sin conseguir expulsarlo. Sin embargo, su espíritu no había perdido nada de su viveza y su presencia de ánimo; su mirada viva y penetrante buscaba en el horizonte la rada de Salamina y la prisión flotante de Fotini.

Me dijo, crispando su mano alrededor de la mía:

— ¡Cúreme, querido hijo mío! Usted es doctor y debe curarme. No le reprocho lo que ha hecho conmigo; estaba usted en su derecho; tenía razón en matarme, porque le juro que, sin su amigo Harris, no se me hubiese usted escapado! ¿No hay nada para apagar el fuego que me quema? No me importa la vida; bastante he vivido; pero si muero le matarán a usted, y mi pobre Fotini será degollada. Estoy sufriendo. Toque usted mis manos; me parece como si no fuesen ya mías. Pero ¿cree usted que ese norteamericano tendrá valor de ejecutar sus amenazas? ¿Qué me decía usted hace un momento? ¡Fotini lo ama! ¡Desgraciada! La había educado para que fuese mujer de rey. Preferiría verla muerta a que... No, me alegro mucho que sienta amor por ese joven; acaso él se compadezca de ella. ¿Qué es usted para él? Un amigo nada más; no es usted ni siquiera su compatriota. Uno tiene tantos amigos como quiere; pero no se encuentran dos mujeres como Fotini. Por mi parte, yo estrangularía sin ningún inconveniente a todos mis amigos, si tuviese algún interés en ello; pero nunca mataría a una mujer que sintiese amor por mí. ¡Si al menos supiese él lo rica que es ella! Los norteamericanos son gentes positivas; por lo menos, así dicen. Pero la pobre inocente no conoce su fortuna. Yo hubiera debido decirle algo. Ahora, ¿cómo hacerle saber que tiene cuatro millones de dote? ¡Nos hallamos prisioneros de un Colzida! ¡Cúreme usted, por todos los santos del paraíso, para que aplastemos a esta gusanera!

Yo no soy médico, y de toxicología sé lo poco que

se aprende en los tratados elementales; recordé, sin embargo, que el envenenamiento por arsénico se cura por un método que se parece un poco al del doctor Sangredo. Hice cosquillas en el esófago del enfermo para libertar a su estómago del peso que le torturaba. Mis dedos le sirvieron de vomitivo, y pronto tuve fundamentos para pensar que el veneno estaba en gran parte expulsado. Los fenómenos de reacción se produjeron en seguida: la piel se puso ardorosa, el pulso aceleró su marcha, se coloreó el rostro, y los ojos se inyectaron de hilillos rojos. Le pregunté si uno de sus hombres sería lo bastante hábil para sangrarle, y él mismo, ligándose el brazo, se abrió tranquilamente una vena al ruido del tiroteo y en medio de las balas perdidas que le salpicaban de tierra. Echó al suelo una buena libra de sangre, y me preguntó con voz dulce y tranquila qué otra cosa tenía que hacer. Le ordené que bebiese y bebiese sin parar hasta que las últimas partículas de arsénico fuesen arrastradas por el torrente de la bebida. Precisamente se encontraba todavía en el cuarto el pellejo de vino blanco que había causado la muerte de Basilio. Este vino, disuelto en agua, sirvió para devolver la vida al Rey. Me obedeció como un niño, y hasta creo que, la primera vez que le tendí la copa, su pobre vieja majestad, dolorida, se apoderó de mi mano para besarla. Hacia las diez de la noche iba mejor, pero su cafedgi estaba muerto. El pobre diablo no pudo deshacerse de su veneno sin reaccionar. Lo arrojaron por el barranco desde lo alto de la cascada. Todos nuestros defensores pa-

recían en buen estado, sin una herida, pero hambrientos como lobos en diciembre. Por mi parte, yo estaba en ayunas desde hacía veinticuatro horas, y mi estómago protestaba enérgicamente. El enemigo, para insultarnos, se pasó la noche comiendo y bebiendo sobre nuestras cabezas y nos arrojaba huesos de carnero y pellejos vacíos. Los nuestros respondían con algunos tiros hacia el sitio de donde venían las voces. Escuchábamos distintamente los gritos de alegría y los gritos de muerte. Colzida estaba borracho; los heridos y los enfermos gemían juntos. Mustakas no gritó mucho tiempo. El tumulto me mantuvo despierto durante toda la noche junto al viejo Rey. ¡Ah!, caballero, ¡qué largas parecen las noches a quien no está seguro del día siguiente!

La mañana del martes fué sombría y lluviosa. Al salir el sol se obscureció el cielo, y una lluvia grisácea cayó con imparcialidad sobre nuestros amigos y nuestros enemigos. Pero si nosotros estábamos lo bastante despiertos para preservar nuestras armas y nuestros cartuchos, el ejército del general Colzida no había tomado las mismas precauciones. El primer encuentro nos fué completamente favorable. El enemigo se escondía mal y tiraba con una mano insegura por la borrachera. La partida me pareció tan buena, que cogí un fusil como los otros. Lo que sucedió se lo escribiré a usted dentro de algunos años si obtengo el título de médico. Ya le he confesado bastantes muertes para un hombre que no tiene el oficio de matar. Hadgi Stavros quiso servir mi ejemplo, pero sus manos se negaban a servirle; tenía las

extremidades hinchadas y doloridas, y yo, con mi franqueza ordinaria, le confesé que esta incapacidad para el trabajo le duraría acaso tanto como la vida.

Hacia las nueve, el enemigo, que parecía muy atento a respondernos, nos volvió bruscamente la espalda. Oí un tiroteo desenfrenado, que no se dirigía a nosotros, y deduci que el amigo Colzida se había dejado sorprender por detrás. ¿Quién era el aliado desconocido que tan buen servicio nos prestaba? ¿Era prudente irse a reunir con él y derribar nuestras barricadas? Esto era lo que yo deseaba: pero el Rey temía que fuese la tropa, y Tamburis se mordía el bigote. Todas nuestras dudas se vieron disipadas pronto. Una voz que no me era desconocida gritó: *¡All right!*, y tres jóvenes, armados hasta los dientes, se lanzaron como tigres, franquearon la barricada, y cayeron en medio de nosotros. Harris y Lobster tenían en cada mano un revólver de seis tiros. Giacomo blandía un fusil de munición, con la culata en alto, como una maza: así comprende el uso de las armas de fuego.

La caida del rayo en el cuarto, hubiese producido un efecto menos mágico que la entrada de estos hombres, que distribuían balas a granel, y parecían ofrecer la muerte a manos llenas. Mis tres comensales, ebrios de ruido, de agitación y de victoria, no se dieron cuenta ni de Hadgi Stavros ni de mí: sólo vieron hombres que matar, y Dios sabe bien si se dieron prisa en la tarea. Nuestros pobres defensores, asombrados, confundidos, quedaron fuera de com-

bate sin haber tenido tiempo para volver de su estupefacción. Yo mismo, que hubiera querido salvarles la vida, grité en vano desde mi rincón; mi voz era ahogada por el ruido de la pólvora y por las exclamaciones de los vencedores. Dimitri, acurrucado entre mi y Hadgi-Stavros, juntaba inútilmente su voz a la mia. Harris, Lobster y Giacomo tiraban, corrian, golpeaban contando sus victimas cada uno en su lengua.

— *¡One!*—decia Lobster.

— *¡Two!*—respondía Harris.

— *¡Tre!*, *¡quatro!*, *¡cinque!*—gritaba Giacomo—. El quinto fué Tamburis. Su cabeza se hizo pedazos bajo el fusil como una nuez fresca bajo una piedra. Los sesos saltaron a su alrededor, y el cuerpo cayó en la fuente, como paquete de andrajos que una lavandera arroja al borde del agua.

Era un espectáculo hermoso ver a mis amigos en este trabajo espantoso. Mataban con embriaguez, se complacian en su justicia. El viento y la carrera les habia quitado los sombreros; sus cabellos flotaban atrás; sus miradas chispeaban con un resplandor tan asèsino, que era dificil discernir si la muerte venia de sus ojos o de sus manos. Se hubiese dicho que la destrucción se habia encarnado en esta trinidad jadeante. Cuando todo quedó llano a su alrededor y no vieron más enemigos que tres o cuatro heridos que se arrastraban por el suelo, respiraron. Harris fué el primero que se acordó de mi. Giacomo no se preocupaba más que de una cosa: no sabia si entre sus victimas habia roto la cabeza de Hadgi-Stavros.

Harris gritó con todas sus fuerzas: «Hermann, ¿dónde está usted?»

— Aquí—contesté—; y los tres destructores acudieron a mi voz.

El Rey de las montañas, a pesar de su debilidad, apoyó una mano en mi hombro, se recostó en la roca, miró fijamente a aquellos hombres que no habían matado tanta gente sino para llegar a él, y les dijo con voz firme:

— Yo soy Hadgi Stavros.

Ya sabe usted que desde hacía mucho tiempo deseaban mis amigos castigar al viejo palikaro. Pensaban en su muerte como en una fiesta. Tenían que vengar a las muchachas de Mistra, a otras mil víctimas, a mí, a ellos mismos. Y, sin embargo, no tuve necesidad de detenerles el brazo. Había tal resto de grandeza en este héroe reducido a ruinas, que la cólera cayó por si misma y dejó el sitio libre al asombro. Los tres eran jóvenes, y en esta edad no emplea uno las armas frente a un enemigo desarmado. En pocas palabras les dije cómo el Rey me había defendido contra toda su partida, a pesar de estar moribundo, y el mismo día en que le había envenenado.

Les expliqué la batalla que habían venido a interrumpir, las barricadas que acababan de franquear y esta extraña guerra en que habían intervenido para matar a nuestros defensores.

— ¡Peor para ellos!—dijo John Harris—. Teníamos, como era natural, una venda sobre los ojos. Si los pobres diablos han tenido un buen sentimiento

antes de morir, arriba se lo tendrán en cuenta; no me opongo a ello.

» En cuanto a los socorros que le hemos quitado, no se apure usted. Con dos revólveres en las manos, y otros dos en los bolsillos, valemos cada uno por veinticuatro hombres. Hemos matado a éstos; ¡que vuelvan los demás! ¿No es verdad, Giacomo?

—Yo—dijo el maltés—mataría a golpes a un ejército de toros: ¡estoy de vena! ¡Y pensar que se ve uno reducido a sellar cartas con estos puños!

Mientras tanto el enemigo, vuelto de su estupor, había reanudado el sitio. Tres o cuatro bandidos habían asomado la nariz por encima de nuestras murallas y visto la carnicería. Colzida no sabía qué pensar de aquellos tres energúmenos que golpeaban ciegamente a amigos y a enemigos; pero sospechó que el hierro o el veneno lo habían libertado del Rey de las montañas, y ordenó a sus secuaces que fuesen demoliendo nuestras obras de defensa.

Nosotros estábamos fuera del alcance de su vista, protegidos por un muro, a diez pasos de la escalera. El ruido de los materiales que caían indicó a mis amigos que debían cargar sus armas. Hadgi-Stavros no se preocupó de ello, y dijo en seguida a John Harris:

—¿Dónde está Fotini?

—A bordo de mi buque.

—¿No le ha hecho usted daño?

—¿Cree usted que he seguido sus lecciones, para torturar muchachas?

—Tiene usted razón. Soy un miserable viejo; perdóneme. ¡Prométame usted tratarla bien!

—¡Qué diablo quiere usted que le haga! Puesto que ya he encontrado a Hermann, se la devolveré cuando usted quiera.

—¡Sin rescate!

—¡Viejo imbécil!

—Ahora verá usted—dijo el Rey—si soy un viejo imbécil.

Echó su brazo izquierdo alrededor del cuello de Dimitri; extendió su mano, crispada y temblorosa, hacia el puño de su sable; sacó penosamente la hoja fuera de la vaina, y marchó hacia la escalera por donde los insurrectos de Colzida se aventuraban llenos de vacilación. Al verle ellos retrocedieron, como si la tierra se hubiera abierto para dejar paso al juez de los infiernos. Eran quince o veinte, todos armados: ninguno de ellos osó defenderse, ni disculparse, ni huir. Temblaban sobre sus piernas vacilantes ante el rostro terrible del Rey resucitado. Hadgi Stavros marchó recto contra Colzida, más pálido y más helado que todos los demás, y echando el brazo hacia atrás, por un esfuerzo imposible de medir, cortó de un golpe aquella cabeza que tenía una innoble expresión de espanto. En seguida le volvió el temblor. Dejó caer su sable a lo largo del cadáver, y no se dignó recogerlo.

—Vámonos—dijo—; me llevo la vaina vacía. La hoja no sirve para nada, ni yo tampoco: he terminado.

Sus antiguos compañeros se acercaron para pedir-

le perdón. Algunos le suplicaron que no los abandonase; no sabían qué hacer sin él. No les concedió el honor de responderles una sola palabra. Nos suplicó que le condujésemos a Castia para coger caballos, y a Salamina para ir en busca de Fotini.

Los bandidos nos dejaron partir sin resistencia. Al cabo de algunos pasos, mis amigos notaron que yo me arrastraba con pena; Giacomo me sostuvo; Harris me preguntó si estaba herido. El Rey me lanzó una mirada suplicante. ¡Pobre hombre! Conté a mis amigos que había intentado una evasión peligrosa, y que mis pies habían salido malparados. Descendimos lentamente los senderos de la montaña. Los gritos de los heridos, y las voces de los bandidos que estaban deliberando sobre el terreno, nos acompañaron un buen rato. A medida que nos acercábamos a la aldea, el tiempo se despejaba y los caminos se secaban bajo nuestros pies. El primer rayo de sol me pareció muy hermoso. Hadgi-Stavros prestaba poca atención al mundo exterior: miraba dentro de sí mismo. Es grave, eso de romper con una costumbre de cincuenta años.

En las primeras casas de Castia nos encontramos con un monje que llevaba un enjambre en un saco. Nos saludó cortésmente, y se excusó de no haber venido a vernos desde la víspera. Los tiros le habían dado miedo. El Rey le saludó con la mano, y pasó de largo.

Los caballos de mis amigos les esperaban, con su guía, junto a la fuente. Pregunté cómo era que había cuatro caballos, y me dijeron que el señor Méri-

nay formaba parte de la expedición; pero que se había apeado para examinar una piedra curiosa y no había vuelto a aparecer.

Giacomo Fondi me puso sobre mi montura como si fuese un muñeco. El Rey, ayudado por Dimitri, subió penosamente a la suya. Harris y su sobrino saltaron a caballo; el maltés, Dimitri y el guía nos precedían a pie.

Por el camino me acerqué a Harris, y él me contó cómo la hija del rey había caído en su poder.

—Figúrese usted—me dijo—que volvía yo de mi crucero, bastante satisfecho, y muy orgulloso de haber hundido una media docena de barcos piratas. Anclo en el Pireo el domingo a las seis; bajo a tierra, y como llevaba ocho días sin otra sociedad que mi estado mayor, me prometía unos buenos ratos de charla. Paro un coche en el puerto, y lo tomo por toda la noche. Caigo en casa de Cristódulo en medio de una consternación general; no hubiera creído nunca que pudiesen caber tantos sinsabores en casa de un pastelero. Todo el mundo estaba reunido para cenar: Cristódulo, Marula, Dimitri, Giacomo, William, el señor Mérinay y la muchachita de los domingos, más compuesta que nunca. William me contó lo que le había ocurrido a usted. Excusado decirle los gritos que di. Estaba furioso contra mí mismo por no haberme encontrado allí. El pequeño me asegura que ha hecho todo cuanto ha podido. Recorrió toda la ciudad en busca de los quince mil francos; pero sus padres le abrieron un crédito muy reducido; en una palabra, que no ha-

bia encontrado la suma. En último extremo se dirigió al señor Mérinay; pero el dulce Mérinay se excusó diciendo que había prestado el dinero a sus amigos íntimos lejos de aquí, muy lejos, más lejos que el fin del mundo.

¡No importa! — dije a Lobster —; en moneda de plomo es como debemos pagar al viejo malvado. ¿De qué te vale ser más diestro que Nemrod, si tu talento no sirve más que para descascarillar la prisión de Sócrates? Hay que organizar una caza de *palíkaros*. Hace tiempo rechacé un viaje al Africa central, y lo estoy sintiendo todavía. Da doble gusto tirar sobre una caza que se defiende. Haz provisión de pólvora y de balas, y mañana por la mañana entramos en campaña. William se traga el anzuelo. Giacomo da un gran puñetazo en la mesa; ya conoce usted los puñetazos de Giacomo. Jura que nos acompañará con tal de que le proporcionemos un fusil de un tiro. Pero el que mostraba más ardimiento era el señor Mérinay: quería teñir sus manos en la sangre de los culpables. Aceptamos sus servicios; pero yo ofrecí comprarle toda la caza que trajese. Ahuecaba su vocecita de la manera más cómica, y decía, enseñando sus puños de señorita, que Hadgi-Stavros tendría que habérselas con él.

Yo reía de muy buena gana, tanto más cuanto que siempre está uno alegre la víspera de una batalla. Lobster se puso muy contento al pensar que iba a mostrarles a los bandoleros los progresos que había hecho. Giacomo no cabía en sí de alegría. Las comisuras de los labios le entraban en las orejas, y

rompia nueces con el rostro de un cascanueces de Nuremberg. El señor Mérinay despedia rayos alrededor de la cabeza. No era un hombre, sino un número de fuegos artificiales.

Excepto nosotros, todos los convidados tenían las caras largas. La gruesa pastelera no hacia más que persignarse; Dimitri levantaba los ojos al cielo: el teniente de la falange nos aconsejaba que lo pensásemos bien antes de buscarle las cosquillas al Rey de las montañas. Pero la muchacha de la nariz chata, la que usted bautizó con el nombre de *Crinolina invariabilis*, estaba sumida en un dolor sumamente pintoresco. Lanzaba suspiros que partían el corazón; no comia más que por compromiso, y yo hubiera podido introducir en mi ojo derecho la cantidad de sopa que tomó.

—Es una buena muchacha, Harris.

—Será todo lo buena muchacha que usted quiera: pero me parece que tiene usted por ella una indulgencia que pasa de la raya. Yo no he podido perdonarle nunca sus trajes, el olor de pachulí que despide a mi lado y las miradas pasmadas que pasea por la mesa. Cualquiera diría, palabra, que no puede mirar un jarro sin poner los ojos tiernos. Pero si a usted le gusta tal como es, no tengo nada que decir. A las nueve se marchó a su colegio; yo le deseé buen viaje. Diez minutos después estrecho la mano a mis amigos, nos citamos para el dia siguiente, salgo, despierto a mi cochero, y ¿adivina usted a quién encuentro dentro del coche? A *Crinolina invariabilis* con la criada del pastelero.

Apoya un dedo en su boca, yo subo sin decir una palabra y partimos.

—Señor Harris—me dice en un inglés bastante bueno—, señor Harris, júreme usted que renunciará a sus proyectos contra el Rey de las montañas.

Yo me eché a reir y ella se echó a llorar. Jura que me matarán; le respondo que soy yo quien mato a los otros; se opone a que mate a Hadgi-Stavros; yo quiero saber por qué, y ella exclama, como en el quinto acto de un drama: «¡Es mi padre!» Al oir esto, comienzo a reflexionar seriamente: una vez no constituye costumbre. Pienso que sería posible recuperar un amigo perdido sin arriesgar otros dos o tres, y digo a la joven palikara:

—¿La quiere a usted su padre?

—Más que a su vida.

—¿Le ha negado alguna vez algo?

—Nada de lo que me hace falta.

—Y si usted le escribiese que tenía necesidad del señor Hermann Schultz, ¿se lo enviaría a vuelta de correo?

—No.

—¿Está usted segura?

—Completamente segura.

—Entonces señorita, sólo puedo hacer una cosa. A bandido, bandido y medio. Voy a llevarla a bordo del *Fancy*, y la guardo en rehenes hasta la vuelta de Hermann.

—Iba a proponérselo a usted—dijo—. De este modo conseguirá usted que papá le devuelva su amigo.

Yo interrumpí en este punto el relato de John Harris.

—Bueno—le dije—, ¿y no admira usted a la pobre muchacha que le da semejante prueba de afecto y confianza?

—¡Vaya una cosa!—respondió él—; quería salvar a su honorable padre, y sabía bien que una vez rotas las hostilidades no se nos escaparía. Yo le prometí tratarla con todos los miramientos que un hombre galante debe a una mujer. Fué llorando hasta el Pireo, y yo procuré consolarla. Murmuraba entre dientes: «¡Soy una muchacha perdida!» Yo le demostré ce por be que volvería a encontrarse. La vi bajar del coche y la embarqué en mi bote grande, el mismo que nos espera allí lejos. Escribí al viejo bandido una carta categórica y envié con la buena mujer un recadito para Dimitri.

Desde aquel momento la bella afligida disfruta de mi departamento, sin compartirlo con nadie. Tengo dadas órdenes de que se la trate como a la hija de un rey. Esperé hasta el lunes por la noche la respuesta de su padre, pero se me agotó la paciencia; volví a mi primer proyecto; cogí mis pistolas, hice una señal a mis amigos, y usted sabe el resto. ¡Ahora le toca a usted! Debe de tener mucho que contar.

—En seguida soy con usted—le dije—. Antes voy a decir dos palabras al oído a Hadgi-Stavros.

Me acerqué al Rey de las montañas y le dije por lo bajo:

—No sé por qué le he contado que Fotini sentía afecto hacia John Harris. El miedo debió de tras

tornarme el seso. Acabo de hablar con él, y le juro por la cabeza de mi padre que ella le es tan indiferente como si no le hubiese hablado nunca.

El anciano me dió las gracias con la mano, y yo me fui a contar a John mis aventuras con Mary-Ann.

—¡Bravo!—exclamó—. Yo encontraba que la novela era incompleta por faltarle un poco de amor. Ahora hay mucho, pero esto no está mal.

—Perdóneme usted—le dije—. No hay nada de amor en todo esto: una buena amistad por un lado, y un poco de agradecimiento por otro. Pero no es preciso otra cosa, me parece, para contraer un matrimonio bien avenido.

—Cásese usted, amigo mío, y admítame como testigo de su felicidad.

—Lo ha ganado usted bien, John Harris.

—¿Cuándo la volverá usted a ver? Daría cualquier cosa por asistir a la entrevista.

—Quisiera darle una sorpresa y encontrarla como por casualidad.

—¡Una idea! ¡Pasado mañana, en el baile de la corte! Usted está invitado y yo también. La carta le espera sobre la mesa en casa de Cristódulo. Hasta entonces debe usted permanecer a bordo de mi barco para reponerse un poco. Tiene usted el pelo tostado y los pies deshechos: hay tiempo de remediar todo esto.

Eran las seis de la tarde cuando el bote grande de la *Fancy* nos condujo a todos a bordo. Al Rey de las montañas lo subieron al puente. Fotini se echó

en sus brazos llorando. Era mucho ver que todos aquellos a quienes ella quería habían sobrevivido a la batalla; pero encontró a su padre envejecido de veinte años. Acaso le hizo también sufrir la indiferencia de John Harris. Este se la entregó al Rey con una desenvoltura completamente norteamericana, diciéndole:

—Estamos en paz. Usted me ha devuelto a mi amigo, y yo le entrego la señorita. *Do ut des*. Las buenas cuentas hacen los buenos amigos. Y ahora, augusto anciano, ¿a qué clima bendito irá usted en busca de la horca? ¡Usted no es hombre para retirarse de los negocios!

—Perdóneme —respondió el rey con cierta altivez—, me he despedido del bandidaje y para siempre. ¿Qué podría hacer en la montaña? Todos mis hombres están muertos, heridos o dispersos. Podría buscar otros; pero estas manos que han hecho inclinarse a tantas cabezas se niegan a servirme. Que los jóvenes ocupen mi sitio; pero les desafío a que igualen mi fortuna y mi fama. ¿Qué voy a hacer con este residuo de vejez que me dejan ustedes? No sé todavía. Pero esté usted seguro de que mis últimos días estarán muy llenos de trajín. Tengo que casar a mi hija, que dictar mis memorias. Acaso también, si las conmociones de esta semana no han fatigado en exceso mi cerebro, consagraré al servicio del Estado mi talento y mi experiencia. Que Dios me conceda un espíritu sano, y antes de seis meses seré presidente del Consejo de ministros.

VIII

EL BAILE DE LA CORTE

El jueves 15 de mayo, a las seis de la tarde, John Harris, con uniforme de gala, me condujo a casa de Cristódulo. El pastelero y su mujer me recibieron con muchas fiestas, no sin exhalar algunos suspiros dedicados al Rey de las montañas. Yo, por mi parte, les abracé de todo corazón. Me sentía dichoso de vivir, y en todas partes no veía más que amigos. Mis pies estaban ya sanos, mi pelo había sido cortado, y mi estómago se sentía satisfecho. Dimitri me aseguró que la señora Simons, su hija y su hermano estaban invitados al baile de la corte y que la planchadora acababa de llevar un vestido al Hotel de los Extranjeros. Saboreé por anticipado la sorpresa y la alegría de Mary-Ann. Cristódulo me ofreció un vaso de vino de Santorin. Con esta bebida deliciosa me pareció beber la libertad, la riqueza y la dicha. Subí la escalera de mi cuarto; pero antes de entrar en él, pensé que debía llamar a la puerta del señor Mérinay. Este me recibió en medio de una tormenta de libros y de papeles.

—Querido amigo, aquí me tiene usted metido en el trabajo hasta la coronilla. Encima de la aldea de Castia he encontrado una inscripción antigua que me ha privado del placer de combatir por

usted, y que desde hace dos días me esta atormentado. Es absolutamente inédita. acabo de comprobarlo. Nadie la ha visto antes que yo; tendré el honor del descubrimiento; pienso que mi nombre vaya unido a él. Se trata de un pequeño monumento en piedra caliza de treinta y cinco centímetros de alto por veintidós de ancho, colocado por azar al borde del camino. Los caracteres son de la buena época y esculpidos de un modo perfecto. Aquí tiene usted la inscripción, tal como la he copiado en mi cuaderno.

S. T. X. X. I. I.
M. D. C. C. C. L. I.

Si consigo explicarla, he hecho mi fortuna. ¡Seré miembro de la Academia de Inscripciones y Buenas Letras de Pont-Audemer. Pero la tarea es larga y difícil. La antigüedad guarda sus secretos con cuidado celoso. Temo haber dado con un monumento relativo a los misterios de Eleusis. En ese caso, habría que encontrar dos interpretaciones: una vulgar o demótica, la otra sagrada o hierática. Debe usted darme su opinión.

—Mi opinión—le dije—es la de un ignorante. Pienso que ha descubierto usted un guardacantón, como hay muchos a lo largo de los caminos, y que la inscripción que le ha dado tanto trabajo podría, sin ningún inconveniente, traducirse así: «*Stadion* (1), 22, 1851.» Buenos días, señor Mérinay; voy

(1) Estadio, medida itineraria.—(*N. del T.*)

a escribir a mi padre y a ponerme mi hermoso traje colorado.

La carta a mis padres fué una oda, un himno, un canto de felicidad. La embriaguez de mi corazón fluía sobre el papel entre las dos puntas de mi pluma. Invitaba al matrimonio a toda la familia, sin olvidar la buena tía Rosenthaler. Supliqué a mi padre que vendiese lo antes posible su fonda, aunque tuviese que deshacerse de ella a bajo precio. Exigí que Frantz y Juan Nicolás abandonasen el servicio, y conjuré a mis otros hermanos a que cambiasen de oficio. Yo me encargaba de todo; yo les buscaría a todos un porvenir. Sin perder un solo momento sellé la carta y la mandé con un propio al Pireo, a bordo del vapor austriaco que zarpaba el viernes por la mañana, a las seis. «De este modo — me decía — gozarán de mi dicha casi tan pronto como yo.»

A las nueve menos cuarto en punto entraba yo en palacio con John Harris. Ni Lobster, ni el señor Mérinay, ni Giacomo habían sido invitados. Mi tricornio tenía un reflejo imperceptiblemente rojizo; pero a la claridad de las bujías este defecto no se notaba. A mi espada le faltaban siete u ocho centímetros, pero ¿qué importaba? El valor no se mide por la longitud de la espada, y, sin vanidad, tenía derecho a pasar por un héroe. El traje rojo me estaba apretado, me molestaba debajo del brazo, y los adornos de las mangas quedaban bastante lejos de mis puños; pero los bordados hacían buen efecto, como había profetizado papá.

La sala de baile, decorada con cierto gusto y es-

pléndidamente alumbrada, se dividía en dos campos. A un lado estaban las butacas reservadas a las damas, detrás del trono del rey y de la reina; al otro, las sillas destinadas al sexo feo. Con mirada ávida revisé rápidamente el espacio ocupado por las damas. Mary-Ann no se encontraba todavía allí.

A las nueve vi entrar al rey y a la reina, precedidos de la camarera mayor, del mayordomo mayor de palacio, de los ayudantes, de las damas de honor, de los oficiales de órdenes, entre los cuales me mostraron al señor Jorge Micrommatis. El rey estaba magníficamente vestido de palikaro, y la reina llevaba un vestido admirable, cuyas elegancias exquisitas no podían venir más que de París. El lujo de los vestidos femeninos y el brillo de los trajes nacionales no me deslumbraron hasta el punto de hacerme olvidar a Mary-Ann. Tenía la vista clavada en la puerta y esperaba.

Los miembros del Cuerpo diplomático y los principales invitados se colocaron en círculo alrededor del rey y de la reina, que les distribuyeron palabras amables durante una media hora. Un oficial, colocado delante de nosotros, retrocedió tan torpemente, que me pisó y me arrancó un grito Esto le hizo volver la cabeza, y reconocí en él al capitán Pericles, recién condecorado con la Orden del Salvador. Me pidió perdón y me preguntó cómo iba. Yo no pude menos de contestarle que mi salud no le importaba. Harris, que sabía toda mi historia de punta a punta, dijo cortésmente al capitán:

— ¿Es al señor Pericles a quien tengo el honor de hablar?

— Al mismo.

— Me alegro mucho de haberle encontrado. ¿Sería usted tan amable que me acompañara un instante al salón de juego? Se halla todavia desierto y estaremos solos.

— A sus órdenes, caballero.

El señor Pericles, más pálido que un soldado que sale del hospital, nos siguió sonriendo. Una vez llegado, se volvió a Harris y le dijo:

— Caballero, vea usted en qué puedo servirle.

Por toda respuesta, Harris le arrancó su cruz con la cinta nueva y se la puso en el bolsillo, diciendo:

— Esto es, caballero, lo que tenia que decirle.

— Caballero — gritó el capitán retrocediendo un paso.

— No haga usted ruido, caballero; se lo suplico. Si tiene usted interés en este juguete, sirvase enviar dos amigos al señor John Harris, comandante de la *Fancy*, para que lo recojan.

— Caballero — replicó Pericles —, no sé con qué derecho me coge usted una cruz cuyo valor es de quince francos, y que me veré obligado a reemplazar a costa mia.

— Que no quede por eso, caballero; aqui tiene usted un soberano con la efigie de la reina de Inglaterra: quince francos para la cruz, diez para la cinta. Si quedase algo, le suplicaria que lo bebiese a mi salud.

— Caballero — dijo el oficial cogiendo la moneda —, no tengo más que darle las gracias.

Nos saludó sin añadir una palabra, pero sus ojos no prometían nada bueno.

— Mi querido Hermann — me dijo Harris—, abandone este país lo antes posible con su futura. Este gendarme me parece un bandido consumado. Por mi parte, yo permaneceré ocho días para darle tiempo de darme la vuelta de la moneda, y después seguiré la orden que me envía a los mares del Japón.

— Siento mucho — le respondí — que su viveza le haya llevado tan lejos. Yo no quería salir de Grecia sin un ejemplar o dos de la *Boryana variabilis*. Tenía uno incompleto, sin las raíces, y me lo he dejado allá arriba con mi caja de latón.

— Deje usted un dibujo de su planta a Lobster o a Giacomo. Ellos harán por usted una peregrinación a la montaña. Pero, ¡por Dios!, apresúrese usted a poner en seguridad su dicha.

Mientras tanto, mi dicha no llegaba al baile; yo me cansaba los ojos examinando a todas las que bailaban.

Hacia las doce de la noche perdí toda esperanza. Salí del gran salón y me coloqué melancólicamente delante de una mesa de *whist*, donde cuatro jugadores hábiles hacían correr las cartas con una destreza admirable. Comenzaba a interesarme en este juego de destreza, cuando una carcajada argentina me hizo saltar el corazón. Mary-Ann estaba detrás de mí. Yo no la veía y no me atrevía

a volverme hacia ella; pero la sentia presente, y la alegría me apretaba la garganta hasta ahogarme. Lo que causaba su hilaridad no lo he sabido nunca. Acaso alguna indumentaria ridicula, como las que se encuentran en todos los países en los bailes oficiales. Caí en la cuenta de que había un espejo delante de mí. Levanté la vista y la vi, sin ser visto, entre su madre y su tío, más bella y más radiante que el día en que la había contemplado por vez primera. Un triple collar de perlas acariciadoras ondulaba blandamente alrededor de su cuello y seguía el dulce contorno de sus espaldas divinas. Sus bellos ojos centelleaban con el fuego de las bujías, sus dientes reían con una gracia inexpresable; la luz jugaba como una loca en el bosque de sus cabellos. Su vestido era el de todas las muchachas; no llevaba, como la señora Simons, un ave del paraíso en la cabeza; pero esto sólo la hacía parecer más bella; su falda estaba levantada por algunos ramilletes de flores naturales; tenia también flores en el corpiño y en los cabellos, y ¡qué flores, señor! No puede usted figurarse. Yo pensé morir de alegría cuando vi que entre ellas estaba la *Boryana variabilis*. Todo me caía del cielo al mismo tiempo. ¿Hay nada más dulce que herborizar en los cabellos de la mujer a quien se ama? Yo era el más dichoso de los hombres y de los naturalistas. El exceso de felicidad me arrastró más allá de los límites de las conveniencias. Me volví bruscamente hacia ella, le tendí las manos y le grité:

— ¡Mary-Ann! ¡Soy yo!

—¿Creerá usted, caballero, que retrocedió como espantada, en lugar de caer en mis brazos?

La señora Simons levantó tan alto la cabeza, que me pareció que el ave del paraíso volaba al techo. El viejo señor me cogió de la mano, me llevó aparte, me examinó como un bicho raro, y me dijo:

—Caballero, ¿ha sido usted presentado a estas damas?

—¡Se trata precisamente de eso, admirable señor Sharper! ¡Mi querido tío! ¡Yo soy Hermann! ¡Hermann Schultz! ¡Su compañero de cautividad! ¡Su salvador! ¡Ay! ¡Después que se marcharon, las he pasado buenas! ¡Le contaré todo esto cuando lleguemos a su casa!

—*Yes*, *yes*—respondió—. Pero la costumbre inglesa exige imperiosamente ser presentado a las damas antes de contarles historias.

—¡Pero si ellas me conocen, mi querido señor Sharper! ¡Hemos comido más de diez veces juntos! ¡Les he prestado un servicio por valor de cien mil francos! ¿No lo sabe usted? ¡En el campamento del Rey de las montañas!

—*Yes*, *yes;* pero no ha sido usted presentado.

—Pero ¿no sabe usted que me he expuesto cien veces a la muerte por mi querida Mary-Ann?

—Muy bien; pero no ha sido usted presentado.

—En fin, caballero, voy a casarme con ella; su madre lo ha permitido. ¿No le han dicho a usted que yo debía contraer matrimonio con ella?

—Pero no antes de ser presentado.

—¡Preséntame, pues, usted mismo!

—*Yes, yes;* pero es preciso que antes me lo presenten a mí.

—Espere usted.

Corrí como un loco a través del baile, choqué con más de diez parejas, mi espada se me enredó entre las piernas, resbalé sobre el entarimado y caí escandalosamente cuan largo era. John Harris fué quien me levantó.

—¿Qué busca usted?—me dijo.

—Están aquí; las he visto; voy a casarme con Mary-Ann; pero antes es preciso que les sea presentado. Es la costumbre inglesa. ¡Ayúdeme usted! ¿En dónde están? ¿No ha visto usted una mujer alta con un ave del paraíso en la cabeza?

—Sí; acaba de abandonar el baile con una muchacha muy bonita.

—¡Abandonar el baile! ¡Amigo mío, es la madre de Mary-Ann!

—Cálmese usted, ya la encontraremos. Haré que le presente a usted el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos.

—Eso es. Voy a mostrarle a usted a mi tío Edward Sharper. Lo he dejado aquí. ¿Dónde diablos se habrá marchado? ¡No debe de estar lejos!

El tío Edward había desaparecido. Yo arrastré al pobre Harris hasta la plaza de Palacio, frente al Hotel de los Extranjeros. Las habitaciones de la señora Simons estaban alumbradas. Algunos minutos después las luces se apagaron. Todo el mundo estaba en la cama.

—Hagamos como ellos—dijo Harris—. El sueño

le calmará a usted. Mañana, entre la una y las dos, yo arreglaré sus asuntos.

Pasé una noche peor que las noches de mi cautiverio. Harris durmió conmigo; es decir, no durmió. Oíamos los coches del baile, que bajaban por la calle de Hermes con sus cargas de uniformes y galas femeninas. Hacia las cinco, la fatiga me cerró los ojos.

Tres horas después, Dimitri entró en mi cuarto diciendo:

—¡Grandes noticias!

—¿Qué pasa?

—Sus inglesas acaban de marcharse.

—¿Para dónde?

—Para Trieste.

—¡Desgraciado! ¿Estás seguro de ello?

—Yo mismo las he llevado al buque.

—Pobre amigo mío,—me dijo, estrechándome las manos—; el agradecimiento se impone; pero el afecto no admite mandatos.

—¡Ay!—exclamó Dimitri. En el corazón de este muchacho parecía encontrar eco mi infortunio.

Desde aquel día, caballero, he vivido como los animales: bebiendo, comiendo y aspirando el aire. Envié mis colecciones a Hamburgo sin una sola flor de *Boryana variabilis*. Al día siguiente del baile, mis amigos me condujeron al barco francés. Creyeron prudente que hiciésemos el viaje por la noche, temerosos de encontrar los soldados del señor Pericles. Llegamos sin obstáculo al Pireo. Pero, a veinticinco brazas de la orilla, media docena de fusiles invisi-

bles cantaron a mis oídos. Era la despedida del apuesto capitán y de su hermoso país.

He recorrido las montañas de Malta, de Sicilia y de Italia, y mi herbario se ha enriquecido más que yo. Mi padre, que tuvo la buena idea de conservar su fonda, me hizo saber en Mesina que mis envíos eran muy apreciados en mi país. Acaso cuando llegue encuentre una colocación; pero yo he adoptado el principio de no contar con nada.

Harris está en camino para el Japón. Dentro de un año o dos espero tener noticias suyas. El pequeño Lobster me escribió a Roma; sigue ejercitándose en la pistola. Giacomo continúa sellando cartas por el día y cascando nueces por la noche. El señor Mérinay ha encontrado una nueva interpretación para su piedra mucho más ingeniosa que la mía. Su gran trabajo sobre Demóstenes debe imprimirse un día u otro. El Rey de las montañas ha hecho las paces con la autoridad y está construyendo una gran casa en el camino del Pentélico con un cuerpo de guardia capaz para veinticinco palikaros decididos. Mientras tanto, ha alquilado un hotelito en la ciudad moderna, a orillas del gran arroyo. Recibe a mucha gente y se mueve activamente para llegar al Ministerio de Justicia; pero necesita aún tiempo. Fotini es la que lleva la casa. Dimitri va algunas veces a cenar y a suspirar en la cocina.

No he vuelto a oír hablar de la señora Simons, del señor Sharper ni de Mary-Ann. Si este silencio continúa, pronto no pensaré más en ellos. Algunas veces, todavía, en medio de la noche, sueño que estoy

delante de ella y que mi largo y flaco rostro se refleja en sus ojos. Entonces me despierto, lloro amargamente y muevo furiosamente mi almohada. Lo que siento, créamelo usted, no es la mujer, sino la fortuna y la posición que se me han escapado. Y menos mal que no entregué mi corazón: no hay dia que no bendiga mil veces mi frialdad natural. ¡Figúrese usted, querido señor, lo miserable que viviria si hubiese tenido la desgracia de enamorarme!

IX

Carta de Atenas

El dia mismo en que iba a entregar a la imprenta el relato del señor Hermann Schultz, mi honorable amigo de Atenas me devolvió el manuscrito con la carta siguiente:

«Muy señor mio:

»La historia del Rey de las montañas es la invención de un enemigo de la verdad y de la gendarmería. Ninguno de los personajes citados en ella han puesto el pie en el suelo de Grecia. La policia no ha visado ningún pasaporte a nombre de la señora Simons. El comandante del Pireo no ha oido hablar nunca de la *Fancy* ni del señor John Harris. Los hermanos Philip no recuerdan haber tenido por empleado al señor William Lobster. Ningún agente di-

plomático ha conocido en sus oficinas a un maltés llamado Giacomo Fondi. El Banco Nacional de Atenas tiene muchos defectos; pero no ha tenido nunca en depósito fondos procedentes del bandidaje. De haberlos recibido, hubiese considerado un deber confiscarlos en provecho suyo. Tengo a su disposición la lista de nuestros oficiales de gendarmería. No encontrará usted en ella por ninguna parte al señor Pericles. No conozco más que dos hombres así llamados: el uno es un tabernero en la ciudad de Atenas; el otro vende especias en Tripolitza. En cuanto al famoso Hadgi-Stavros, cuyo nombre oigo hoy por vez primera, es un ser fabuloso que debe relegarse a la Mitología. Confieso con toda sinceridad que hubo antaño algunos bandidos en el reino. Los principales fueron destruídos por Hércules y por Teseo, que pueden ser considerados como los fundadores de la gendarmería griega. Los que escaparon de las manos de estos dos héroes han caído bajo los golpes de nuestro invencible ejército. El autor de la novela que me ha hecho usted el honor de enviarme ha dado pruebas tanto de ignorancia como de mala fe, afectando considerar el bandidaje como hecho contemporáneo. Daría cualquier cosa por que su relato fuese impreso, ya en Francia, ya en Inglaterra, con el nombre y el retrato del señor Schultz. El mundo sabría al fin con qué groseros artificios se procura hacernos sospechosos a todas las naciones civilizadas.

»En cuanto a usted, señor, que siempre nos ha hecho justicia, reciba la seguridad de todos los bue-

nos sentimientos, con los cuales tengo el honor de ser

»Su muy agradecido servidor,

»PATRIOTIS PSEFTIS.»

Autor de un volumen de ditirambos sobre la regeneración de Grecia, redactor del periódico *La Esperanza*, miembro de la Sociedad Arqueológica de Atenas, miembro correspondiente de la Academia de las Islas Jónicas, accionista de la Compañía Nacional del espartano Pavlos.

X

DONDE EL AUTOR TOMA DE NUEVO LA PALABRA

Ateniense, buen amigo mío: las historias más verdaderas no son siempre las que han sucedido.

FIN

ÍNDICE


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 066967537